

88



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

FACULTAD DE PSICOLOGIA

0293544

IDENTIDAD NACIONAL, PODER Y
TRANSFORMACION: ANALISIS DESDE UN ENFOQUE
PSICOSOCIAL CRITICO.

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

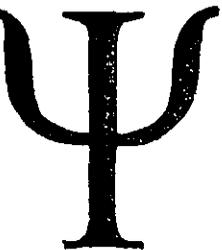
LICENCIADO EN PSICOLOGIA

P R E S E N T A :

LUIS ALBERTO GARCIA BARRON

DIRECTORA DE TESIS: LIC. BLANCA REGUERO REZA

REVISORA: DRA. EMILY ITO SUGIYAMA



MEXICO, D. F.

2001



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIA

- A mi madre: Seguramente este trabajo significa mucho para ti, pero no tanto como lo que ha significado para mí tener tu apoyo y tu confianza durante toda la vida. Gracias por tu valentía, gracias por tu alegría, gracias por tu amistad y, sobre todo, gracias por la vida. Como resulta obvio, este trabajo te debe también la vida y es en sí mismo el mejor reconocimiento que puedo hacerte.
- A Selene: A quien me resisto ponerle la etiqueta de “esposa”, que lo es, pero lo cual no agota el significado profundo de su presencia en mí: compañera, amiga, amante. Has sido la inspiración de este trabajo, así como de todo lo que hago cada hora de cada día desde que te conozco. Como dice la canción que tú ya sabes, gracias por esas inmensas cosas pequeñas que compartimos a diario. TE AMO (palabra pequeña para un sentimiento tan grande) y quiero que al final de mi vida –en unos 120 años por lo menos- estés junto a mi, no lo olvides.
- A mi abuela: ¡A ver a que horas! (este es un chiste local). Gracias por hacerle de “segunda madre”, gracias por tus cuidados, por estar siempre al pendiente mío y, no podía faltar, gracias por tu comida –deliciosa-. Admiro tu entusiasmo y entrega. De grande quiero ser como tú abuela.
- A Luis Francisco: El primer culpable de mi interés en la lectura y los temas sociales (por no hablar de mi melomanía crónica). Maestro: gracias por los ejemplos de autonomía, libertad y disidencia. Este trabajo te debe mucho, puesto que me ayudaste a atisbar el horizonte más allá de lo inmediatamente cotidiano. Te lo dedico esperando que sea un nexo que fortalezca nuestra relación intelectual y afectiva.
- A Blanca: ¿Ya ve cómo sí se pudo? Gracias por las sacudidas mentales, por los ejemplos de integridad, honestidad y sencillez, por ser un apoyo constante durante toda la carrera, así como durante la realización de la tesis. Su influencia no solo se limita a lo académico y lo político, sino también a la formación de un concepto propio de lo que significa ser humano; se lo dice un “patán” agradecido (otro chiste no tan local).
- A mi abuelo: Donde quiera que estés... como me gustaría que fuera aquí.

AGRADECIMIENTOS

A Emily Ito, quien aceptó ser la revisora de este proyecto y que además aportó puntos de vista muy valiosos. Gracias por su tiempo, paciencia y apoyo desinteresados.

A Luzma Javiedez, Paty Corres y Pablo Fernández, quienes aceptaron integrar el jurado y dedicar parte de su valioso tiempo –valioso por la calidad docente y humana- a leer este trabajo; gracias por creer en él.

A Jorge Mendoza, por facilitarme parte del material que sirvió para la fundamentación teórica del proyecto, así como por haber sido uno de los culpables de mis inclinaciones teóricas y políticas. Pero sobre todo, gracias por la amistad, por el apoyo y por todas las “aventuras” que pasamos en la facultad (¡La “UNAN” es nuestra mi “Yorsh”! –otro chiste local-).

A David Deloiza, por facilitarme el equipo y algunos de los recursos materiales con los que se realizó la tesis, así como por el tiempo de trabajo cedido para los trámites y demás actividades. Su apoyo fue sumamente importante.

A la Universidad Nacional Autónoma de México. A la Universidad representada por su comunidad, a la Universidad representada por sus ideales. La Universidad ha sido mi segundo hogar, en el que he vivido las experiencias más intensas de mi vida. La Universidad no solo me formó académicamente y profesionalmente, sino que me formó como ser humano. En ella he conocido a muchas de las personas con las que he compartido momentos fundamentales: alegres, tristes, de angustia, de lucha, de intercambios de ideas, e incluso “una que otra” borrachera. Esas personas le dieron sentido a la carrera:

Mis *hermanos*: Rafael, Gloria, Mario, Miguel Angel y Ernesto (hermano pródigo). Sobran las palabras, pero no el sentimiento: gracias por la amistad incondicional.

El “megaequipo”: Charly, Janette, Berta, los Gerardos, Juan Antonio, Alma, Víctor, Lucía, Milagros, Brenda, Candy y especialmente a Minerva.

Los colectivos y excolectivos: Joaquín, Angélica, Alicia, Paty, Genaro, Edgar, Las Tánias, Amanda, Miriam, Cesar, Jahir (¿así se escribe?), Hugo, Valentín, Norma, Itzel, Chayo, Alejandro, Chucho y una larga lista de estudiantes conscientes, solidarios y participativos.

Mis maestros (a los buenos). Además de los ya mencionados, no podemos olvidar a Pablo Valderrama, Juan Carlos Muñoz, Antonio Zainos, Alberto Córdova, Elizabeth, Consuelo, Rita, Rosa Elena y otros. Por profesores como ellos vale la pena sufrir el tronco común de la carrera, ya que se esfuerzan por hacerlo menos gris. Gracias.

<u>INTRODUCCION</u>	1
<u>CAPÍTULO PRIMERO. FUNDAMENTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS: un enfoque crítico-interpretativo en Psicología Social</u>	1
<i>I. Dos maneras distintas de ver la psicología social</i>	3
<i>II. Antecedentes del paradigma crítico-interpretativo</i>	8
1. Hermeneútica e historicismo.	8
2. La influencia de Emile Durkheim.	9
3. Fenomenología.	10
4. Interaccionismo simbólico.	11
5. Teorías psicológicas.	12
<i>III. Características generales del paradigma</i>	15
6. Énfasis en el carácter intencional de la acción humana.	15
7. Búsqueda por superar la oposición entre individuo y sociedad.	17
8. Equilibrio entre comprensión y explicación	18
9. Crítica al uso de las nociones de "objetividad" y "neutralidad" dentro de la ciencia.	20
<i>IV. Dos posturas dentro del paradigma</i>	23
10. Psicología social construccionista.	25
11. Teoría de la influencia social inconsciente.	35
12. Balance crítico-comparativo.	45
<i>V. Modelo conceptual de trabajo</i>	50
13. Dimensión del espacio social.	50
14. Dimensión histórica de lo social.	53
15. Una definición y una manera de enfocar la identidad nacional	55
<i>VI. El análisis del discurso como herramienta metodológica</i>	61

<u>CAPÍTULO SEGUNDO. LA INVENCION DEL MEXICANO: devenir histórico del discurso sobre la identidad nacional desde el siglo XIX</u>	64
<i>I. El contexto histórico del nacionalismo en México</i>	65
1. Antecedentes en el siglo XIX: Mestizofilia y nacionalismo.....	65
2. La consolidación del régimen de la revolución mexicana	77
3. El nacionalismo como proyecto de Estado	82
<i>II. La identidad nacional puesta en el discurso: "Toma la palabra el Ciudadano Presidente de la República"</i>	90
4. Los primeros años posrevolucionarios (1920-1934).....	91
5. El período cardenista (1934 -1940)	95
6. De la unidad nacional al "no nos volverán a saquear" (1940-1982)	98
7. Crisis y transición (1982 ---).....	114
<u>CAPÍTULO TERCERO. DISECCIÓN: Análisis y de-construcción del discurso.</u>	127
<i>I. Caracterización del discurso</i>	130
1. Los objetos del discurso..	130
2. Estilo del habla en el discurso.....	137
3. Los actores	139
4. El mundo visto a través del discurso	143
<i>II. Contextualización e interpretación</i>	147
<u>DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES</u>	159
<i>I. La Identidad Nacional desnacionalizada</i>	163
<i>II. Psicología social e identidad nacional: un pasado sin presente... pero ¿con futuro?</i>	170
<u>BIBLIOGRAFIA</u>	177
<u>DECLARACIONES, INFORMES Y DOCUMENTOS OFICIALES</u>	190

INTRODUCCIÓN.

“Nunca supe quién soy, y no sé nada
del principio y el fin de mi jornada.
Yo sólo sé que en la llanura incierta
de mi peregrinar, llegué a tu puerta;
que mi cansancio pide tu hospedaje,
y que a la aurora seguiré mi viaje.

Destino, patria, nombre . . .

¿No te basta saber que soy un hombre?

Enrique González Martínez,
Parábola del huésped sin nombre.

El presente trabajo de investigación, tiene como objetivo realizar una revisión histórica del significado y uso que se ha dado al concepto de *Identidad Nacional* dentro del contexto del nacionalismo mexicano, analizando particularmente el discurso generado en la esfera del poder político en México. Los motivos que me llevaron a la elección del tema se pueden ubicar en tres niveles que a continuación se describen.

i. Nivel personal.

En primer lugar, considero que el tema forma parte de lo que Del Val (1999, p. 327) llama un “ejercicio identitario”. Como señala Alducin (1999), la identidad, como búsqueda de una respuesta a la pregunta por el propio ser, pasa por la comparación con el Otro, con los demás individuos y grupos con los que interactuamos. Pero esa comparación no solo implica distancia y diferenciación, sino que también implica acercamiento e identificación de aquello que nos es común, de lo que nos une y nos permite considerarnos como parte de un colectivo más amplio, el cual nos define y al cual también transformamos. De

Identidad Nacional, poder y transformación.

acuerdo a lo anterior, considero que parte de la comprensión de nuestro propio ser pasa por la comprensión de lo que *creemos* ser como país, o, más importante aún, de lo que como país *queremos* ser.

ii. Nivel colectivo.

En un nivel más general, el interés por el tema de la Identidad Nacional surge de la apreciación de que, como señalan Bejar y Rosales (1999), el país no tiene actualmente las riendas sobre su proyecto nacional. La imagen que teníamos sobre nuestro colectivo nacional cada vez responde menos al nuevo contexto por el que el país atraviesa y apenas empezamos a darnos cuenta que necesitamos recrear esa imagen, proyectándola hacia el futuro que queremos. México atraviesa un periodo de transición caracterizado por la incertidumbre: el país ya no es el mismo que hace unos años, pero todavía no logramos apreciar en que se está convirtiendo.

iii. Nivel disciplinar.

En un informe de trabajo del Comité Interno de Evaluación y Planeación Institucional encargado de generar una propuesta para el nuevo currículum de la facultad (Facultad de Psicología/UNAM, 1998, p. 5), se plantea la "pérdida de identidad nacional" como una necesidad de orden sociocultural a la cual la psicología debe abocarse. A pesar de esta preocupación del Comité, hay que hacer notar que dicha problemática es abordada de manera marginal en el actual plan de estudios de la facultad, a pesar de la amplia tradición de estudios sobre el *ser del mexicano*, desarrollada tanto en la psicología como en el ámbito intelectual del país durante buena parte del siglo XX.

Otra pregunta que podría surgir sería ¿porqué abordar el tema de la Identidad Nacional a partir del discurso de las élites políticas que han estado en el poder?. El nacionalismo mexicano como corriente política ha sido, junto a la religión católica, una de las ramas centrales en la definición de los símbolos y

de los grandes temas que han configurado la discusión sobre la Identidad Nacional. En los últimos 70 años, el régimen nacido de la Revolución Mexicana ha dado su versión al respecto y se ha esforzado por darle credibilidad en el discurso; estudiar los supuestos que la subyacen, desde un enfoque histórico y psicosocial, no solo pretende analizar las condiciones que permitieron su surgimiento, sino los mecanismos ideológicos a través de los cuales el discurso obstaculiza o contribuye a la transformación de la realidad social.

Para realizar lo anterior, he optado por estudiar de forma particular las nociones presidenciales sobre la Identidad Nacional. ¿Por qué analizar el discurso presidencial? Bueno, me parece que habremos de coincidir en que, dentro del sistema político del país, la figura presidencial ha sido la encarnación consumada de sus modelos de conducta, además de que sus declaraciones generalmente han sintetizado el pensamiento de la clase política en el poder – sin olvidar que esta “centralidad” de la figura presidencial es fruto del presidencialismo y el caudillismo sin contrapesos que el país ha experimentado durante la mayor parte de su historia-.

Una vez que he señalado los motivos que han determinado el objeto de estudio de esta investigación, conviene hacer algunas observaciones sobre la situación concreta a partir de la cual se aborda el tema de la Identidad Nacional. Del Val (1999) señala que “...cuando un mexicano intenta hacer una reflexión y análisis en el campo de la identidad nacional mexicana, debería informarnos desde dónde se habla, qué tipo de mexicano se considera él; así podríamos conocer el grado de distorsión previsible en sus planteamientos y las alternativas mediante las cuales realiza sus correcciones epistemológicas” (*idem.*, p. 329). En estas afirmaciones subyace la idea central del principio de Heisenberg respecto de que el punto de observación modifica nuestra apreciación de los fenómenos.

Siguiendo el consejo, hay que señalar que formo parte de una generación que recibió de sus padres una serie de valores -entre ellos la nacionalidad- ya

Identidad Nacional, poder y transformación.

bastante maltrechos por los recurrentes ciclos de crisis económica y moral que ha sufrido el país (por país entiéndase obviamente el pueblo en general y particularmente sus millones de pobres). Considero que la mía es una generación bastante escéptica, desencantada, crítica y renuente a asumir un compromiso con alguna causa en particular, lo cual implica también una ambivalencia en cuanto al carácter de nuestro sentido de pertenencia nacional.

Todas las transformaciones que el país ha experimentado ante nuestros ojos, por lo menos desde el caótico año de 1994, han estado marcadas por el "para variar" y por el "nunca antes": por un lado, *para variar* se perpetró un fraude electoral, *para variar* se desató una crisis económica y *para variar* los mexicanos agachamos la cabeza; por otro lado, *nunca antes* una guerrilla había optado por la guerra de ideas, *nunca antes* habían asesinado a un candidato del Partido de la Revolución Mexicana (PRI) -desde que tenía estas siglas por lo menos-, *nunca antes* en 70 años el PRI había perdido la presidencia, etcétera. También hemos sido testigos de una radical transformación en los modos de relacionarse y de comunicarse, la cual nos ha llevado a cuestionar muchos de los valores que en nuestra casa nos enseñaron que eran deseables.

En resumen, la mía es una generación que ha vivido *lo peor* del régimen político y las esperanzas *reales* de su transformación: la desilusión y la distancia con el "viejo" México, así como el anhelo de un cambio de fondo que no acaba de fraguarse. Esta es la coyuntura histórica que nos ha tocado vivir y desde la cual nos aproximaremos a nuestro objeto de estudio: la Identidad Nacional.

Es importante mencionar que, de manera explícita, la dimensión que analizaremos será la de la Identidad Nacional considerada prioritariamente como identidad política, es decir, como elemento de unificación de una colectividad en torno a un proyecto de nación específico y con una

conformación institucional particular, que apela a la subjetividad de los ciudadanos para lograr legitimarse.

El marco teórico de la tesis se basa en un *paradigma crítico-interpretativo* dentro de la psicología social, considerando que ésta, en cuanto tiene que ver con los procesos de construcción consensada e intersubjetiva de la "realidad" social, es en principio *psicología política*, ya que también se propone contribuir a su transformación. En ese sentido, hay que citar a Martín-Baró (1990), para quien "la psicología política latinoamericana no puede permanecer en el limbo de la asepsia científica y profesional, sino que debe partir de una opción axiológica", esto es, debe partir de una toma de postura ética que clarifique al lector desde que punto de vista se observa el objeto de estudio.

Desde otras perspectivas teóricas que partan de supuestos epistemológicos distintos a los que se expondrán en el presente trabajo, estas afirmaciones pueden ser cuestionadas, sin embargo, espero que la lectura de este trabajo estimule un diálogo entre visiones distintas de la psicología, el cual permita replantearnos y reformularnos constantemente nuestra propia identidad como psicólogos, tanto desde el punto de vista teórico como aplicado.

En el primer capítulo de la tesis se expone el marco teórico de referencia, resaltando los elementos que permiten elaborar un modelo conceptual de trabajo cuyas categorías sean aplicables a nuestro tema de estudio. Para ello se parte de la definición de los principales supuestos epistemológicos que subyacen a la investigación; posteriormente, se analizan los enfoques teóricos particulares en que nos apoyaremos: la Psicología Social Construccionalista (Ibáñez, 1989, 1994; Shotter, 1989; Reicher, 1996; Secord, 1989) y la Teoría de las Minorías Activas o de la Influencia Social Inconsciente (Moscovici, Pérez y Mugny, 1987). A pesar de sus diferencias, me parece que ambas comparten ciertos principios epistemológicos que permiten encuadrarlas más o menos en la misma tradición psicosocial. En este capítulo se realiza un análisis de ambos enfoques procurando llegar a una síntesis crítica de los mismos.

Identidad Nacional, poder y transformación.

En el capítulo segundo, se expone el material discursivo en el cual se pueden apreciar las nociones sobre identidad nacional sostenidas por el sistema político, muy particularmente por sus representantes en el máximo escalafón del poder ejecutivo: los presidentes de la república. La exposición de este material está precedida por una descripción del marco histórico en el que se desarrolló el nacionalismo mexicano de los siglos XIX y XX. El objetivo consiste en rastrear los signos que nos permitan traducir el acontecer histórico desde el punto de vista de su significación psicosocial, de manera que podamos elaborar un marco de referencia coherente a partir del cual hagamos una lectura crítica del discurso sobre la Identidad Nacional en nuestro país.

Justamente es en el tercer capítulo dónde se ensaya esa "radiografía" del discurso, aplicando las categorías del modelo conceptual delineado y apoyándose en el método de análisis del discurso propuesto por Parker (1996), el cual, por cierto, es considerado por su autor como una propuesta neofoucaultiana. En este punto, no sólo se hará la descripción de los elementos básicos del discurso nacionalista, sino que se intentará realizar una interpretación de su sentido y una explicación de sus mecanismos de legitimación, a partir del contexto histórico y las condiciones que han permitido su aparición y su reproducción. Al hablar aquí de comprensión y explicación, lo hacemos considerando la argumentación que, sobre su complementariedad como formas de conocimiento, sostiene Morin (1986).

Por último, en las conclusiones del trabajo, se discute el significado y la vigencia de la concepción tradicional de Identidad Nacional que se ha manejado en el ámbito del poder político mexicano, las condiciones del contexto actual por el que atraviesa la Identidad Nacional, así como las posibilidades para un estudio más amplio de la Identidad Nacional, desde una perspectiva crítico-interpretativa en psicología social.

De entrada, podemos afirmar que uno de los temas colaterales de la tesis tiene que ver con la *diversidad*; en efecto, se cuestionará la visión de la existencia

de *una sola* Identidad Nacional y por ende, la de la existencia de *un único* Carácter Nacional. Creo que la cultura política del país empieza a aceptar la pluralidad y la diversidad como valores de convivencia, rasgos que, por lo demás, nunca han abandonado a la sociedad mexicana, pero que durante mucho tiempo se enfrentaron a la pretensión de presentar al país como una realidad homogénea y de un solo color. Detrás de esta relación entre pluralidad e intolerancia, se encuentra la dialéctica que, en mi opinión, marca el desarrollo de la identidad nacional mexicana: ruptura y continuidad.

Por otra parte, la acelerada apertura que ha experimentado el país, ha generado un panorama inusitado y un "paisaje" cultural muy diverso que conjuga elementos de tradiciones muy distintas, enriqueciendo los parámetros de nuestra identidad colectiva. Como señala Monsiváis:

"...Este auge de lo diverso admite la convivencia, divertida o resignada, contradictoria y complementaria, de Luis Miguel y el Niño Fidencio, de El Santo, el enmascarado de Plata y Gloria Trevi, de Sting y los coleccionistas de pintura virreinal. Lo antes mencionado, en un sentido digamos que positivo, apunta al caos, en esta oportunidad no la alteración de las jerarquías sino la gana de vivir como si las jerarquías no estuviesen aquí, sobre uno y dentro de uno".

CAPÍTULO PRIMERO

**FUNDAMENTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS: un
enfoque crítico-interpretativo en Psicología Social**

I. DOS MANERAS DISTINTAS DE VER LA PSICOLOGÍA SOCIAL.

Algunos autores concuerdan en ubicar el surgimiento de la psicología social, en tanto rama diferenciada del resto de los estudios psicológicos, a partir de la aparición de los dos primeros manuales sobre la materia en el año de 1908 (Grauman, 1990; Paéz *et al.*, *op. cit.*, 1992; Deutscher, 1996). Aunque pudiera resultar ocioso buscar fechas exactas para un proceso que se venía gestando ya desde antes, la aparición de estos dos textos es significativa en la medida en que dibuja ya, desde muy temprano, la existencia de dos formas de abordar la psicología social, o más exactamente, de dos puntos de partida distintos. El libro de William McDougall es considerado como el inicio de una versión de la psicología social según la cual esta tendría que tratar con el individuo y con procesos de carácter intraindividual. De manera opuesta, la obra de Edward Ross marca una tendencia que enfatiza el papel que el contexto social ejerce sobre los procesos individuales.

A pesar de que, como mencionan Paéz *et al.*, (*op. cit.*, 1992) la división simplifica excesivamente la situación "puesto que ni el individualismo, ni el sociologismo respectivo [de los autores mencionados] era tan extremo como se ha querido dar a entender" (*idem.*, p. 91), lo cierto es que se ha vuelto un lugar común hablar de dos psicologías sociales: la *psicología social psicológica*, y la *psicología social sociológica* (Grauman *op. cit.*, 1990; Paéz *et al.*, *op.cit.*, 1992; Deutscher, *op. cit.*, 1996; Fernández, 1994). Dicha división, por otra parte, no es gratuita, pues "la psicología social se ha desarrollado desde la perspectiva diádica de la realidad del individuo y la realidad de la sociedad, [...]el solo enunciado *psicología social* las evoca" (*idem*, p. 50). Además, la oposición individuo-sociedad es una noción fuertemente arraigada en el sentido común y en la historia del pensamiento occidental (rastreado incluso hasta Platón y Aristóteles).

Estas dos grandes posturas, aun con sus respectivos matices, reflejan la situación en que se encontraban las ciencias sociales en general tanto en el

aspecto epistemológico como en el aspecto metodológico; dicha situación es esbozada por Ibáñez (1994), quien señala que ha finales del siglo XIX y a principios del siglo XX, existía una importante polémica entre la concepción positivista, por un lado, y una concepción hermenéutica, culturalista e historicista por el otro. Según este autor, "mientras la orientación positivista defendía la naturaleza transdisciplinar y la unicidad del método científico, los antipositivistas recalcan que las características distintivas del objeto social imposibilitaban la aplicación de este método, requiriendo un método *sui generis* que fuese distinto del que utilizaban las ciencias naturales" (*idem.*, p. 116).

El autor afirma que el naturalismo subyacente a la posición positivista terminó por convertirse en una postura hegemónica en las ciencias sociales "traduciéndose, en el seno de la psicología social, por el predominio incontestable de la experimentación como fuente de producción y legitimación del conocimiento científicamente válido" (*idem.*, p. 117). Otros autores (Páez *et al.*, 1992; Montero, 1994; Fox, 1998) han descrito este proceso como la constitución de la "psicología social dominante" o "paradigma dominante" (cabe señalar que la noción de paradigma, se utiliza aquí en el sentido de "modelo organizador y suministrador de una orientación epistemológica", el cual deriva a su vez en determinadas maneras de visualizar al hombre, Munné, 1989, p. 25).

De cualquier manera, al analizar la historia de la disciplina, podemos ver que la división del campo social en dos polos -individuo y sociedad-, aunque maniquea, ha sido una constante en la psicología social desde el surgimiento de la misma. Aunque no es el objetivo de esta tesis hacer el análisis de las diferentes teorías que lo apuntalan, es necesario resaltar algunas de las características centrales del llamado "paradigma dominante" para entender los motivos que han originado los diversos esfuerzos por construir alternativas de estudio. Así pues, se pueden destacar algunas características básicas, tales como:

i. La postulación de la objetividad de la ciencia.

Esta idea alude a la creencia de que existe una separación necesaria entre el investigador y el sujeto de conocimiento (Montero, *op. cit.* 1994), la cual le permite apreciar a éste de manera objetiva, es decir, lo "objetiviza". Como derivación lógica del naturalismo positivista, se da por sentado que la ciencia aborda el conocimiento sin pre-juicio alguno en relación al objeto de estudio, con el fin de descubrir la "Verdad" al respecto de su naturaleza - con mayúscula y entre comillas para que suene más verdadero-. Para Gergen (1992), esta visión del quehacer científico es característica del pensamiento moderno, para el que la búsqueda del saber debe apuntar a la "cosa-en-sí" (*idem.*, p. 57). Es decir que, así como se ha logrado en las ciencias naturales, también es posible reducir al ser humano al status de "objeto" de conocimiento, o dicho de otra manera, al de un tema al respecto del que se pueden realizar afirmaciones científicamente objetivas.

ii. El papel predominante dado a la experimentación.

Se considera al método hipotético-deductivo como el método científico por excelencia; en el campo de la psicología social esto se ha expresado de manera muy concreta en el predominio de la medición de las respuestas sociales y la puesta a punto de las técnicas experimentales (Páez *et al.*, 1992, pp. 91-92). Bajo esta concepción, la situación ideal consiste en la manipulación de variables ambientales o sociales que alteren las respuestas de los sujetos con el fin de encontrar mecanismos generalizables que expliquen el comportamiento (Montero, *op. cit.*, 1994). Para Gergen (*op. cit.*, 1992), este modelo del quehacer científico es rastreado en el ámbito del modernismo bajo la figura de la "metáfora de la máquina" como modelo para pensar al ser humano (*idem.*, p. 65).

iii. Énfasis en la estabilidad y en las variables homeostáticas.

Se supone la existencia de variables homeostáticas responsables de estabilizar el comportamiento en su realidad empírica, aunque existan fuerzas que tiendan a modificarlo (Sinchcombe, citado en Montero, 1994, p. 33). El paradigma dominante ha resaltado constantemente el uso de la racionalidad y el voluntarismo como elementos característicos del comportamiento humano, lo que según Montero (*idem.*, p. 137) "muestra la insistencia que respecto de la conducta convergente y el ajuste entre *status quo* y cognición social ha dominado en las teorías psicosociales", ya que presentan lo social como un proyecto definido, progresivo y coherente donde el conflicto es visto como una desviación de la norma. Estas variables han centrado el estudio psicosocial en el análisis de la conservación del orden social, basándose en la regularidad así como en la racionalidad de la cognición y la conducta. Moscovici (1981) señala que este modelo –al que llama Modelo Funcionalista– se centra en los procesos por los que la gente tiende a la conformidad y a la estabilización de las relaciones entre individuos (*op. cit.*, p. 25). Por su parte, Gergen (1992, p. 72) destaca la creencia modernista de que las personas son básicamente entes congruentes y estables a lo largo del tiempo, lo cual, a su vez, explica la permanencia de la idea de orden a nivel individual e histórico.

Las tres características mencionadas resumen los supuestos básicos del paradigma dominante: objetividad, experimentación/medición y estabilidad. Estas ideas básicas apuntan a la necesidad de lograr la predicción y control del comportamiento como fundamentos del papel asignado a la psicología como disciplina.

Un cuarto concepto que ha acompañado a la psicología social históricamente, es el énfasis puesto en el individuo como unidad básica de estudio; al respecto es importante hacer notar que el individualismo se localiza no solo en los modelos experimentales, sino también en aquellos que abordan fenómenos

sociales de gran escala utilizando un repertorio de términos psicológicos¹. Dicho de otra manera, se representa a la colectividad mediante un "personaje" que sirve a su vez de ejemplo y de metáfora tanto de sus vicios como de sus virtudes.

¹Como por ejemplo, aquellos que estudian el "carácter" nacional (Gergen, *op. cit.*, 1992).

II. ANTECEDENTES DEL PARADIGMA CRITICO-INTERPRETATIVO

Aunque como señala Fox (1998, p. 3), el enfoque positivista de la ciencia ha ido dominando en el campo de la psicología social hasta convertirse en la rama central de la misma, el panorama también muestra la existencia de enfoques alternativos que, sobre todo en las últimas dos décadas, han ido configurando un paradigma basado en supuestos epistemológicos muy diferentes: Montero (*op. cit.*, 1994, p. 34) le llama *paradigma emergente* mientras que Paéz *et al.* (*op. cit.*, 1992, p. 171) lo nombra *paradigma interpretativo*; por su parte, Serrano (1996, p. 93) habla de un proyecto para construir una *psicología crítico-interpretativa*.

Si bien este enfoque se ha fortalecido en los últimos años, tiene una raíz bastante profunda en la historia del pensamiento social. A continuación se presenta un esbozo de algunos antecedentes teóricos significativos, aunque cabe aclarar que éstos no son necesariamente compartidos de manera explícita por todas las escuelas y teorías que en un momento dado se pueden considerar dentro del paradigma crítico-intepretativo en psicología social. Más que querer encasillar la diversidad a un esquema apretado, la idea es caracterizar un sustrato común que permita identificar las grandes líneas sobre las que se mueve dicha diversidad de enfoques.

1. Hermenéutica e historicismo.

Como señala Ibáñez (*op. cit.*, 1994, pp. 116-117), desde la segunda mitad del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX, se desarrolla en las ciencias sociales una concepción hermenéutica, culturalista e historicista que es defendida básicamente por filósofos y sociólogos como Dilthey, Simmel, Rickert o Droysen. La característica central que distingue a esos autores es su preocupación por buscar un método particular de estudio para las ciencias sociales. Rickert (1899) establece que la distinción entre el naturalismo y el anti-naturalismo parte de una oposición material de los objetos de estudio, así

como de una oposición de intereses, lo cual lo lleva a afirmar que las ciencias sociales o ciencias culturales –como él les llama– “deben fundamentarse en un método histórico.” (*idem.*, p. 25).

El lenguaje empieza a ocupar un lugar central para la *comprensión* ya no sólo de los textos formales, sino de cualquier fenómeno social. El énfasis en el concepto de “comprensión” implica ya una distancia en relación con la preocupación del positivismo por la “explicación” de los fenómenos naturales y sociales. A ese respecto, Morin (1986) considera que ambos términos refieren a dos modos de conocimiento distintos, aunque complementarios, que han coexistido desde la antigüedad.

Habermas por su parte (1970, p. 272), señala que la “Conciencia Hermenéutica” inherente a esta concepción:

- Rompió con la visión objetivista tradicional en la ciencia.
- Puso énfasis en los problemas propios de la precomprensión científica –esto es, la influencia del contexto social y el sentido común como “piso” sobre el que se construye la ciencia-.
- Evidenció el papel que el lenguaje y la comunicación juegan en la comprensión de la vida social.

2. La influencia de Emile Durkheim.

A pesar de ser considerado como parte central del positivismo sociológico francés (Mardones y Ursúa, 1994), Durkheim es reconocido por varios psicólogos sociales como uno de los primeros en destacar la manera en que las representaciones colectivas de la realidad constriñen la experiencia individual sin abarcarla en su totalidad (Deutscher *op. cit.*, 1996; Moscovici, 1984). Durkheim dirigió la atención al espacio donde se efectúa la interacción social y resaltó el carácter objetivo de los sistemas simbólicos que la facilitan, así como su importancia en la construcción de cualquier forma de vida colectiva.

3. Fenomenología.

La fenomenología, dentro del campo de la filosofía, fue sistematizada en el siglo XX por Edmund Husserl (1925), quien la consideraba no sólo un método descriptivo, sino una reforma metódica de todas las ciencias. Husserl también define lo que él llama *psicología fenomenológica*, a la cual le asigna como su objeto de estudio, "las vivencias subjetivas que llegan a ser para nosotros conscientes, en las cuales, en un sentido amplísimo, se nos *aparecen*. De ahí que todas estas vivencias se llamen también *fenómenos*" (*idem.*, pp 37-41). El autor también destaca la *intencionalidad* que caracteriza al ser consciente.

Ahora bien, como señala Corres (1996, p. 81), existen dos corrientes principales que se han desprendido de la fenomenología, matizando el pensamiento psicosocial. Por un lado, se encuentra la Teoría de Campo propuesta por Kurt Lewin, muy cercana a los principios gestaltistas y, por otro lado, los trabajos de Alfred Schütz. Este último fue uno de los autores más relevantes en cuanto a la introducción del método fenomenológico en las ciencias sociales, el cual influyó de manera particular en la teoría construccionista (Berger y Luckmann, 1968).

En su *Fenomenología del mundo social* (1932), Schütz parte del ámbito de la significación subjetiva -podríamos decir "intraindividual"-, para luego analizar los diferentes niveles en que ésta, a través de la acción social, se convierte en significación socialmente compartida: "La conducta humana ya es significativa cuando ocurre, y es inteligible en el nivel de la vida diaria, aunque, sin duda, en una forma vaga y confusa. La vaguedad se aclara en varias etapas, en cada una de las cuales ocurre un reordenamiento de la estructura significativa. Esto se produce tomando el contenido significativo ya clarificado y reinterpretándolo en función del sustrato de la vivencia." (*idem.*, p. 40)².

² Nuevamente se puede apreciar un intento por superar la dicotomía individuo/sociedad, así como la importancia que se atribuye al lenguaje en la construcción de lo social.

Por otra parte, basándose en el concepto de duración de Bergson, Schütz plantea que ese “sustrato de la vivencia”, en el que debe buscarse la fuente última de los fenómenos de significación y comprensión, representa un problema de tiempo histórico, o en otros términos, de análisis histórico.

4. Interaccionismo simbólico.

Fernández (*op. cit.*, 1994), destaca la importancia de las formulaciones de los “padres” del interaccionismo simbólico –Pierce, Royce y G.H. Mead– para la conformación de una visión psicosocial particular, basada en una concepción triádica de la realidad social. Peirce y Royce (citados en Fernández, *idem.*, pp. 55-57) resaltan que entre el individuo y la sociedad, existe un tercer elemento que traduce los significados sociales de tal manera que puedan ser comprendidos por el individuo. Este tercer elemento, representado por otras personas o por los sistemas de símbolos disponibles, implica la presencia de una comunidad de interpretación no sólo en una dimensión espacial sino temporal, es decir, que vincula a los miembros de la sociedad no sólo intergrupalmente, sino también intergeneracionalmente.

Por su parte, la obra de Mead es citada por diversos autores (*idem.*, 1994; Deutscher *op. cit.*, 1996; Berger y Luckmann, *op. cit.*, 1968), quienes resaltan especialmente la noción de “yo generalizado”, la cual Mead utilizaba para referirse a la internalización del orden social que el individuo elabora por mediación de los “otros significantes”. Este proceso resulta de suma importancia en el planteamiento interaccionista, puesto que bajo su óptica constituye la base tanto de la construcción de la identidad, como de la legitimación y cohesión del orden social.

En todas las escuelas de pensamiento que se han mencionado, se puede observar una dimensión común de la cual vale la pena resaltar:

- La importancia dada a los factores de orden histórico y cultural para la comprensión de los fenómenos sociales, así como su influencia en la construcción de la identidad individual y del conocimiento.
- A pesar de lo anterior, no se somete la individualidad a los determinantes sociales, puesto que existe una visión del ser humano como un ente activo y con voluntad de modificar su entorno.
- Se puede apreciar la insistencia en la existencia de un espacio intermedio en el cual se llevan a cabo los procesos de interacción intersubjetiva.
- El uso de los sistemas simbólicos, especialmente el lingüístico, es identificado como el vehículo que articula estos procesos: instrumentos mediadores entre los individuos y su "realidad" social.

5. Teorías psicológicas.

Más o menos en la misma época y de forma paralela, aparecen algunas teorías que llevan al interior de la psicología la discusión sobre algunos de los factores anteriormente mencionados, buscando romper con la visión exclusivamente individualista que imperaba en aquellos años. A continuación mencionaremos algunas de ellas.

Wilhelm Wundt estaba convencido de que una psicología puramente individual era solo la mitad de la psicología. De hecho, él extendió y profundizó los trabajos de Lazarus y Steinthal en relación con la "Völkerpsychologie" o Psicología de los pueblos (Grauman, *op. cit.*, 1990, p. 26). En esta tradición, la suposición clave es que la forma primaria de asociación humana es la comunidad cultural –el "Volk"–, en el cual transcurre la formación y educación de la personalidad individual. En ese sentido, la völkerpsychologie "fue un estudio histórico comparativo de los productos objetivos de la interacción social [...] tales como el lenguaje, el mito y la costumbre" (*idem.*, p. 27).

Otro desarrollo importante dentro de la psicología a principios de siglo lo constituye la psicología de las masas, que a través de Gustave Le Bon se

constituyó en una preocupación por descifrar los elementos que modificaban la conducta de los individuos bajo la influencia de las masas (*idem.*, 1990, p. 29). Arciga (1989, p. 19) considera que los trabajos de Le Bon prefiguraron las alteraciones que la modernidad preparaba en cuanto a las formas tradicionales de convivencia: el surgimiento de la "sociedad de masas" y la sustitución de la comunidad por la multitud³.

Posteriormente, Tarde (citado en *idem.*, 1989, pp. 26-27), destacó la influencia de los medios de comunicación en una segunda transformación: la de la multitud en "público", así como la progresiva desaparición de espacios públicos de construcción de lo colectivo y la sustitución de la conversación por la "opinión" de los expertos calificados. Visto en otro plano, este fenómeno implica la progresiva sustitución de la "comunicación", que conlleva una carga afectiva o de significados, por el predominio de la "información" impersonal y de carácter más técnico en el ámbito de lo público. Moscovici (*op. cit.*, 1985) parte de todos estos elementos para afirmar que el objeto de estudio casi exclusivo de la psicología de las masas es el estudio del poder y la sugestión que el líder ejerce sobre la multitud.

Por otra parte, dentro de la psicología rusa (soviética en su momento), se destaca la obra de Lev Vigotsky por la originalidad con que procuró construir una psicología dialéctica coherente, sin caer en los compromisos y emblemas ideológicos del régimen stalinista. Vigotsky (1934) afirmaba que el conocimiento y la conciencia tienen un origen social e instrumental, de tal suerte que las condiciones sociohistóricas particulares en que se desenvuelven los individuos determinan sus posibilidades de desarrollo. En su teoría sobre la interiorización del lenguaje, el autor pone énfasis en la construcción social de la conciencia: el lenguaje, generado por la comunidad a partir de sus necesidades y circunstancias particulares, es interiorizado por el individuo a lo largo del

³ De hecho, Moscovici, (1985, p. 13) considera a estos factores como cruciales para entender buena parte de la historia del siglo XX.

proceso de socialización, donde el pensamiento, antes de ser intrapersonal, es *interpersonal*.

Así, el autor ubica el origen del psiquismo en las relaciones sociales, estableciendo su origen en la propia actividad humana y en la función pragmática que el ser humano le da al *lenguaje-herramienta*, en tanto instrumento que utiliza para modificar su realidad (Pérez Pereida, 1987). Es importante aclarar que Vigotsky (*op. cit.*, 1934) no niega la existencia de un pensamiento no lingüístico, ni tampoco reduce el mundo social al lenguaje; sin embargo, concede al signo lingüístico la mayor importancia en la formación, expresión y comunicación del pensamiento.

Como puede apreciarse, el panorama de los estudios psicosociales a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX era bastante diverso y abierto a múltiples influencias pero, por razones históricas específicas que tienen que ver con las dos guerras mundiales desatadas en Europa y con la consolidación de sistemas totalitarios en sus diversas versiones, el desarrollo de este tipo de estudios psicosociales se vió frenado o forzado a migrar hacia los Estados Unidos de América (Grauman, *op. cit.*, 1990, p. 27), acoplándose al esquema positivista dominante que caracteriza a la psicología hasta entrados los años setenta.

Una vez cubierto el objetivo de dibujar la armazón epistemológica que antecede al paradigma crítico-interpretativo, dejaremos hasta aquí el recuento histórico.

III. CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL PARADIGMA

En los incisos anteriores se ha esbozado un cuadro simplificado que muestra dos grandes concepciones de ciencia que han influido en la psicología social. Ahora entraremos de lleno a la descripción de los rasgos más importantes de lo que hemos dado en llamar *paradigma crítico-interpretativo*.

Como mencionan Paéz *et al.*, (*op. cit.*, 1992, p. 170), "la psicología social no ha dejado de seguir la evolución de las ciencias humanas y sociales en el sentido de la emergencia de una minoría crítica cualitativista y antipositivista que se opone a la visión dominante cuantitativista y neopositivista", aunque puede decirse que en realidad se trata de una (re)emergencia, tomando en consideración los antecedentes históricos que se acaban de citar. A continuación, se señalan los rasgos que nos parecen centrales para caracterizar el paradigma, los cuales, por cierto, son resaltados de manera coincidente por una diversidad de propuestas teóricas específicas que, aún sin ser plenamente asimilables, comparten un sustrato epistemológico común.

6. Énfasis en el carácter intencional de la acción humana.

Con este punto se hace referencia a la visión que del ser humano se perfila dentro del paradigma crítico-interpretativo. En éste, se considera que el ser humano lejos de ser un ente que responde mecánicamente a los estímulos del medio, transforma activamente e intencionalmente las condicionantes de su contexto natural y social.

Montero (*op. cit.*, 1994) reconoce explícitamente este "carácter activo de los seres humanos [...] considerados como actores y constructores de su realidad" y, por su parte, Berger y Luckmann (*op. cit.*, 1968, p. 38) complementan esta afirmación cuando sostienen que "esta situación implica que la conciencia y el comportamiento son intencionales, es decir, que siempre son apuntados hacia ciertos objetos". Aunque la realidad cotidiana se presente a la conciencia como

ya dada, como preexistente, es resultado de una serie de procesos que tienen como actor central la propia actividad de los seres humanos.

Por otra parte, las críticas de Moscovici (*op. cit.*, 1981) al modelo mayoritario de influencia parten justamente de la observación de que en dicho modelo se ubica a las mayorías como determinantes en la conducta social del individuo, quien, bajo dicha perspectiva, se reduce a un ser pasivo que está constreñido enteramente por los determinantes estructurales de su entorno social. En su lugar, el modelo de influencia social minoritaria que este autor propone destaca la influencia que el individuo y las minorías tienen, en tanto entes autónomos, sobre el conjunto de la colectividad, aunque sus efectos se perciban en el mediano o largo plazo. Esta actividad transformadora desplegada por el individuo también termina por modificarlo a él mismo; al respecto, Ibáñez (1996, p. 545) sostiene que "las prácticas humanas [...] presentan la peculiaridad de ser procesos que crean en el transcurso de su desarrollo las condiciones para su propia transformación".

De todo lo anterior, se pueden derivar algunas consecuencias importantes para la psicología social:

- En el plano teórico, se plantea la necesidad de dar cabida al estudio del cambio, el conflicto y los procesos de transformación social, al reconocer estas mismas características en los seres humanos que integran los conglomerados sociales.
- En el plano metodológico, se postula la "impredictibilidad... de la conducta humana" (Montero, *op. cit.*, 1994, p. 36), lo que lleva a plantear la conveniencia de que el sujeto de la investigación social participe activamente en la formulación de los objetivos de ésta, estableciendo una relación horizontal con el investigador.

7. Búsqueda por superar la oposición entre individuo y sociedad.

A partir de la fenomenología de Schütz (*op. cit.*, 1932), Berger y Luckmann (*op. cit.*, 1968, p. 84) realizaron un análisis de los diferentes niveles a través de los cuales se va construyendo lo social, buscando no caer ni en el extremo del individualismo ni del holismo metodológicos. Su postura ante el problema se puede sintetizar en la frase: "La sociedad es un producto humano; la sociedad es una realidad objetiva... el hombre es un producto social" (*idem.*, p. 84). Para los autores, la relación entre el hombre/productor y el mundo social/producto, no es unidireccional sino dialéctica, en la medida en que el producto vuelve a actuar sobre el productor. Dicha relación se concreta en tres momentos precisos:

- i. Externalización de la subjetividad individual a través de la actividad humana
- ii. Objetivación y codificación de los significados de esta actividad a través de diferentes sistemas de signos.
- iii. Internalización del mundo "objetivo" por medio de la socialización.

En el mismo sentido, Bhaskar (1989, p. 75), señala que la sociedad preexiste a la acción intencional del individuo y a la vez es su condición necesaria; sin embargo, también afirma que la sociedad existe y se reproduce sólo en virtud de la agencia intencional de sus miembros. Por su parte, Moscovici (*op. cit.*, 1984, pp. 21-22) sostiene que la visión que dota de su especificidad al campo de estudio de la psicología social, se caracteriza por una lectura ternaria de los hechos y las relaciones, de tal suerte que se sustituye la relación "sujeto-objeto" por una de tres términos:

Sujeto individual-sujeto social-objeto

O formulada de otra manera:

Ego-alter-objeto

El sujeto social (alter) es el intermediario que permite al sujeto individual (ego) aprender el significado de los objetos de conocimiento a partir de dos procesos: la facilitación social, por una parte, y la influencia social, por la otra (*idem.*, p. 22). Siguiendo con esta idea, Fernández (*op. cit.*, 1994) recupera el concepto de *intersubjetividad*⁴, definiéndolo como una relación triádica que permite ubicar diferentes niveles de análisis de lo colectivo, los cuales se mueven entre la esfera privada y la esfera pública de lo social.

De esta manera, podemos ver como dentro del paradigma crítico-interpretativo la frontera entre lo individual y lo social se va difuminando cada vez más.

8. Equilibrio entre comprensión y explicación

En el paradigma dominante de la psicología ha prevalecido lo que Paéz *et al.* (1992, p. 40) llaman "concepción clásica de la explicación como subsunción legaliforme", esto es, la incorporación de los hechos concretos a leyes que responden al por qué de los mismos. Así mismo, los autores hacen referencia a los trabajos de algunos positivistas lógicos como Hempel y Reichenbach para afirmar que "la explicación trata de determinar la razón o el por qué de un hecho social hallando [primero] la regla general a la cual debe su razón de ser y [segundo] los hechos concretos por los que el fenómeno en cuestión es un caso particular de dicha regla general" (*idem.*, p. 41). Si bien ésta ha sido la postura predominante, hay que mencionar que se han postulado diversos tipos de explicación -causal, funcional o teleológica- y que la estadística ha flexibilizado el determinismo de esta concepción al introducir modelos probabilísticos más complejos y dinámicos.

⁴ El cual proviene de la tradición hermeneútica de la filosofía.

La consecuencia de este énfasis en la explicación consiste en que se ha parcializado el alcance del saber científico. A esto se puede contraponer, por ejemplo, la visión que Dilthey tenía sobre el conocimiento (en Morin, *op. cit.*, 1986, p. 157), quien consideraba que la *explicación* es tan solo uno de los dos tipos originales de conocimiento, siendo la *comprensión* el otro elemento fundamental de la diada.

Al respecto, Morin (*idem.*, 1986) define la explicación como “un proceso abstracto de demostraciones lógicamente efectuadas, a partir de datos objetivos en virtud de necesidades causales materiales o formales, el cual se mueve principalmente en las esferas de lo abstracto, lo lógico, lo analítico, lo objetivo”; por su parte, la comprensión es definida como “un modo fundamental de conocimiento para cualquier situación humana que implique subjetividad y afectividad; es el conocimiento que aprehende todo aquello de lo que podemos hacernos una representación concreta o que podemos captar de manera inmediata por analogía” (*idem.*, pp. 157–166). Al afirmar que no hay posibilidad de comprensión sin explicación ni viceversa, Morin pugna por la necesidad de una relación dialógica entre estos dos modos de saber.

Estas ideas resaltan la necesidad de romper con las dicotomías tradicionales; en ese sentido, la comprensión de la subjetividad individual y sus contenidos se puede enriquecer al considerar los factores contextuales e históricos que le dan origen; asimismo, estos factores permiten entender por qué se selecciona un estilo de explicación dado y no otro. De hecho, en el paradigma crítico interpretativo se considera la comprensión como un modo de conocimiento adecuado al carácter simbólico de lo social y al papel que en él juegan los significados y su desciframiento (Ibáñez, 1994), aspecto en el que la herencia de la tradición hermenéutica tiene una influencia decisiva.

Esto nos lleva a dos conclusiones importantes para los fines de esta investigación:

Identidad Nacional, poder y transformación.

- Destacar la relevancia que tiene para la psicología social considerar los factores históricos y sociales que permiten comprender la particularidad de los procesos de construcción de la realidad social en un lugar y tiempo determinado, así como su inserción en un sistema más amplio de relaciones con otros procesos (Berger y Luckmann, 1968; Ibáñez, 1994; Montero, 1994; Moscovici, 1985).

- Se concede un papel central al lenguaje como articulador y decodificador de prácticas sociales, como configuración de la esfera de lo público y como vehículo privilegiado de los procesos de influencia social.

De esta manera, conceptos tales como símbolo, significado y discurso, adquieren relevancia para comprender las representaciones particulares que una colectividad construye respecto a su realidad social, cuya condición de "realidad" se da sólo en el plano epistemológico, es decir, en cuanto a la forma en que se conoce. También describen los mecanismos lingüísticos que dicha colectividad genera para internalizar esas representaciones en la conciencia subjetiva de sus miembros (ese "otro generalizado" del que hablaba Mead).

Estos aspectos han llevado también a la reivindicación de las metodologías de carácter cualitativo, tales como el análisis del discurso, la observación etnometodológica, las historias de vida, la entrevista conversacional, etcétera (Montero, *op. cit.*, 1994; Ibáñez, *op. cit.*, 1994; Moscovici, *op. cit.*, 1984; Serrano, *op. cit.*, 1996; Haidar, 1998; Parker, 1996).

9. Crítica al uso de las nociones de "objetividad" y "neutralidad" dentro de la ciencia.

En relación con este punto, Montero (*op. cit.*, 1994, p. 36) señala que a partir del reconocimiento de que la ciencia es una construcción histórica y humana, no se puede hablar de "neutralidad" ni en el modo de producción del conocimiento, ni en cuanto a los resultados que produce. De la misma manera,

propone un nuevo rol para el psicólogo, el de "agente y facilitador del cambio social[...], lo cual supone una toma de conciencia de su inserción social y de los intereses históricos a los que sirve". Es en ese mismo sentido que Ibáñez (1992, p. 23) habla del "carácter productivo de las ciencias sociales", al afirmar que "no es posible construir conocimientos científicos sobre lo social sin que estos produzcan a su vez efectos sociales[...]; cualquier científico social está actuando ineludiblemente como agente político capaz de incidir sobre la realidad social, puesto que modifica nuestra forma de entenderla".

Por su parte, Gergen (*op. cit.*, 1992) considera que esta postura es una reacción contra la retórica de la verdad científica producto del modernismo y de la implantación del modelo de las ciencias naturales al campo social, el cual toma por norma la neutralidad y distancia del investigador en relación con el objeto de estudio. Fox (1998) afirma incluso que esta creencia en la objetividad y neutralidad de la ciencia tiene implicaciones ideológicas y efectos de poder en lo que respecta a la elección de los métodos y las teorías (de manera concreta, esta situación se puede observar en la descalificación que conlleva considerar como "no científico" aquello que no se conforma con el canon experimentalista).

Como se mencionó anteriormente, las mismas consideraciones llevaron a Montero (*op. cit.*, 1994) a señalar que la mayoría de las teorías psicosociales buscan explicar los procesos de continuidad y de conservación del orden social, lo cual ha llevado a la construcción de una ideología que considera los procesos de cambio y de conflicto como "anormalidades". Esta es de hecho la misma crítica que el modelo de influencia minoritaria (Moscovici, *op. cit.*, 1984, Doms y Moscovici, 1984; Mass, 1987; Moscovici, Pérez y Mugny, 1987) hace al modelo funcionalista centrado en las mayorías y los procesos de conformidad.

Esta postura tiene consecuencias concretas sobre la elección temática de los autores, en la cual es de resaltar la importancia dada al estudio de la ideología, los mecanismos de legitimación del orden social, la formación del sentido

IV. DOS POSTURAS DENTRO DEL PARADIGMA.

Aunque no es la intención de este trabajo caer en una vasta discusión sobre si las características mencionadas en el apartado anterior sirven para postular la existencia de un paradigma específico y diferenciable dentro de la psicología social, es necesario extenderse un poco sobre el punto antes de continuar adelante; para definir un criterio al respecto es necesario que se aclare de forma más precisa el sentido en que se utiliza la noción de *paradigma*. Si queremos sostener la existencia del paradigma crítico-interpretativo a la luz de las ideas de Kuhn (1962), hay que tomar en cuenta que el autor plantea el término por lo menos en dos dimensiones:

- Una dimensión en la que el paradigma es visto como un modelo filosófico o epistemológico aplicable a problemas concretos.
- Una dimensión sociológica en la que el paradigma es visto como elemento cohesionador de un grupo de científicos determinados que comparten una visión específica de la ciencia y evitan la competencia entre sí.

En relación con la primera dimensión, el cuadro que se ha dibujado al respecto de las características que consideramos centrales dentro del paradigma crítico-interpretativo representa en sí un modelo general a aplicarse en el análisis de los problemas concretos de estudio, aunque, en cuanto hace al aspecto metodológico, no establece un canon riguroso a seguir. Por otra parte, parece difícil hablar de una "comunidad de científicos" cohesionados alrededor de este modelo que, de manera consciente y explícita, se definan como miembros de tal comunidad (en todo caso, los autores de los diversos enfoques que estamos considerando como parte del paradigma comparten una actitud muy similar en relación a la psicología "dominante" y se han abocado al estudio de más o menos los mismos problemas).

Por otra parte, la definición de Munné (1989) plantea, de manera similar a Kuhn, que un paradigma es un conjunto de premisas que proporcionan un

fundamento a diversas teorías de alcance medio, sirviendo como modelo organizador y suministrando una orientación epistemológica dada. Sin embargo, este autor va más allá al afirmar que este conjunto de premisas, en el caso de la psicología social, derivan a su vez de un modelo o visión del ser humano, a manera de metaparadigma.

Siguiendo esta definición, podemos concebir la idea un paradigma crítico-interpretativo constituido por un conjunto de premisas básicas, las cuales a su vez se derivan de un modelo del ser humano, quien es visto como un ente activo el cual voluntariamente construye junto con los demás su entorno social a la vez que su comportamiento es modificado constantemente por los productos de su actividad, lo cual no niega la existencia de fenómenos sociales de carácter parcialmente inconsciente o no voluntarios tales como la sugestión, o de carácter coercitivo como el logro de la conformidad mediante el uso del poder.

En ese sentido, algunas de las premisas centrales que conforman el paradigma son:

- Preocupación por los factores histórico-sociales y su influencia en la conducta.
- Papel del lenguaje en la comprensión de los fenómenos psicosociales.
- Ruptura de la dicotomía individuo-sociedad.
- Crítica de las ideologías.
- Rechazo a la noción de verdad y neutralidad en la ciencia.

Ahora bien, dentro del rango de teorías que Murné llama de "mediano alcance, [...] las cuales adquieren pleno sentido dentro de su marco paradigmático" (*idem.*, p. 57), existen dos que son de particular interés para la construcción del marco conceptual a partir del cuál abordaremos el problema de la identidad nacional. A continuación se hará una descripción de las mismas para, posteriormente, identificar sus convergencias y divergencias.

10. Psicología social construccionista.

Para Berger y Luckmann (1968), el construccionismo, como una escuela de pensamiento dentro de las ciencias sociales, parte de la redefinición que Alfred Schütz realizó en relación con la sociología del conocimiento. Si bien Scheler y Manheim habían ya sentado las bases de esta disciplina al estudiar la manera en que la sociedad determinaba el aspecto y el contenido mismo de las grandes ideas humanas, la habían limitado a fungir solamente como una historia de las ideas. Schütz viene a ampliar el campo de estudio de la sociología del conocimiento al plantear la necesidad de estudiar no sólo las grandes ideas de una época, sino todo aquello que en una sociedad determinada es considerado como "conocimiento". En ese sentido "Schütz se concentró en la estructura del mundo del sentido común en la vida cotidiana" (*idem.*, p. 31).

Berger y Luckmann, en su libro *La Construcción social de la realidad* (1968), partiendo del planteamiento de Schütz de que la "realidad" cotidiana es generada por la actividad intencional de los individuos y que, una vez conformada, es experimentada como externa y preexistente, elaboran una teoría extensa acerca de la relación dialéctica entre individuo y sociedad que pueden ser ubicada dentro del paradigma crítico-interpretativo en lo tocante a la ruptura de las dicotomías tradicionales y al papel que el lenguaje juega en dicha relación.

Para los autores, en un primer momento del proceso, la subjetividad de nuestra experiencia es externalizada a través de nuestras acciones cotidianas, las cuales al volverse habituales, al ser codificadas a través de un sistema simbólico como el lenguaje y al mantenerse vivas a través de las generaciones, forman el cimiento de la institucionalidad. Dicho en sus propios términos: "la institucionalización aparece cada vez que se da una tipificación de acciones habitualizadas por ciertos tipos de actores" (*idem.*, p. 76). De este proceso se pueden extraer dos consecuencias importantes:

- Por un lado, al institucionalizarse, la experiencia subjetiva se convierte en experiencia pública, puesto que al ser tipificada mediante el lenguaje o algún otro sistema de símbolos, se vuelve accesible para los demás miembros de la sociedad -se objetiviza-.
- Por otra parte, la institucionalización actúa de forma retroactiva sobre los actores sociales, controlando su propio comportamiento y dibujando el rol o papel que ocupan dentro de la realidad institucional que ellos mismos han construido.

En un segundo momento del proceso, el orden social institucionalizado es transmitido a las nuevas generaciones, quienes recibirán el conocimiento de su realidad social como algo ya predefinido, puesto que no participaron en su construcción: "en otras palabras, las instituciones se experimentan ahora como si poseyeran una realidad propia, que se presenta al individuo como un hecho externo y coercitivo; [por ejemplo] si consideramos el factor más importante de la socialización, el lenguaje, vemos que para el niño aparece como inherente a la naturaleza de las cosas y no puede captar la noción de su convencionalismo" (*idem.*, pp. 76-82).

Según los autores, la nueva situación implica establecer medidas de control para lograr el acatamiento del orden institucional; de hecho, esta necesidad se volverá mayor conforme la sociedad tenga mayor contacto con otros grupos que pongan en cuestión el modelo de conocimiento dominante o surjan grupos al interior de la comunidad que generen modelos de conocimiento y acción antagónicos. En este sentido, es muy importante considerar no sólo los medios de sanción y coerción a través de los cuales se puede lograr el control, sino los "universos simbólicos" construidos por el discurso institucional para legitimar el orden social.

Estos universos, si se convierten en opciones monopólicas dentro de la sociedad -lo cual supone un nivel de estabilidad socio-estructural muy alto-

se "reifican", es decir, adquieren la apariencia de realidades independientes al ser humano y que deben ser acatadas *a priori*. Sin embargo, el panorama nunca es tan simple: cuando estos universos simbólicos pierden validez para una gran parte de la sociedad, devienen en discursos que solo justifican intereses de grupo en aras de mantener su status y poderío. Berger y Luckmann (*idem.*, 1968) sostienen que cuando esto sucede, asistimos al surgimiento de las "ideologías".

Esto nos lleva al tercer momento en el proceso dialéctico de relación individuo-sociedad, momento en el que los productos de la actividad humana empiezan a modificar a su productor: la internalización del orden social. De hecho, los autores consideran que la internalización es el método por excelencia para lograr la conservación del orden social, y consiste en que el individuo, a través de la mediación de los "otros significantes", vuelve propio el conocimiento social disponible y lo adapta a su pensamiento, a su comportamiento y a su modo de hablar.

Según Berger y Luckmann (*idem.*, p. 167), durante la socialización primaria, "el niño adapta los roles y actitudes de los otros significantes, o sea que los internaliza y se apropia de ellos. Por esta identificación con los otros significantes el niño se vuelve capaz de identificarse él mismo, de adquirir una identidad subjetivamente coherente y plausible". En la socialización primaria el momento crucial se da cuando el niño logra abstraer progresivamente los roles que le permiten identificarse no sólo con los otros concretos, sino con una generalidad de otros, es decir, con la sociedad. Los autores consideran que esto representa la formación del "otro generalizado" dentro de la consciencia⁵.

Así se logra no sólo una identidad subjetiva, sino que ésta se sincroniza con la realidad "objetiva", en la medida que el niño internaliza la sociedad en cuanto tal. Mientras exista esta sincronía en la mayoría de los individuos, el orden

5 Exactamente en el sentido propuesto por Mead, al que ya hicimos referencia anteriormente.

institucional está más o menos garantizado. Más adelante, de acuerdo a los autores, existe un proceso de socialización secundaria en que el individuo adquiere el conocimiento de los "submundos especializados del orden social", sin embargo, aquella debe ser reforzada e intensificada continuamente puesto que no implica la profundidad emocional de la socialización primaria (y en ocasiones, ambas pueden estar incluso enfrentadas).

Al respecto de esto último, los autores consideran que "una circunstancia importante que puede plantear una necesidad de dicha intensificación es la competencia entre los encargados de definir la realidad en diversas instituciones. En el caso del adiestramiento revolucionario [por ejemplo], el problema intrínseco reside en la socialización del individuo en una contradefinición de la realidad, vale decir, contra las definiciones de los legitimadores oficiales de la sociedad" (*idem.*, p. 183). Esto es muy importante de considerar para poder explicarnos las dificultades que experimentan los procesos de cambio y sus impulsores para adquirir influencia dentro de la sociedad; de hecho, es interesante considerar estos aspectos en relación con la teoría de la influencia social inconsciente de Moscovici (*op. cit.*, 1981), en cuanto a los criterios que debe seguir una minoría activa para poder modificar el orden social y las representaciones ligadas a él.

Se podría resumir todo lo mencionado anteriormente en una frase utilizada por Berger y Luckmann (*op. cit.*, 1968), la cual sintetiza los tres momentos del proceso: "La sociedad es un producto humano; la sociedad es una realidad objetiva; el hombre es un producto social" (*idem.*, p. 84)

De todo lo mencionado y para los fines de esta tesis, los siguientes aspectos resultan centrales para nuestro estudio de la formación del discurso sobre la identidad nacional y su papel en la conservación o modificación de las estructuras de poder en nuestro país:

- i. Reificación del orden social.

- ii. Internalización de la realidad social.
- iii. Competencia en la definición de la realidad social.
- iv. Especificidad histórico-social de los procesos de construcción de la realidad social

Estos puntos han sido desarrollados de manera extensa dentro de lo que propiamente se considera como Psicología social constructivista (Ibáñez, 1989, 1994; Shotter, 1989; Reicher, 1996; Secord, 1989). El análisis que estos autores realizan se centra sobre todo, como se verá, en el papel que juega el lenguaje dentro de los procesos de construcción de lo social.

- i. Reificación del orden social.

En este punto nos referiremos a la forma en que las características del discurso institucional reifican el orden social construyendo un universo simbólico que le legitima y, a su vez llega a cumplir funciones de carácter ideológico para la conservación de las estructuras de poder.

Al respecto, John Shotter (1989) ofrece una interpretación acerca de cómo el discurso institucional reifica el orden social y crea un universo simbólico legitimador; dicha interpretación parte del análisis del elemento retórico que está implícito en la formulación del conocimiento social. Shotter define el *Habla* como "aquellas formas de dirigirnos unos a otros, y la manera en que esas formas consiguen poseer su fuerza retórica", su función no es la de representar al mundo sino la de "coordinar las diversas acciones sociales", dicho en otras palabras, "crear, mantener, reproducir y transformar ciertas formas de relaciones sociales" (*idem.*, p. 144).

El habla está implícita en el proceso de construcción de lo social a través de lo que el autor llama "acción conjunta": dado que las personas tienen que coordinar sus actos con los demás, lo que pretenden y lo que producen suelen ser cosas diferentes. El resultado de la acción conjunta es un "escenario

Identidad Nacional, poder y transformación.

organizacional" en el seno del cual los participantes pueden dirigir sus actos dentro del marco de relaciones y normas acordadas. Lo que sucede dentro de estos escenarios posee un "sentido de realidad" en virtud de tener la cualidad de los hechos que simplemente ocurren.

Lo interesante es que estas "realidades" sociales son puramente imaginarias, en el sentido de que existen sólo dentro de los procesos que se producen entre las personas; su supuesta realidad les es otorgada por nuestra forma de hablar. La reificación se empieza a verificar en el momento en que se generan sistemas explicativos acompañados de una carga imaginaria poderosa, "que transforman lo que hasta en ese momento era un proceso creativo en un sistema causal" (*idem.*, p. 152). Es decir que el resultado es puesto en el lugar de la causa; a este fenómeno el autor le llama "falacia de los hechos *ex post facto*".

Otro factor que contribuye a la reificación es que dichas explicaciones aluden a una "naturaleza" o "esencia" oculta en las cosas, como causa última de sus características. Ibáñez (*op. cit.*, 1989) ha llamado a esto la "ilusión sustancialista", misma que Gergen (*op. cit.*, 1992) ubica como fruto de las ideas del modernismo acerca de la verdad objetiva.

ii. Internalización de la realidad social.

Hablaremos ahora sobre el proceso a través del cual el discurso permite la internalización de la realidad social objetiva -en lo que hace a la manera como la conocemos- y la identificación del individuo con ese "otro generalizado" que es la sociedad.

Para que el "escenario organizacional" que sostiene el entramado de relaciones sociales perdure, es necesario generar un aparato explicativo que le de legitimidad al conocimiento socialmente aceptado acerca de la "realidad" social, el cual utiliza estrategias de carácter retórico para lograr su aceptación y

posterior internalización por parte de los actores sociales. Shotter (*op. cit.*, 1989) plantea tres condiciones para que una explicación sea tomada en cuenta:

- Que se perciba como “fundamentada”, es decir, que aluda a un estado de cosas independiente de los deseos del hablante, que sea general para todos y que sus procedimientos de verificación sean demostrables.
- Que se considere como adecuada para las circunstancias actuales, desde un punto de vista social y moralmente oportuno.
- Que la explicación se plantee de forma respetuosa ante el público al que se dirige, reconociendo el status, derechos y deberes de cada actor.

Cuando la explicación logra adquirir reconocimiento social –credibilidad-, los individuos la adoptan como una forma de dar sentido, legitimidad e inteligibilidad a su experiencia subjetiva y a sus propios actos; es decir que a pesar de lo vago e incompletos que éstos sean, al adoptar una explicación razonada “reciben prestada una completud imaginaria que les permite ser considerados como actos de cierto género: se convierten en actos adecuados para reproducir un determinado orden social de identidades sociales” (*idem.*, p. 149).

Lo anterior nos hace recordar las palabras de Berger y Luckman sobre cómo la formación del otro generalizado permite la sincronización de la identidad subjetiva con la realidad objetiva. Al respecto, Shotter, partiendo de algunas ideas de Wittgenstein, considera que “con mucha frecuencia, al construir un medio de comunicación para la conducción y mantenimiento de un orden social práctico, nos encerramos en una cárcel inventada por nosotros mismos, y lo que es peor, al intentar concebir formas de estudio y reflexión sobre esas actividades, agravamos nuestro propio encierro en lugar de suavizarlo. Una consecuencia de semejante trampa es que el modo en el que nos situamos bajo el dominio de determinadas imágenes, debido a su subsistencia en algunas de nuestras pautas de comunicación, hace que quedemos atrapados

por ciertas "imágenes" que nos mantienen cautivos; sin ellas no sabemos cómo ser la clase de persona que habríamos de ser. No podemos evadirnos de ellas, están en la lengua y nuestro lenguaje nos las repite inexorablemente [...]; su mera "naturalidad" es lo que hace que sea tan difícil evadirlas" (*idem.*, p. 150).

iii. Competencia en la definición de la realidad social

En este punto abordaremos la manera en que los grupos antagónicos que tratan de definir la realidad social compiten entre sí por ganar legitimidad ante los individuos, poniendo en tela de juicio el orden institucional en miras de su transformación.

El planteamiento de Shotter acerca de las funciones retóricas del habla y las explicaciones de la "realidad social", nos lleva a considerar la manera en que surgen grupos antagonistas que intentan ganar legitimidad ante los individuos utilizando definiciones atractivas y creíbles. Berger y Luckmann (*op. cit.*, 1968), ya mencionaban que la aparición de estos grupos depende de la medida en que el orden social institucional y su discurso de legitimación sufran una pérdida de consenso, rompiendo su imagen monolítica y, progresivamente, des-estructurando los canales de control social.

Ibáñez (*op. cit.*, 1994) plantea que el espacio donde estas pugnas adquieren mayor relevancia es justamente el campo de la generación y distribución del conocimiento social. El autor resalta su carácter "necesariamente politizado", en el doble sentido de que induce modificaciones sociales y de que incorpora -y por lo tanto reproduce- creencias socialmente instituidas[...]; las cuestiones axiológicas, normativas y en definitiva políticas, forman parte internamente de los problemas analizados" (*idem.*, p. 25).

Al analizar los efectos de poder que emanan de la retórica de la verdad científica, el autor ejemplifica con la situación de la propia psicología social las pugnas que se dan por la definición de la realidad social. Según el autor, esta

disciplina se debate entre dos tendencias: "permanecer afincados en los esquemas del ideal de inteligibilidad, o por lo contrario, proceder a una incesante deconstrucción crítica de los supuestos básicos que conforman dicho ideal" (*idem.*, p. 27). (Podemos extrapolar el ejemplo afirmando que en todo contexto de crisis institucional, la principal pugna se relaciona con los medios de producción, legitimación y distribución del conocimiento social)⁶.

iv. Especificidad histórico-social de los procesos de construcción de la realidad social.

Desde el punto de vista construccionista, los procesos que están involucrados en el mantenimiento del orden institucional y los que tienen que ver con su cuestionamiento o deconstrucción, comparten un carácter eminentemente histórico. Ibáñez (*op. cit.*, 1989, p. 111) lo expresa de forma contundente al afirmar que " todos lo fenómenos sociales son producciones históricamente situadas y, por tanto, cambiantes", esto es que su forma actual resulta de las prácticas y relaciones sociales que lo fueron constituyendo.

A partir de esto, este autor extrae una conclusión que considera importante en relación con la forma en que estos fenómenos pueden ser conocidos. Ibáñez (*idem.*, p. 112) plantea que, dado que no son definitivos, sino incompletos y en permanente transformación, el conocimiento de los mismos -su "genealogía"- es parcial y, por lo tanto, debe ser constantemente puesto en tela de juicio; inclusive afirma que el conocimiento de un determinado fenómeno social se revierte sobre él mismo, modificándolo.

⁶ Desde luego que estos procesos no se restringen al campo de la ciencia, sino que incluyen también a los movimientos de carácter político y social, así como todo aquel campo desde donde se construyen los escenarios de los que parten las definiciones de la realidad.

Identidad Nacional, poder y transformación.

Esto es importante, puesto que al resaltar los aspectos normativos de lo social Ibáñez afirma que implican una cuestión política, a la vez que pugna por la ruptura con el mito de la "neutralidad de la ciencia". En efecto, al afirmar consistentemente que la investigación social tiene efectos sobre su objeto de estudio (Ibáñez, 1989, 1994, 1996), el autor plantea explícitamente la necesidad de que el psicólogo social se asuma como un agente transformador de su entorno. Finalmente, siendo la ciencia un fenómeno social más, no se puede dejar de reconocer que está inmersa en las condiciones sociales de la época y que forma parte de su construcción⁷.

Otra implicación del carácter histórico de los fenómenos sociales, según Ibáñez (*op. cit.*, 1996), tiene que ver con el reconocimiento de que dichos fenómenos sólo pueden ser entendidos en su situación particular, por lo que, sin descuidar el aspecto explicativo y las condiciones "objetivas" que le dan origen, es necesario comprender las características peculiares que los constituyen. Aunque el autor pugna por ir más allá de las "batallas metodológicas" (*idem.*, p. 16), muestra una clara preferencia para las metodologías de tipo cualitativo; dicha preferencia parte de la consideración de que son metodologías adecuadas al carácter histórico de las ciencias sociales⁸.

Es por ello que Ibáñez (*op. cit.*, 1989) habla de la necesidad de reconocer la dimensión hermeneútica del conocimiento, lo cual significa, al mismo tiempo, un reconocimiento del carácter simbólico de la realidad social. "Por su vinculación con la dimensión simbólica y con la construcción y circulación de significados, queda claro que cualquier cosa que denominemos como 'social', está íntima y necesariamente relacionada con el lenguaje y con la cultura.

⁷ Un ejemplo de ello lo tenemos al analizar la relación dialéctica entre el desarrollo de las ciencias naturales y la Revolución Industrial a fines del siglo XVIII y principios del XIX.

⁸ En ese sentido, recuérdese la polémica entre positivistas y anti-positivistas de la cual se hizo mención al inicio del capítulo.

Para el autor, nada es social si no es instituido como tal en el mundo de significados comunes propios de una colectividad de seres humanos, es decir, en el marco de la intersubjetividad. Esto implica que lo social no radica EN las personas, ni tampoco FUERA de ellas, sino que se ubica precisamente ENTRE las personas, en el espacio de significados del que participan o que construyen conjuntamente, como muy bien lo vió Vigotsky, entre otros" (*idem.*, p. 119; las mayúsculas son del autor). Al resaltar este doble carácter histórico y simbólico de lo social intersubjetivo, Ibáñez afirma que "una de las tareas fundamentales de la psicología social consiste precisamente en poner de manifiesto el papel que desempeñan las construcciones culturales y las convenciones lingüísticas en la generación de una serie de 'evidencias' que se nos imponen con toda la fuerza de las cosas mismas." (*idem.*, p. 125). En otras palabras, Ibáñez invita a "desnaturalizar" los fenómenos sociales⁹.

11. Teoría de la influencia social inconsciente

Otra tendencia que puede ser ubicada dentro de lo que hemos llamado Paradigma crítico-interpretativo es la Teoría de la influencia social inconsciente, sostenida principalmente por Moscovici (*op. cit.*, 1981, 1987) y otros autores

⁹ En lo que se ha mencionado hasta el momento acerca de la postura de Ibáñez, cabe hacer dos aclaraciones. En relación con su concepción de historia, el autor no se refiere a una progresión lineal y consecutiva de sucesos que se encadena en un sistema causal. En lugar de ello, se encuentra más cercano a la concepción de Foucault (1970), quien visualiza la historia como un sistema discontinuo de relaciones, rupturas y reposicionamientos. Por otra parte, en relación con la cuestión de la agencia humana (es decir, el carácter voluntario y dirigido de sus actos), al hablar de intersubjetividad, así como del carácter "autoorganizativo" de la sociedad, se reconoce que también existe un rango muy amplio de efectos y conductas sociales que no responden enteramente a la voluntad de los individuos que participan. Esto mismo es sugerido en la definición que hace Shotter (*op. cit.*, 1989) de la *acción conjunta*: una acción colectiva coordinada mediante el habla, en la cual lo que cada individuo pretende de manera particular no coincidirá con el resultado final. En todo caso, la dialéctica que Berger y Luckmann (*op. cit.*, 1968) describen al definir al individuo como productor de la realidad social y a esta como un producto que a su vez modifica a los individuos, nos hace ver que el carácter voluntario y racional del comportamiento humano no se contraponen necesariamente con la idea de que existen factores no voluntarios e incluso inconscientes que a su vez lo influyen.

tales como Pérez y Mugny, 1987; Mass, 1987; Ibáñez, 1987; Doise, 1987 y Papastamou, 1987.

Tres aspectos fundamentales son abordados en esta teoría; por un lado, se realiza una crítica importante a los modelos tradicionales dentro de la psicología social, bajo el argumento de que han privilegiado el estudio de los fenómenos de conformidad, aceptación social e influencia de la mayoría, dejando de lado los fenómenos de conflicto, de diferenciación social e influencia de los grupos minoritarios. Por otra parte, despliega una serie de conceptos para analizar el conflicto que las minorías introducen en la colectividad al cuestionar las definiciones de la "realidad social" hechas desde el poder, así como la forma en que dichas minorías logran influir a la sociedad en el mediano y largo plazo. El tercer aspecto importante tiene que ver con el análisis de las estrategias utilizadas por los grupos en el poder para descalificar a los grupos minoritarios. A continuación se desarrollarán estos aspectos de forma más detallada

i. Crítica a los modelos de influencia mayoritaria

Como menciona Mendoza (1997, p. 3), "hasta hace algunas décadas, los estudiosos de la psicología social se interesaban por los procesos y las razones por las que la gente tendía a la *conformidad*, así como por los medios a través de los cuales se lograba esto"; es decir que, en la psicología social tradicional, se ha dado mayor énfasis a los procesos por los cuales se logra generar estabilidad en la sociedad a través de la influencia que las mayorías ejercen sobre los pequeños grupos y los individuos, empujándolos a adoptar su punto de vista en relación con la "realidad" social.

Por su parte, Moscovici (1981) considera que los estudios que se ajustan a este modelo parten de una idea "asimétrica" de la influencia social, en la que dicha influencia va de la fuente (la mayoría) al blanco (la minoría), pero no a la inversa. El autor aplica a este modelo el adjetivo de "funcionalista", puesto que

“el punto de vista de la mayoría es la única opción justa, normativa; el punto de vista de la minoría no es simplemente otro punto de vista, es un vacío, una no opción, definida como no mayoritaria, como anómica -y, por tanto, contraria a la evidencia-” (*idem.*, p. 35). Ibáñez (*op. cit.*, 1987) menciona que en este modelo el poder y su ejercicio se consideran atributos de la fuente de influencia, lo que permite que el blanco se ajuste de manera casi automática con el discurso generado por la fuente. Debido a lo anterior, el comportamiento del individuo o del grupo será funcional en la medida que asegure su inclusión en el grupo social, “la desviación representa un fracaso en la inserción dentro del sistema, una carencia de recursos o de información en lo concerniente al medio social [...], el proceso de influencia tiene como objetivo la reducción de la desviación, la estabilización de las relaciones entre individuos y de los intercambios con el mundo exterior.” (Moscovici, *op. cit.*, 1981, p. 25).

En este contexto es pertinente remitirse a la crítica que a este modelo hace Montero (*op. cit.*, 1994, p. 137), citada en la primera sección del capítulo, la cual parte de la consideración de que este tipo de modelos son un ejemplo de la forma cómo se producen y reproducen los fenómenos ideológicos en las personas. Para la autora “...La racionalidad colocada como fundamento de estos modelos y el equilibrio deseado aparecen como algo natural y obvio, propio de la naturaleza humana, [sin embargo,] es necesario preguntarse si esa racionalidad no es impuesta y no está ligada a intereses económicos y políticos, cuya defensa de un determinado *status quo* exige esa congruencia”. De hecho, en apoyo a esta idea, Moscovici (*op. cit.*, 1981, p. 56) afirma que “grupos como la familia, el ejército, la iglesia, la escuela tradicional, ciertos partidos políticos hacen todo lo posible por mantener un control social como forma de dominio; la idea de preservar los mismos valores y mantener las prácticas jerárquicas impone una vigilancia rígida del comportamiento individual y social con tal de eliminar la desviación.

Dentro de la teoría de la influencia social minoritaria, se considera que el modelo funcionalista tiende a uniformar la realidad social, en un contexto

donde "las relaciones y las interacciones sociales están mediadas, la mayoría de las veces, por formas autoritarias e imperativas, en las que se pone el acento en la obediencia y en una cierta forma de *pasividad social*, ya que se nos habla más de obligaciones que de derechos. Los conflictos que generan este tipo de relaciones sociales oscilan entre el conformismo real, supuesto o impuesto, la sumisión y la desviación, la marginalidad, la inconformidad y la disidencia." (*idem.*, p. 12).

ii. Modelo minoritario de influencia

Ibáñez (*op. cit.*, 1987, p. 264) rebate la idea de que la influencia parte sólo de la fuente, argumentando que las minorías también ejercen influencia, aunque con otras características: "una fuente dotada de poder engendra una conformidad superficial, o una complacencia, como resultado de la relación de dependencia que logra establecer; por el contrario, una fuente desprovista de poder en ciertas condiciones engendra un cambio profundo, una conversión implícita, fruto del trabajo cognoscitivo al que se ve abocado el sujeto".

Mendoza (1997, p. 12) observa que "si bien para el modelo funcionalista la desviación es un acto indeseable e intolerable puesto que acaba con la uniformidad y la supuesta armonía del grupo, para el modelo genético propuesto por Moscovici, ésta se convierte en un elemento nodal de la influencia. Los desviados ya no son solamente desviados, ahora son fuentes de influencia". En efecto, la teoría de la influencia minoritaria implica un cambio radical en cuanto a la manera que se conceptualizan los procesos de influencia dentro de la psicología social, al darse un giro del énfasis en la conformidad al énfasis en la inconformidad, proponiendo un modelo "simétrico" en el cual los individuos y las minorías dejan de ser vistas como sujetos dependientes de las definiciones que las fuentes de poder construyan al respecto de la "realidad" social¹⁰. En este sentido, hay que recordar la manera en que Moscovici propone

¹⁰ En cierta forma, se apropian de parte de ese poder al generar sus propias definiciones.

enfocar este “proceso simétrico de influencia”, considerando que se presenta en una situación de interacción social que es caracterizada principalmente por la presencia de un conflicto social y cognoscitivo que debe ser negociado por las partes en conflicto, lo cual reintegra los procesos de cambio e innovación al campo de la psicología social (Doms y Moscovici, 1987). Aunque al respecto hay que señalar que difícilmente dicha negociación se da en términos de igualdad, ya que la mayoría y los grupos que se asumen como sus representantes parten de una situación de poder en relación con los subgrupos minoritarios.

Pero, ¿qué es una minoría activa? Para definirla no basta con caer en el punto de vista simplista que define como minoría a un grupo reducido de personas que difieren en opinión con respecto a la fracción más numerosa –la mayoría-. Doms y Moscovici van más allá al plantear que “toda persona o grupo que defienda activamente una posición diferente de la posición generalmente admitida en una sociedad, debe ser considerado como una fuente potencial de influencia mayoritaria” (*idem.*, p. 198), si bien, como señala Ibáñez (*op. cit.*, 1987), los mecanismos que activan y los efectos que producen son distintos a los de la influencia mayoritaria.

Hay dos aspectos importantes en cuanto a la manera en que las minorías logran influir al resto de la sociedad: por un lado, sus características y estilo de acción, y por otro, el tipo de efectos que producen en la definición de la realidad social. Con relación al primer aspecto, Doms y Moscovici (*op. cit.*, 1987), plantean una serie de rasgos que caracterizan a una minoría activa.

- La introducción de un elemento nuevo o perturbador en el grupo. De manera específica, la minoría realiza una definición contra-cultural de la realidad social (rompe con el “sentido común”).
- Carecen de la fuerza numérica, el poder y la competencia necesarios para imponer, así sin más, su punto de vista a una población de mayor importancia.

- Los individuos de la minoría tienden a ser ridiculizados, a que no se les preste atención al exponer sus ideas y a generar una actitud ambivalente hacia ellos por parte de los miembros de la mayoría. En otras palabras, la minoría está expuesta a una serie de presiones sociales determinadas dada su exposición al escrutinio público.

Si bien el panorama no resulta muy alentador en el corto plazo, a la larga la minoría se convierte en una fuente real de influencia, en la medida en que defiende con consistencia y tenacidad un punto de vista determinado y coherente (Maass, 1987). La clave de esto radica en la actitud ambivalente de la mayoría hacia el grupo minoritario; Moscovici (*op. cit.*, 1981), lo expone así: "los individuos minoritarios fuerzan a la mayoría a tomar en consideración su punto de vista, no en razón de alguna competencia especial, sino porque proponen su punto de vista con coherencia y firmeza. Estas cualidades no hacen necesariamente atractivo a la minoría, pero si faltan, será rechazada sin lugar a dudas." (*idem.*, p. 239).

En relación con el tipo de efectos provocados por la minoría, los teóricos que apoyan el punto de vista de la influencia social minoritaria, coinciden en señalar que el éxito de la misma se dará en la medida que consiga que la población valide la propuesta innovadora que introduce en el grupo, es decir, que se identifique con ella. Sus armas para lograrlo radican en su estilo de comportamiento, la generación de un conflicto sociocognoscitivo, la innovación y la persuasión.

Ahora bien, para Pérez y Mugny (*op. cit.*, 1987, p. 175), "la validación no es simplemente una focalización cognitiva [sic] sobre el objeto que llevaría por sí misma a la aprobación del mensaje. Se trata de una actividad constructiva del sujeto confrontado a un mensaje conflictivo. Mediante esta actividad el sujeto que es blanco de influencia organiza o reorganiza la totalidad del campo categorial y los significados asociados a las entidades que aparecen en la situación; esta actividad proviene no de un intento de confirmación de las

posturas minoritarias, sino más bien [paradójicamente] de una denegación social y cognitiva [sic] de los postulados minoritarios”.

Debido a que suscitan un pensamiento divergente, es decir que exponen soluciones no propuestas anteriormente (Maass, *op. cit.*, 1987), las minorías adquieren una mayor *relevancia* social, esto es que sobresalen del grupo, son más visibles y atractivas, convirtiéndose en blanco de los ataques de quienes defienden el pensamiento convergente; pero a la vez, desencadenan mayor actividad cognoscitiva en relación con sus propuestas (en contraste con las propuestas mayoritarias, que tienden a ser asumidas de manera naturalmente predominante).

La autora (*idem.*) considera que los sujetos expuestos a la influencia minoritaria entablan diversos procesos de pensamiento que finalmente desembocan en un cambio de actitud hacia el mensaje minoritario. Sin embargo, este cambio se da de manera privada o latente, no es un cambio público o manifiesto; en otras palabras, lo que se produce es una *conversión* a mediano o largo plazos.

A pesar de la importancia de lo anterior, Ibáñez (*op. cit.*, 1987) alerta sobre el peligro de sobrestimar los aspectos de índole cognoscitiva, lo cual pudiera llevar a “subestimar la importancia de las relaciones de poder que intervienen en todos los procesos de influencia[...]. En consecuencia, podrá resultar útil reintegrar plenamente el fenómeno del poder en la teoría de la conversión, concretamente con la dimensión de los costes sociales en los que caen las minorías, y poner más hincapié en la dimensión social del conflicto que en su dimensión cognitiva” (*idem.*, pp. 284- 285) Al respecto es importante observar que debido a dichas relaciones de poder la conversión muchas veces se da de manera indirecta, lo cual implica un proceso de resistencia a la influencia minoritaria por parte de los receptores del mensaje; el cual tiene que ver con un proceso de comparación social; Pérez y Mugny (*op. cit.*, 1987, p. 169) definen esto como la valoración que el blanco de influencia hace de la posible

relación que puede mantener con la fuente. Consiguientemente "la influencia directa de la minoría a menudo encuentra los obstáculos propios de la inestabilidad social asociada a sus características por un contexto intergrupalo conflictivo en el que cualquier acercamiento a ella supondría, casi automáticamente, un cuestionamiento de la identidad social del individuo"

En ese sentido, Moscovici (*op. cit.*, 1981) menciona que el impacto de opinión de las minorías en relación con el tema objeto de su interés es menor al deseado, aunque pueden influir más en los temas "vecinos", modificando las ideas y comportamientos de manera indirecta, incluso inconsciente. Lo anterior excluye cualquier explicación basada en la imitación o el aprendizaje social, puesto que está en juego una actividad sociocognoscitiva compleja que, a su vez, presupone un constructivismo social intenso, ya que la conversión implica ni más ni menos que un cambio de identidad social¹¹.

Estos aspectos de la influencia minoritaria que tienen que ver con las relaciones sociales de poder, la resistencia a la conversión, etcétera, nos llevan al siguiente punto a tratar acerca de la teoría de la influencia social inconsciente.

iii. Control y bloqueo de la influencia minoritaria

Mendoza (*op. cit.*, 1997, p. 19) señala que "cuando una minoría trata de darse a conocer e intenta hacerse visible haciendo uso de los elementos con que cuenta, está causando ruido en el ambiente y representa ya un problema para los que desean el control y la conformidad, por lo que no dudarán en poner en marcha su maquinaria de desprestigio, entre otras cosas, para tratar de crear una imagen negativa de las minorías y así impedir su influencia". Este fenómeno tiene que ver con la relación que se establece entre las minorías, la

¹¹ En este punto hay que recordar la relación entre socialización primaria y socialización secundaria, al que Berger y Luckmann (1968) hacen referencia desde el enfoque construccionista.

mayoría y el poder, entendido éste como la entidad preponderante en una relación de dominación, simbolizado a menudo por las normas consideradas válidas en una situación dada (Pérez y Mugny, *op. cit.*, 1987). El poder es representado de manera concreta a través de un sistema de relaciones institucionales, llámese gobierno, iglesia, partido político, ciencia, medios de comunicación, etc..

Algunas de las estrategias utilizadas por el poder para contrarrestar la influencia de las minorías sobre la mayoría son la *psicologización*, la *sociologización* y la *denegación*

□ La *psicologización* es definida por Pérez y Mugny (*idem.*) como un intento de descalificación de las minorías utilizando de forma negativa los aspectos personales de sus miembros, sus atributos o rasgos de personalidad, con el objetivo de evitar la discusión de las ideas o propuestas que la minoría introduce. En otras palabras, se trata de distraer la atención que pudiera prestarse a los argumentos, centrándola más bien en aspectos tales como el vestido o la apariencia de la minoría (son malos, feos, agresivos, sucios, flojos, etcétera). Papastamou (1987), resalta la manera en que esta estrategia contrarresta la influencia de la minoría no porque se cuestione su visión de la realidad social, sino porque es presentada como "desequilibrada, rígida o dogmática, irrealista y absolutamente carente de objetividad, incluso inestable e incoherente" (*idem.*, p. 261), que además obedece a móviles internos oscuros. Este autor plantea que el objetivo principal de la psicologización es bloquear la influencia indirecta e incluso diferida –a largo plazo– que la minoría pudiera ejercer. Sin embargo, Moscovici *et al.* (*op. cit.*, 1987) minimizan sus efectos al afirmar que a pesar de que la imagen de la minoría sea negativa, esto no constituye un obstáculo para que se de una influencia significativa (aunque seguramente sus vías serán más tortuosas, latentes y poco observables, lo que se presenta en todo caso es un cambio colectivo inconsciente, que comúnmente no es atribuido a su fuente original: la minoría).

- La *sociologización*, en términos generales, es similar al proceso de psicologización, con la salvedad de que la descalificación consiste en lograr presentar a la minoría como parte de grupos externos que intentan influir en la mayoría (como lo hace el nacionalismo en su vena xenofóbica, por ejemplo). En este sentido, la minoría podrá influir en la medida que salve esta situación presentándose como perteneciente al mismo grupo de referencia de la mayoría.
- La *denegación* es definida por Moscovici *et al.* (*idem.*) como "el medio que permite al mismo tiempo afirmar, por un lado, la convicción de la mayoría en la rectitud de sus ideas, de sus creencias, e infundir, por otro, la duda sobre las ideas, las creencias de la minoría y consiste en una oposición a concederle la mínima verosimilitud a una aseveración expresada por esta última" (*idem.*, p. 306). Esta estrategia, a diferencia de las anteriores, está dirigida sobre todo a evitar la influencia directa del mensaje de la minoría, lo cual puede provocar el efecto paradójico de reforzar su influencia indirecta. Incluso, al tachar de "irracional" o "equivocada" la propuesta minoritaria, involuntariamente contribuye a propagar el mensaje (aunque deformado o parcializado).

Hay que hacer énfasis en que en todas estas estrategias juegan un papel muy importante el uso ideológico dado al discurso, así como el peso que el sentido común tiene en la definición de la "realidad" social que forja la identidad de los individuos. Por otra parte, el apego que los miembros de la mayoría tengan a esta definición depende de la medida en que ellos mismos le otorgan validez dado que responde a sus necesidades concretas, ya sean éstas de índole emocional, intelectual o material. Es decir que, recordando la idea del "otro generalizado" que planteaba Mead, muchos de los problemas que enfrenta un subgrupo que intenta generar un proceso de cambio al interior del grupo mayoritario, se debe a que cuestiona los fundamentos sociales de la identidad y la experiencia subjetiva de sus miembros, con toda la carga afectiva que esto conlleva. Por esto mismo, podemos pensar que cuando el orden social y sus representantes pierden legitimidad ante la mayoría, en parte porque se alejan

de las necesidades de éstas últimas, en parte por la acción de las minorías, la influencia directa e indirecta de los grupos minoritarios tendrá mayor probabilidad de ser exitosa.

12. Balance crítico-comparativo.

Si se analiza la posición de la Psicología social construccionista y la Teoría de la influencia social inconsciente –o minoritaria– a partir de lo expuesto anteriormente, es posible identificar puntos de coincidencia entre ambos enfoques, los cuales a su vez remiten a las premisas generales del paradigma crítico-interpretativo ya expuestas; sin embargo también se observan diferencias tanto en sus postulados como en sus objetos concretos de estudio. A continuación se analizarán estos aspectos a través de cuatro temas que nos parecen centrales: su visión del ser humano, la relación entre sociedad e individuo, el papel dado al lenguaje, así como su visión acerca de la ciencia y la psicología social.

i. Visión del ser humano

Con relación a este punto, podemos observar que tanto el construccionismo como la teoría de la influencia social inconsciente nos presentan a un ser humano activo, involucrado en una constante transformación de su medio natural y social a la vez que es transformado por los productos de su propia acción; en una palabra, un ser eminentemente *histórico*.

Ahora bien, existe una diferencia en cuanto a la importancia concedida a los factores ajenos a la voluntad del individuo. Si bien en el construccionismo se hace mención de que los efectos de la acción del hombre, en tanto acción conjunta e intersubjetiva, son diferentes a lo que originalmente pretende cada uno de los individuos involucrados, se tiende a pintar un panorama bastante racional en cuanto a la conformación del orden social. En cambio, en el modelo minoritario de influencia se marca enfáticamente la importancia de factores

inconscientes que tienen que ver con la influencia social, la presión a la conformidad, el aspecto latente de la conversión y los procesos ideológicos involucrados en el conflicto social; aunque es interesante notar que el cambio social es atribuido a la actividad sociocognoscitiva de los miembros del grupo.

Por otra parte, existe en la psicología construccionista un vacío manifiesto en relación con los aspectos de índole afectiva. Instintos, emociones, afectos, etcétera, merecen apenas referencias vagas. El construccionismo reconoce su importancia en la socialización primaria, pero no analiza a profundidad la forma en que lo afectivo participa en la dialéctica individuo-sociedad y en los procesos de transformación del orden social. La teoría de la influencia social inconsciente aborda con mayor detalle la dimensión emocional del ser humano cuando se refiere a los procesos de comparación social y a las estrategias de invalidación de las minorías que se basan en presentar una imagen de ella que provoque reacciones afectivas adversas, aunque también le da un peso mayor a los factores sociocognoscitivos. Al respecto hay que hacer notar que Moscovici (1985) abordó el tema en forma extensa, aunque en un contexto diferente al de la teorización sobre las minorías: la psicología de las multitudes¹².

ii. Relación sociedad-individuo

La "realidad" social y los procesos involucrados tanto en su conservación como en su transformación, no son atribuidos a un determinismo sociologista ni a un voluntarismo individualista. Podemos observar una ruptura de esta dicotomía en el construccionismo, que plantea explícitamente que la realidad social es intersubjetiva y emergente, dependiente de los consensos o disensos que convierten la experiencia subjetiva, a través de un proceso histórico, en una

¹² En *La Era de las multitudes*, el autor rescata los trabajos de Le Bon, Tarde y Freud en lo tocante a la unidad psicológica de las masas, la cual es eminentemente de orden afectivo, así como en lo que toca a su relación con el líder, quien a través de su carisma personal y la manipulación sensacionalista del discurso logra encausar la acción de las masas para bien o para mal.

fuentes de conocimiento público que se experimenta como realidad objetiva. Por su parte, la teoría de la influencia minoritaria rompe con el determinismo que el modelo funcionalista concede a la definición mayoritaria de lo social, restituyendo a los individuos y las minorías su capacidad para introducir elementos innovadores en el orden social; el individuo se relaciona con la sociedad –vista como un todo– a través de la mediación de diversos grupos antagonistas con los que se puede identificar y que le ofrecen un marco para interpretar la realidad social.

Nos parece que, a pesar del énfasis en su dimensión histórica, esta dialéctica es analizada de forma parcial por los dos enfoques. En el caso del construccionismo, se nota un mayor interés por el estudio de los procesos de formación, cimentación y reproducción del orden social, si bien Ibáñez (*op cit.*, 1994) insiste en la necesidad de que la psicología social debe de-construir los supuestos sobre los que se basa. Por su parte, la teoría de la influencia social inconsciente, explícitamente se ocupa de los procesos de transformación y renovación de la “realidad” social, en el conflicto y en los periodos de crisis en las definiciones institucionales de lo social.

iii. Papel del lenguaje y la ideología

El carácter simbólico de la realidad social es postulado de manera explícita por la psicología construccionista, para la cual el lenguaje es el factor básico a través del cual se construye el orden institucional de la sociedad, al ser el principal sistema simbólico coordinador de las acciones de los miembros de la colectividad y el instrumento por el cual se crea un discurso que legitima dicho orden. Por su parte, el modelo minoritario de influencia se enfoca principalmente al uso pragmático –retórico– dado al lenguaje en los procesos de influencia social. El punto de mayor convergencia al respecto se da con relación al estudio de la ideología; en ambos enfoques existe una concepción de “ideología” cercana a la definición marxista del término, en tanto

deformación interesada de la realidad social. En el construccionismo se habla de que los universos simbólicos que legitiman a las instituciones pueden devenir, al paso del tiempo y al ser reificados, en discursos cuyo fin es defender los intereses particulares de un grupo que busca conservar sus privilegios dentro del orden social; en el modelo minoritario de influencia se abunda sobre estos temas al analizar las estrategias de descalificación que el poder utiliza para evitar que las minorías logren incidir en la mayoría.

Sin embargo, podemos observar una diferencia bastante marcada en cuanto a la importancia atribuida al lenguaje en la determinación de la realidad social, puesto que mientras en el construccionismo (más cercano a la tradición hermeneútica) prácticamente se le da la primacía, la teoría de la influencia social inconsciente advierte contra un excesivo énfasis en los aspectos cognoscitivos y lingüísticos, el cual deja a un lado el papel jugado por las relaciones sociales de poder, el uso de la fuerza y la coerción¹³.

A pesar de esta diferencia, ambos enfoques consideran que el cuerpo de conocimientos que le da su carácter al orden institucional –sus discursos constituyentes-, recibe la cualidad de *objetivo* solamente por el consenso intersubjetivo de los miembros de la sociedad; en la medida que dicho consenso se pierde, surgen versiones de la realidad social que la cuestionan y la vuelven relativa –discursos alternativos-. Al final de cuentas, lo social no es solamente simbólico, sino que en la medida que es un producto humano, es intrínsecamente histórico.

iv. Visión de la ciencia y la psicología social.

Quizá sea éste el punto de mayor coincidencia entre los dos enfoques estudiados. Ambos critican los intentos tradicionales de explicación de la

¹³ En esta postura vemos reproducidas de alguna manera las críticas de Habermas (1970) a las pretensiones de totalidad de la hermeneútica propuesta por Gadamer, quien la concibe como una ontología del ser: el ser radica *en* el lenguaje y existe por él .

realidad social que se basan en el modelo del positivismo, rechazando así mismo la pretensión de neutralidad de la ciencia. Tanto el construccionismo como la teoría de las minorías resaltan el carácter histórico que debe asumir la psicología social, reconocen el factor político involucrado en sus aspectos normativos y le asignan como objeto de estudio problemas como el análisis y deconstrucción de la ideología, el conflicto social, los procesos de creación e innovación de lo social, el sentido común, etcétera.

Desde un punto de vista metodológico, se destaca el análisis del discurso como una estrategia apropiada para abordar el estudio de la "realidad" social, así como otras metodologías cualitativas. Sin embargo, aquí podemos observar una diferencia importante, puesto que en el construccionismo se asigna un peso mayor a la *comprensión* de los sistemas simbólicos sociales, mientras que en la teoría de la influencia social inconsciente el análisis busca *explicar* los mecanismos que operan en los procesos de innovación y resistencia al cambio. Estas diferencias no son tan determinantes en la medida en que ambos enfoques tratan de evitar las guerras metodológicas, sin negar por completo la utilidad del modelo experimental para verificar algunos aspectos específicos del comportamiento social.

V. MODELO CONCEPTUAL DE TRABAJO

Una vez que se han descrito los fundamentos teóricos sobre los que se apoya la presente investigación, se delinearé un modelo conceptual aplicable al estudio de la identidad nacional, partiendo de supuestos psicosociales afines al paradigma crítico-interpretativo. Para ello, es necesario considerar dos dimensiones en cuya intersección se delimita el espacio desde el cual se pretende aquí analizar el fenómeno de la identidad nacional: la dimensión del espacio social y la dimensión del espacio histórico.

13. Dimensión del espacio social.

Al hablar de la *dimensión del espacio social*, nos referimos al camino que la experiencia subjetiva atraviesa para convertirse en una realidad social objetiva y, de manera inversa, al camino que esta realidad objetivada recorre para ser internalizada por el individuo, recreando o transformando su significado. Para describir las distintas "estaciones" o niveles de análisis que conforman esta dimensión, partiremos del modelo que Fernández (*op. cit.*, 1994) utiliza para identificar el campo propio de la psicología social.

En primer lugar, el autor distingue dos grandes esferas sociales: la esfera privada y la esfera pública. Para Fernández (*idem.*, p. 61) la psicología tradicionalmente ha navegado de manera preferencial en la esfera privada, es decir, en el campo de la experiencia individual y las relaciones entre individuos al interior de un grupo; sin embargo, el autor plantea como punto de partida de la psicología colectiva "las autorrelaciones de la colectividad, para después acceder a las relaciones entre grupos e individuos". Se establecen así varios niveles de análisis:

colectivo —————> integral —————> interindividual —————> individual

En este esquema, es de resaltar que el autor plantea no una separación de los niveles, sino que los integra en un continuo que va de lo público a lo privado; esta integración implica que la subjetividad del individuo lleva en sí una serie de determinaciones sociales y viceversa. Esta idea tiene una larga historia en el pensamiento moderno; ejemplos de ello son las ideas de Vigotsky (1934) en torno a la introyección del lenguaje social por parte del niño y su influencia en la formación de la conciencia subjetiva o las de Kierkegaard (citado en Habermas, 1989, p. 100) en torno a que el sí mismo personal es a la vez un sí mismo social y civil, es decir que la vida personal se “traduce” a civil y qué solo a partir de ella retorna a la esfera de la interioridad.

Por *intersubjetividad*, Fernández (1994) se refiere al espacio dónde la experiencia se hace pública -es decir, comunicable- y dónde se construyen los acuerdos sobre la definición de lo social, cristalizados en diversos sistemas simbólicos. No existe “La intersubjetividad” como tal, sino que existen diversos campos intersubjetivos entre los cuales resalta el de la “cultura cotidiana”. El autor mismo señala el parentesco entre este planteamiento y los de Schütz (*op. cit.*, 1962) sobre “realidades múltiples” o “ámbitos finitos de sentido”, así como los de Berger y Luckmann (*op. cit.*, 1968) sobre “zonas limitadas de significado”. Aquí la cotidianidad adquiere relevancia como el sustrato de significados y mediaciones que están a la mano, “es la estructura de comunicación que permite a cualquier participante pensar, sentir y hacer de una manera reconocible por su colectividad” (Fernández, *op. cit.*, 1994, p. 72). Para el autor, la cotidianidad se puede concebir en dos sentidos:

- Bajo una concepción politizadora, en la que lo cotidiano tiende a conducir lo privado al campo de lo público, de lo comunicable, reconectando ambas esferas.
- Por otra lado, bajo una concepción despolitizadora, ideologizante, que tiende a empujar a lo cotidiano a la esfera de lo privado, haciendo aparecer los problemas colectivos como problemas personales, desconectando ambas esferas.

De lo anterior se desprende que la intersubjetividad es básicamente experiencia comunicable y es el espacio de encuentro de lo público y lo privado. Al respecto conviene recordar el planteamiento de Ibáñez (*op. cit.*, 1989), según el cual la realidad social no está *dentro* de los individuos ni *por encima* de ellos, sino *entre* ellos; la experiencia subjetiva lleva implícita la experiencia colectiva.

Sin embargo, Fernández (*op. cit.*, 1994) no plantea que la intersubjetividad cubra totalmente la dimensión del espacio social, sino que habla acerca de la existencia de límites a los que llama "zonas asimbólicas incomunicables: ni la totalidad del individuo ni la totalidad de las instituciones está circunscrita por la intersubjetividad psicosocial. Por el contrario, pueden plantearse por mera exclusión zonas que no ha tocado ni puede tocar la intersubjetividad" (*idem.*, p. 89). En el límite individual, la intersubjetividad acaba en el terreno dónde desaparecen las palabras e imágenes reconocibles, para quedar solo la experiencia emocional no verbalizable.

El límite institucional es el que resulta de mayor interés para los fines de esta investigación. Al respecto, el autor (*idem.*, pp. 93-94) plantea que en este extremo la intersubjetividad se pierde "cuando los símbolos se rutinizan, burocratizan, inertizan y se convierten en signos de función meramente instrumental[...], la intersubjetividad se convierte en instrumentalidad técnica o en poder; si bien la psicología colectiva termina frente al dato crudo del poder, en cambio no termina en lo que respecta a la ideología o procedimiento de legitimación en que se sostiene el ejercicio del poder"; Sloan (1994), a propósito de esto, considera que la ideología surge como resultado de la destrucción de la comunicación. Aunque Fernández (*op. cit.*, 1994) menciona la incumbencia de la psicología colectiva en el ámbito de la ideología y la legitimación del poder, no va más allá en cuanto a los factores de poder y los intereses que se disputan la definición y orientación de la realidad social. Por el contrario, González Rey (1994, p. 169) resalta la importancia de estos aspectos al afirmar que " el problema de la configuración de los sistemas

políticos y de las distintas formas de desarrollo de la subjetividad, que socialmente se generan bajo una organización político-económica particular, debe ser un área permanente de investigación y elaboración para una psicología social crítica”.

14. Dimensión histórica de lo social.

Con la dimensión del espacio social que hemos descrito, nos hemos enfocado en la comprensión de la *forma* del espacio social, su configuración y características generales; sin embargo, queda pendiente todavía el problema del *contenido* de lo social. Es por ello que se necesita una *dimensión histórica* que nos permita delimitar el contexto particular que le da sentido a la experiencia intersubjetiva y que le provee de elementos concretos de interpretación.

¿Cómo comprender y explicar el por qué en una colectividad dada aparece una o varias formas específicas de intersubjetividad sin hacer referencia al decurso histórico en que se generan? ¿Cómo captar los mecanismos a través de los cuales la experiencia pública se ideologiza y burocratiza sin internarse en el análisis de las pugnas de los grupos en el poder y sus intentos de legitimación en una coyuntura específica? ¿Cómo entender la transformación del orden institucional sin ocuparse de los procesos por los cuales los individuos y los grupos minoritarios resignifican el campo social, politizando lo privado y cuestionando las definiciones oficiales de la realidad social? Fernández (*op. cit.*, 1994) plantea, de forma precisa, este problema al afirmar que la colectividad no es sino una comunidad de interpretación que descifra, para las generaciones futuras, los significados del pasado.

Para definir esta dimensión histórica de lo social no basta con hacer referencia a una secuencia de sucesos ocurridos en una escala temporal determinada o a una cronología que busque establecer una cadena causa-efecto, ni a una exhaustiva investigación historiográfica que nos permita acceder a los

documentos donde se deja testimonio del devenir histórico. Matute (2000) ha expresado que además de la investigación cronológica y documental, que son en efecto muy importantes, se requieren otros dos elementos: la interpretación y la expresión, esta última se enfoca a entender la escritura como expresión de la conciencia histórica, mientras que la primera nos hace inteligible el alud de datos, fechas y testimonios que sirven de materia prima a la historia, en otros términos, nos permite comprender los sistemas de relación, discontinuidad, reordenamiento y persistencia a través de los cuales se puede descifrar el significado de un proceso histórico determinado¹⁴.

Rico Moreno (2000), afirma que Octavio Paz, en su *Laberinto de la soledad* trata de entender la historia a partir de un proceso dialéctico que rompe con la tendencia unidireccional causa-efecto. El autor señala las ideas de "rotación histórica" y "ritmo histórico oscilatorio" para referirse a los planteamientos de Paz en el sentido en que la dinámica de la historia transcurre, por un lado, entre periodos estáticos de estabilidad o continuidad y, por el otro, entre periodos dinámicos de ruptura e innovación. Además, esta dinámica permite visualizar la historia no como un continuo progresivo, dónde los eventos se constituyen en cadenas sin fin, sino como una superposición de etapas y de niveles históricos (es decir que algunos de los problemas o características de una etapa persisten en la otra, mientras que otros son resueltos en apariencia, si bien pueden resurgir más adelante)¹⁵.

Al analizar las coincidencias y discrepancias entre construcciónismo y teoría de la influencia social inconsciente, mencionábamos que en el primero existía una tendencia a privilegiar el análisis de los procesos de formación y definición del orden social, así como sus sistemas simbólicos de legitimación, mientras que en el segundo se pone el énfasis en los procesos de innovación y conflicto

¹⁴ Esta visión de la historia es más o menos cercana a la que plantea Foucault (*op.cit.*, 1970), en la cual el análisis del discurso ocupa un papel central como instrumento de estudio.

¹⁵ Nuevamente podemos observar aquí la influencia de Foucault y la escuela historiográfica francesa.

provocados por las minorías sociales. Si observamos esta diferencia a la luz del modelo histórico propuesto, se puede concluir que no existe contradicción, sino que los dos enfoques tratan de dos momentos diferentes de un mismo proceso histórico: continuidad y ruptura (aunque hay que precisar que no necesariamente se trata de etapas diferenciadas cronológicamente, sino de un doble movimiento simultáneo, discontinuo y parcial, en tanto que se puede desarrollar en ciertos estratos o áreas de la vida social en un sentido determinado, mientras que en otros se dirige en sentido opuesto).

15. Una definición y una manera de enfocar la identidad nacional

En lugar de partir de una definición, se optó por plantear primero las dimensiones desde las cuales se pretende delimitar nuestro estudio sobre la identidad nacional, ya que dicha delimitación es en sí misma la base para proponer una definición concreta.

Partiremos de la idea básica de que la identidad nacional es una construcción que permite definir un "nosotros" frente a uno o varios "otros", en palabras de Basave (1992, p. 14), es el "proceso mediante el cual una nación –un conjunto de personas que se sienten parte de una misma nacionalidad– intenta crear un Estado que la contenga y la separe de las demás; es básicamente una *idea*". Esta idea involucra una estructura compleja de clases sociales en relaciones recíprocas asimétricas, que sin embargo encuentran un terreno común de solidaridad en función del cual desarrollan una forma particular de identidad.

Por otra parte, es importante diferenciar el concepto de "identidad nacional" del concepto de "identidad cultural". Casas (1999, p. 150) señala que la formación de la nación precede a la del Estado, por lo que cuando una comunidad "comparte valores, costumbres, lengua y tradiciones, su identidad cultural es plena; sin embargo, lo que la transforma en auténtica identidad nacional es el carácter fundacional que le brinda el Estado como requisito de unificación

política". Por su parte, Rivadeo (1999, p. 171) señala que este proceso de unificación no solo permite diferenciar al Estado Nación hacia el exterior, sino que incluso permea la construcción de la unidad interna de la nación, de esa manera, señala que "la unificación nacional se produce a través de una lógica fragmentadora (entre ciudadanos, individuos privados, grupos subalternizados, excluidos, superfluos, etcétera) que incluye siempre la posibilidad de que algunos de sus fragmentos se transformen en individuos o grupos arrojables fuera de la nación, en el propio interior de su territorio".

Dentro de esa dialéctica de fragmentación-identificación, el elemento que permite formar la identidad nacional es la generación de un sentimiento de pertenencia a una colectividad nacional, ahora bien, como señala Serret (1999, p. 253), dado que esa colectividad depende de una delimitación geográfica arbitraria que "en la mayoría de los casos unifica políticamente a regiones con peculiaridades culturales, topográficas, económicas, etcétera", su cohesión "depende fundamentalmente del éxito que logren los diversos elementos simbólicos que sirven como referente de la nación misma, para construir una identidad nacional que se exprese por encima de las particularidades regionales, étnicas o de otro tipo"

Tomando en cuenta lo anterior, la identidad nacional puede ser definida como *la cristalización histórica de una serie de procesos socioculturales que llevan a la afirmación de un "nosotros", cuya unidad básica de diferenciación es el Estado Nación como elemento de unificación política y, en una fase histórica más avanzada, como un sistema simbólico que legitima el orden institucional, mediante la identificación de los individuos y subgrupos con un modelo de comunidad nacional determinado, descalificando a su vez los comportamientos que no pueden ser integrados en dicho modelo.*

Con relación al segundo aspecto de nuestra definición, cabe mencionar que el sistema simbólico al que nos referimos, en el caso de la identidad nacional, está basado en buena medida en un discurso nacionalista o patriótico, y que el

modelo de comunidad nacional que de él se deriva es concretado en una especie de prototipo o "rol de roles": el Carácter Nacional. Esto último corresponde a la tendencia del modernismo de hablar de la sociedad como si fuera un individuo (Gergen, *op. cit.*, 1992), o, como afirma Kedourie (1985), la extrapolación al plano colectivo de la idea kantiana de la autodeterminación individual.

Sin embargo, esta definición sólo presenta una cara del fenómeno de la identidad nacional. Considerando la dimensión histórica en los términos de rotación o transcurso de ciclos históricos, la definición apuntada correspondería a lo que ocurre durante las fases de construcción, consolidación y estabilidad del orden social. De hecho, ya en el extremo, el "carácter nacional" no es sino la reificación de la identidad nacional (un producto imaginario, como señala Shotter, *op. cit.*, 1989), con lo que aquello que en un principio fue un proceso socioconstructivo de acción conjunta adquiere tintes de "realidad objetiva independiente" o, en otros términos "esencia de nuestra forma de ser". Esto, visto en la dimensión del espacio social, va llevando a la Identidad Nacional fuera del campo intersubjetivo, atravesando el límite institucional donde comienza la ideología y el poder. Paz (1950, p. 56), hace alusión a este fenómeno metafóricamente, cuando al respecto del "ser del mexicano", afirma que éste no es sino una máscara petrificada, colocada sobre los múltiples rostros de nuestra sociedad.

Pero no olvidemos que esta situación se transforma en la medida en que hablamos de un proceso histórico particular donde están presente otros factores tales como la mundialización de las culturas, la integración económica propia de la globalización y el debilitamiento de la idea de Estado Nación (Béjar y Rosales, 1999), el surgimiento de grupos al interior de la sociedad que proponen definiciones diferentes de la realidad social (Rivadeo, *op. cit.*, 1999), la emergencia de los grupos minoritarios, la pérdida de legitimidad de las instituciones producto de las crisis en la organización político-económica

(Cappello, 1998), así como la consecuente acentuación de las desigualdades sociales (Aguilar y Meyer, 1989).

En la medida que estos factores cobran relevancia, la "máscara" se ajusta cada vez con mayor dificultad al rostro de la sociedad y los individuos tienden a dejar de adoptar como propios los elementos específicos de la identidad nacional. En este punto nos encontraríamos de lleno, en lo que respecta a la dimensión histórica, en una fase de crisis en la que la identidad nacional puede ser vista ahora como *un discurso ideológico utilizado desde el poder para legitimar los intereses creados y evitar la influencia de las minorías sobre la comunidad nacional, lo cual podría modificar la definición de la realidad social aceptada*. En esta fase, se presenta un conflicto sociocognoscitivo provocado por los elementos innovadores que las minorías introducen, por un lado, y las estrategias de descalificación puestas en práctica desde el poder, por el otro. En otras palabras, los individuos se ven enfrentados a un cuestionamiento de aquello que típicamente y por medio de la socialización primaria, ha constituido su marco de referencia para reconocerse como parte de una comunidad.

En lo tocante a la dimensión del espacio social, en las fases de crisis las preguntas al respecto de *¿quiénes somos?* y *¿a dónde vamos?* vuelven a posicionar el tema de la identidad nacional en el campo de la cotidianidad y de la intersubjetividad, de-construyendo sus supuestos básicos y los de nuestro conocimiento sobre ella, llevando al terreno de lo público la discusión sobre los elementos que dan identidad a la nación en vías de la re-construcción de la identidad de la comunidad, quizá ya no tomando a la nación como unidad de reconocimiento o quizá fundamentándola sobre un discurso y un sistema simbólico diferentes; inclusive, dependiendo de las condiciones concretas de la coyuntura, las definiciones tradicionales pueden recomponerse y fortalecerse, abortando la posibilidad de ruptura y cambio.

En resumen, nuestro modelo conceptual propone que, dentro de un cierto contexto histórico y en distintos niveles del espacio social, la Identidad

Nacional se presenta en un primer momento como producto de un proceso de búsqueda de cohesión social; en un segundo momento es transformada mediante ciertas prácticas discursivas en un sistema simbólico que legitima el orden institucional y, en un tercer momento, ante una situación de crisis e inminente transformación de la realidad social, puede ser utilizada como dispositivo ideológico de control y de defensa del *status quo*.

Antes se mencionó que la Identidad Nacional adquiere sentido en la medida en que existe una identificación de los individuos con un determinado proyecto de nación, y por tanto, este proyecto perderá su legitimidad en la medida en que los miembros del grupo dejen de identificarse con él. Pero el asunto no es tan simple, puesto que si consideramos la identidad nacional como una extensión del proceso de construcción de la identidad cultural, es pertinente señalar, como lo hace Torregrosa (en Reyes Méndez, 1995, p. 75), que la identificación colectiva "no es solo una categorización conceptual, es decir, un ejercicio colectivo de conocimiento. Se trata también de un ejercicio de poder, puesto que la inclusión en una o otra categoría, en una u otra identidad, tiende a reproducir la realidad social de acuerdo con los proyectos e intereses de quien está en condiciones de efectuar y controlar la asignación de identidades. La identificación es el principio del orden, y subyacente a todo orden social existe una estructura de poder."

El modelo antes descrito no agota todos los fenómenos sociales involucrados en el proceso histórico de construcción y de-construcción de la identidad nacional, puesto que dicho proceso no se desarrolla de manera homogénea en todos los sectores que integran la sociedad, además de que las etapas históricas se superponen entre sí de forma que es difícil indicar la separación de cada una¹⁶.

¹⁶ La historia no es concebida aquí ni como lineal ni como progresiva

Identidad Nacional, poder y transformación.

El análisis de la situación concreta en que se contextualiza la dialéctica histórica de continuidad y ruptura, debe tomar en cuenta aspectos tales como la situación socioeconómica, los conflictos de poder, la identificación afectiva con los valores, creencias y tradiciones en que se sustenta la definición de la realidad social, así como las valoraciones cognoscitivas que realicen los miembros de la colectividad.

De acuerdo con lo anterior, el modelo psicosocial que se propone para abordar la identidad nacional, en tanto identidad política de la colectividad, se ubicará en el espacio social limítrofe entre intersubjetividad e institucionalidad, analizando las prácticas discursivas que desde el poder se ha elaborado al respecto en nuestro país a partir del triunfo de la revolución mexicana, así como su influencia en el resto de la sociedad. En este proceso se destacará la participación de dos actores principales: el gobierno –como brazo político del Estado– y la intelectualidad mexicana, que en buena medida ha aportado los elementos para la conformación del sistema simbólico que lo legitima.

VI. EL ANALISIS DEL DISCURSO COMO HERRAMIENTA METODOLOGICA.

Desde el punto de vista metodológico este trabajo se apoya en el análisis del discurso, mismo que Serrano (*op. cit.*, 1996) considera como un método de investigación aplicable al campo psicosocial desde un enfoque crítico-interpretativo. Por otra parte, se considera que es un método coherente con el modelo conceptual descrito, ya que, como señala Haidar (*op. cit.*, 1998) existen enfoques dentro del análisis del discurso que se centran en las condiciones sociohistóricas que posibilitan su emergencia, así como su reproducción, abordando al mismo tiempo los problemas relacionados con el poder y la ideología. De los diferentes enfoques que existen, se ha optado por utilizar la propuesta de Parker (*op. cit.*, 1996), basada en el modelo foucaultiano de análisis del discurso, el cual muestra una fuerte preocupación sobre como las prácticas discursivas producen distintos tipos de lo que el autor llama "psicologías". Las líneas básicas que propone este autor para llevar a cabo el análisis son:

- Poner el discurso en lenguaje escrito o identificar aquellos textos que puedan ser significativos para abarcar el espectro discursivo de interés.
- Detallar sistemáticamente los objetos discursivos que aparecen en el texto. A este respecto, Foucault (*op. cit.*, 1970) ha señalado que aquello de que se habla no es independiente del discurso, sino que es constituido y delineado por las prácticas discursivas mismas, por lo que habrá que entender cada uno de los objetos de discurso de acuerdo a la función que cumple dentro del contexto general del discurso y su relación con los demás objetos. Esto, según Parker (*op. cit.*, 1996), nos permitirá entender la clase de mundo que el texto presupone.
- Identificar el estilo de habla que mantiene integrados dentro del discurso a estos objetos, el tipo de explicaciones que se utilizan, las reacciones que pretende generar y las imágenes que suscita (en este sentido, el análisis no

Identidad Nacional, poder y transformación.

se limita a los aspectos meramente lingüísticos del discurso, sino que toma en cuenta los elementos icónicos y afectivos de los que se sirve).

- Identificar a los sujetos del discurso (los "personajes" a que se refiere).
- Con los elementos anteriores en cuenta, el autor propone identificar la visión o visiones del mundo que se reflejan en el discursos.

Una vez caracterizado el discurso objeto del análisis, Parker (*idem.*) propone una serie de pasos con el objeto de contextualizarlo histórica y socialmente. En este punto es dónde nos adentramos en conocer las condiciones que permiten el surgimiento del discurso, así como los procedimientos de control y selección que posibilitan su reproducción. Para ello, el autor puntualiza lo siguiente:

- Estudiar dónde y cuándo aparece el discurso.
- Describir en que forma el discurso "naturaliza" u "objetiviza" aquello a lo que se refiere.
- Analizar la función del discurso en la reproducción de las instituciones, en contraste con los discursos que subvierten dichas instituciones y, en consecuencia, la manera en que el discurso actúa ante las objeciones y ante los discursos alternativos que compiten con él.
- Identificar a los actores sociales que apoyan o desacreditan el discurso. En relación con esto, el autor, siguiendo la línea foucaultiana, propone no tratar de descifrar la intención del hablante, sino simplemente identificar desde que posición habla, es decir, el rol que juega en el contexto social y dentro del propio discurso.
- Mostrar como el discurso reproduce o reta concepciones dominantes de los grupos de poder, así como las posibilidades de cambio que brinda.

Es un hecho que en el esquema anterior juega un papel muy importante el propio trabajo de interpretación que realiza el investigador. Parker (*idem.*, p. 91) lo expresa así cuando menciona que "como investigadores construimos nuestra propia imagen del mundo cuando reconstruimos discursos y, por consiguiente, somos responsables de las funciones del análisis". Esta situación,

por otra parte, es común a todos los ejemplos de metodologías cualitativas que prescinden de uso de la cuantificación y que por ende relativizan el tipo de conclusiones que puedan derivarse. Sin embargo, hay que tener en cuenta que nadie realiza una interpretación a partir de la nada, sino que la lleva a cabo situándose en un determinado enfoque o paradigma científico, por lo que dicha interpretación adquiere su coherencia en la medida en que recrea o aplica las premisas básicas que conectan el trabajo de investigación con la tradición de pensamiento de la que se desprende.

Una vez que hemos desarrollado los supuestos teóricos en que se apoya el trabajo de investigación, una vez que se ha delineado el esquema conceptual y metodológico con el que se pretende abordar el tema de la identidad nacional y una vez que se ha delimitado el ámbito histórico-social en que se enmarcará el análisis, podemos dar paso al siguiente capítulo, en el cual se analizará el devenir histórico del discurso sobre la Identidad Nacional en nuestro país a partir del siglo XIX, concentrándonos especialmente en el periodo posterior a la revolución mexicana.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA INVENCIÓN DEL MEXICANO: devenir histórico del discurso sobre la identidad nacional desde el siglo XIX

“Las cosas tienen vida propia –dijo
pregonando el gitano con áspero
acento-, todo es cuestión de
despertarles el ánimo”.

Gabriel García Márquez
Cien años de soledad

Con el objetivo de comprender las circunstancias que permitieron “despertarle el ánimo” a la identidad nacional mexicana, así como los vientos que le dieron forma concreta en el discurso político, este capítulo se divide en dos partes. En la primera de ellas, se hace un esbozo del proceso histórico a través del cual ha atravesado el discurso nacionalista en nuestro país como parte del desarrollo del Estado Mexicano hasta mediados del siglo XX. En este apartado se analiza no sólo el proceso de formación de la organización política del país, sino la relación que ésta ha establecido con la intelectualidad mexicana para armar el entramado ideológico sobre el cual se ha sustentado. En la segunda parte del capítulo se hace un rastreo de la noción de identidad nacional en el discurso del régimen político gobernante formado a raíz de la Revolución Mexicana, de manera muy particular analizando el discurso de la figura presidencial, la cual jugó un papel central durante casi todo el siglo XX.

I. EL CONTEXTO HISTÓRICO DEL NACIONALISMO EN MÉXICO

1. Antecedentes en el siglo XIX: mestizofilia y nacionalismo

No se puede entender el carácter que tomó el discurso nacionalista en el México del siglo XX sin conocer la manera en que durante el siglo XIX se fue dando el proceso de formación del Estado mexicano y los intentos por darle a dicho Estado una legitimación desde el punto de vista intelectual; por ello, a continuación se analizarán brevemente algunos antecedentes al respecto.

Identidad Nacional, poder y transformación.

En el siglo XIX, la mayoría de las naciones de Hispanoamérica consigue su independencia de la metrópoli española. La situación específica de todas estas naciones tiene un común denominador: al momento de iniciar la lucha separatista, todas ellas cuentan con una serie de instituciones políticas, religiosas y culturales ya establecidas -herencia de la colonia-, pero no cuentan con una conciencia nacional propia ni con un proyecto definido de nación; esto va a dejar una huella muy peculiar en la manera que se construirán las nacionalidades en América Latina.

En efecto, como señala Basave (1992), la formación de una identidad nacional en Europa fue un proceso mediante el cual las comunidades fueron reconociéndose a sí mismas como parte de la misma colectividad -de la misma nacionalidad- y fueron creando un Estado que contuviera a dicha colectividad, separándola a la vez de las demás. De acuerdo con distintos autores, los factores de cohesión que permitieron este proceso fueron diversos: la raza (Azkin, 1983), el lenguaje (Hayes, 1960), la religión y las tradiciones (Gellner, citado en Basave, *op. cit.*, 1992, p. 14) o la uniformidad cultural generada por la industrialización (Kedourie, 1985).

Sin embargo, el mismo Basave (*op. cit.*, 1992) señala que en los países latinoamericanos este proceso se dió al revés: primero se tuvieron los Estados, incluso con la misma división territorial del Imperio en lo general, y después se intentó crear las naciones. "Los antiguos virreinos dieron origen a las nuevas repúblicas, cuyos pueblos carecían sin embargo de conciencia nacional; la ausencia de una cultura propia y homogénea, el ínfimo nivel educativo y la incomunicación de la inmensa mayoría de sus habitantes descartaban el proyecto de unificar el subcontinente y hacían que la idea de nacionalidad existiese sólo en la mente de sus élites." (*idem.*, p. 14).

También Monsiváis (2000) da cuenta de esta situación al afirmar que "...En el siglo XIX independizarse de España es tarea que lleva a la invención de las nacionalidades, estrategia que se presenta como elección del Espíritu, tributo a

la geografía y a la historia, decisión de la comunidad de los semejantes. Además de las peculiaridades de cada virreinato y de la perseverancia (menospreciada y perseguida) de las culturas indígenas en muchos de ellos, se mantienen las grandes instituciones formativas: el idioma español, la religión católica, la Familia Tribal, la metamorfosis incesante de las costumbres hispánicas, los procesos de consolidación histórica, el autoritarismo y los reflejos condicionados ante la autoridad. A los países de Iberoamérica los va uniendo el culto al Progreso[...], que pasa por el desarrollo educativo, las doctrinas filosóficas, las Constituciones de las Repúblicas, los códigos civiles y penales, la disminución de los aislamientos geográficos, la exasperación ante lo indígena (considerado el peso muerto), la mitificación del mestizaje, el afianzamiento de los prejuicios raciales, las corrientes migratorias, el frágil equilibrio entre lo que se quiere y lo que se tiene." (*idem.*, p. 115).

Esa mitificación del mestizo a la que se refiere Monsiváis, es estudiada más a fondo por Basave (*op. cit.*, 1992, p. 15), quien menciona que "la corriente mestizófila, que en sus orígenes atribuyó el desorden y la anarquía del México independiente a las diferencias raciales de la población -pugnando en consecuencia por erradicarlas-, pronto se perfiló como un longevo movimiento intelectual nacionalista que postulaba el mestizaje como quintaesencia de la mexicanidad". A pesar de esto, el mestizaje, si bien era un hecho concreto ineludible, entró en la agenda de la disputa ideológica ya bastante entrado el siglo XIX .

En efecto el nacionalismo resultó ser una opción ideológica minoritaria durante buena parte de ese siglo; Brading (1973) dibuja el panorama prevaleciente marcando las dos posturas ideológicas preponderantes.

- Por un lado estaba el liberalismo teórico de pensadores como José María Luis Mora y Lorenzo de Zavala, el cual se orientaba por un proyecto de nación que contemplaba "una república federal democrática, gobernada por instituciones representativas; una sociedad secular libre de la influencia

clerical; una nación de pequeños propietarios, campesinos y maestros artesanos; con el libre juego del interés individual liberado de las leyes restrictivas y del privilegio artificial. Irrevocablemente individualistas, asumían la doctrina económica clásica de la mano invisible que armonizaba los intereses del individuo con los de la sociedad." (*idem.*, p. 101).

- Por otro lado, se encontraba el conservadurismo propio de pensadores como Lucas Alamán, se apoyaba en el hispanismo y el catolicismo para defender las propiedades del clero y los criollos adinerados, basándose en un gobierno autocrático que garantizara el desarrollo económico.

Si bien es cierto que la sociedad mexicana en su mayoría respondía más al esquema conservador, el autor explica el predominio político del liberalismo adjudicándolo a una amplia coalición entre caciques locales, gobernadores estatales, viejos insurgentes, pequeños agricultores, artesanos, mineros y comerciantes; en su conjunto, este estrato social se sentía "agraviado por la superioridad social de los ricos", por lo que "en los lemas abstractos del radicalismo liberal, hallaron la expresión de su deseo de igualdad social y su odio hacia el antiguo régimen" (*idem.*, p. 137). Es pertinente señalar que este igualitarismo liberal tiene una faceta un tanto oscura en cuanto a su consideración de los indígenas. De hecho, Basave (*op. cit.*, 1992, p. 22) afirma que "durante las primeras tres décadas de independencia, lo mejor de la tradición liberal desdeñó a la población indígena". Esta actitud no sólo se circunscribe a los políticos; como señala Monsiváis (*op. cit.*, 2000), también entre los escritores y poetas del siglo XIX era común el desprecio por lo que consideraban "la gleba", la masa anónima, pobre y principalmente rural, a la que se le cargarán las culpas del atraso y el aislamiento del país.

Ahora bien, también existió un tercer factor político moderado, representado ideológicamente por Carlos María de Bustamante, el cual estaba afianzado en un patriotismo criollo que, si bien despreciaba al indio de su tiempo, mitificaba al indio del pasado presentándose como la heredera de la antigua nación indígena precortesiana; Florescano (1998) destaca como esta actitud quedó

plasmada, por ejemplo, en los símbolos del México Independiente - particularmente en el escudo nacional- y de manera explícita en el Acta de Independencia de 1821. Brading (*op. cit.*, 1973) señala que esta corriente, en la que se mezclaba la reivindicación del indigenismo, con la defensa de los bienes comunales y la aversión a lo español, no cuajó en un amplio movimiento político e intelectual por carecer de una teoría intelectual positiva.

Ahora bien, pese a la imagen que de ellos se formaron los criollos, "los indios se negaron a esfumarse e irrumpieron en la escena. Sus continuas rebeliones convencieron a la *intelligentsia* mexicana, empeñada hasta entonces en soslayarlos, de que el compartir una ciudadanía republicana no había creado lazos de identificación entre los grupos étnicos ni mucho menos una verdadera conciencia nacional" (Basave, *op. cit.*, 1992, p. 23). La Guerra de Castas en Yucatán (1847-1848), fue el conflicto más fuerte al respecto y sirvió para empujar a los ideólogos criollos a cambiar de rumbo.

Otro factor que contribuyó a impulsar la discusión sobre la cuestión del mestizaje, fue que hacia 1850 ascendió al poder una nueva generación integrada en su mayoría por hombres con sangre indígena en las venas -como lo fueron Benito Juárez y Melchor Ocampo-, generación que además fue formada en una serie de doctrinas humanistas y liberales que los hizo enfrentar abiertamente a los defensores del criollismo puro, la religión y las instituciones hispánicas. Es en estos años cuando la cuestión del mestizaje vino a plantearse más abiertamente como solución a los problemas de la República.

En efecto, pensadores como Francisco Pimentel, Vicente Riva Palacios y Justo Sierra, pugnaron por redimir al indígena mediante su mezcla cultural y racial con los criollos. En particular, fue Riva Palacios quien vincula explícitamente mestizaje y mexicanidad siguiendo un criterio puramente racial, influido por las teorías evolucionistas de la época. "Para el General [Riva Palacio], el mestizaje obedece a un imperativo de divergencia, a la idea de que un conglomerado humano que no sea étnicamente distinto a los demás no justifica su existencia

como nación. Esta idea, que más que del nacionalismo romántico alemán le viene de la observación estereotipada de las nacionalidades europeas y de la creencia en el instinto racial, lo lleva a pasar por alto o al menos a subestimar el papel igualador-diversificador de la cultura" (*idem.*, p. 31).

A pesar de sus buenas intenciones, la generación liberal terminó perdiendo contacto con su base social. Paz (*op. cit.*, 1950) lo explica de la siguiente manera: "La Reforma plantea el examen de las bases mismas de la sociedad mexicana y de los supuestos históricos y filosóficos en que se apoyaba. Este examen concluye en una triple negación: la de la herencia española, la del pasado indígena y la del catolicismo[...]. La Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma son la expresión jurídica y política de ese examen y promueven la destrucción de dos instituciones que representaban la continuidad de nuestra triple herencia: las asociaciones religiosas y la propiedad comunal indígena" (*idem.*, p. 137).

La nación política se va identificando cada vez más con la idea de desarrollo económico. Un ejemplo de ello es como, a pesar de que las leyes de desamortización terminaron perjudicando a las comunidades indígenas, Lerdo de Tejada (1856) justifica su aplicación basándose en un concepto abstracto de nacionalidad, "[...]considerando que uno de los mayores obstáculos para la prosperidad y engrandecimiento de la nación, es la falta de movimiento o libre circulación de una gran parte de la propiedad raíz".

Años más tarde, Gabino Barreda (1867, p. 10) expuso el triple ideario liberal de manera concisa "Libertad, Orden y Progreso; libertad como medio, orden como base y progreso como fin; triple lema simbolizado en el triple colorido de nuestro hermoso pabellón nacional". Este ideario, que durante el porfiriato se reduciría a la diada: Orden y Progreso, era un intento por formar un proyecto de nacionalidad sobre valores universales. Paz (*op. cit.*, 1950), si bien reconoce que esto representa el surgimiento de México como nación con un proyecto político y económico propio, también señala que "es el proyecto de un grupo

bastante reducido de mexicanos que voluntariamente se desprende de la gran masa, pasivamente religiosa y tradicional. La nación mexicana es el proyecto de una minoría que impone su esquema al resto de la población...". (*idem.*, p. 139)¹⁷.

A pesar de todo, lo que sin duda contribuyó a darle al régimen liberal una base social, fue, por un lado, su alianza con un amplió abanico de sectores sociales urbanos de clase media que deseaban ocupar las posiciones de poder que hasta entonces dominaban los criollos de las clases oligárquicas y, por el otro, el uso de un discurso patriótico ante la invasión francesa al país (1862-1867); ésta, como la anterior invasión norteamericana, dieron al Estado elementos de discurso importantes para lograr su legitimidad ante el pueblo: la defensa de la soberanía ante el enemigo extranjero y la apelación al patriotismo de los "buenos" mexicanos. Veamos el siguiente fragmento del discurso que Juárez pronunció con motivo de la restauración de la república:

"Mexicanos: el gobierno nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes, tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la patria por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la independencia y de las instituciones de la república" (Juárez, 1867).

Este es uno de los primeros grandes llamados a la formación de una identidad nacional basada en el orgullo de la defensa de la soberanía ante los invasores,

¹⁷ Blancarte (1994, p. 11) comparte este punto de vista al afirmar que "los pensadores mexicanos en particular nunca reflexionaron de manera crítica sobre los modelos de Estado y Nación, los cuales adoptaron sin cuestionar".

Identidad Nacional, poder y transformación.

con toda su carga de simbolismos y mitos patrios –por cierto no divorciados plenamente de un cierto sentido religioso-, acusando al mismo tiempo a los conservadores de haber traicionado a la patria. Blancarte (1994, p. 17) señala que “en todo caso, queda claro que desde la Independencia, todos los grupos sociales buscan identificarse con esta pretendida identidad o esencia nacional, sea rescatando una supuesta tradición, sea construyéndose una nueva. De ahí que surja una lucha temprana por la apropiación de los valores y símbolos nacionales”.

Monsiváis (1976, p. 161) observó también esta situación al afirmar que la élite transformó la guerra civil en *guerra nacional y patriótica*, apelando a la *voluntad de la nación* con el fin de cohesionar a las múltiples colectividades que habitaban el territorio en torno al proyecto de la minoría de la clase alta. De esta manera, podemos ver que el nacionalismo como idea, más allá del simbolismo patrio, nace en el país con un débil sustento en la cultura popular, es producto de las élites que se disputan el poder y no responde a la condiciones de la mayoría de los habitantes. También es importante señalar que ya desde entonces el Estado empieza a apoyarse en los intelectuales para legitimarse, apelando a su conciencia patriótica. El mismo autor (*idem.*, pp. 164-165), cita como ejemplo paradigmático el caso de Ignacio Manuel Altamirano, para quien, ante el mundo civilizado que observa al país hay que “hacer de la bella literatura una arma de defensa, la República Restaurada así lo exige”.

Una vez que la República se queda sin enemigos, el ascenso de Porfirio Díaz modifica la situación, puesto que, como observa Zea (1942), el pensamiento liberal era una utopía, un instrumento de crítica, por lo que un régimen que aspiraba a la paz a través del control y el orden no podía buscar apoyo en ese pensamiento. Los intelectuales encontraron esa filosofía del orden en las ideas de Comte y Spencer. A ese respecto, Paz (*op. cit.*, 1950) señala que el positivismo mexicano fue una simulación, puesto que si “las ideas de Spencer y

Stuart Mill reclamaban como clima histórico el desarrollo de la gran industria, la democracia burguesa y el libre ejercicio de la actividad intelectual, la dictadura de Díaz, basada en la gran propiedad agrícola, el caciquismo y la ausencia de libertades democráticas, no podía hacer suyas esas ideas sin negarse a sí misma" (*idem.*, p. 144). El positivismo mexicano no tenía nada que ofrecer a los pobres, simplemente, como señala Zea (*op. cit.*, 1942) fue una ideología que le dio sustento a la burguesía mexicana de finales de siglo XIX¹⁸.

En reacción al positivismo, varios intelectuales avivaron la polémica sobre el mestizaje en defensa del nacionalismo romántico. Ezequiel Chávez, Del Toro, Justo Sierra –quien, a pesar de pertenecer al oficialismo, mantuvo una importante actitud autocrítica- y Francisco Bulnes, entre otros, extendieron la polémica a periódicos como *El Monitor Republicano*, *El Siglo XIX* o *El Diario del Hogar*, defendiendo la herencia prehispánica e identificando cada vez más al mestizo como el sujeto de la nacionalidad (Basave, *op. cit.*, 1992; Zea, *op. cit.*, 1942). En el fondo, la crítica de estos pensadores radicaba en que un importante sector de la burguesía, al que pertenecían los intelectuales, se sentía amenazado en sus intereses económicos debido a la creciente participación de extranjeros en la economía, propiciada por el gabinete científico de Díaz, aunque en el fondo no deseaban transformar el régimen. Cockcroft (1985, p. 39) señala que "Tal política serpenteante de los principales portavoces de la burguesía mexicana fue, en parte, una manifestación de los conflictos que sentían entre las demandas del nacionalismo económico y la necesidad de estabilidad político económica".

Como sea, la dictadura se mantuvo estable gracias a que Díaz, como indica Cumberland (1972), supo equilibrar las diferencias entre los grupos criollos y

¹⁸ Es interesante señalar, como lo hace Brading (1973) que el positivismo, como segunda fase del liberalismo mexicano, realizó, contradictoriamente, los ideales conservadores anticipados por Lucas Alamán: un fuerte gobierno autocrático que garantizaba el desarrollo económico basado en la inversión extranjera.

Identidad Nacional, poder y transformación.

mestizos, atendiendo los intereses económicos de los primeros y dando a los segundos limitada participación en la política.

Hasta este punto podemos identificar algunos rasgos básicos en el todavía incipiente nacionalismo mexicano:

- La identificación de mestizaje y nacionalidad, esto es, el acento puesto en la unidad racial y cultural de los habitantes del país como elemento indispensable para la conformación de la nación y de un verdadero sentimiento de identidad nacional.
- Una marcada ambivalencia hacia lo indígena, ya que aunque se rechaza al indígena actual, se reivindica y mitifica la herencia prehispánica. Esto propició la formación de un estereotipo negativo del indio y, por ende, del pueblo pobre en general, que en ese entonces habitaba en su gran mayoría las zonas rurales.
- La influencia del darwinismo social y el evolucionismo también es notoria. Al respecto es importante señalar que la interpretación es lo suficientemente retorcida para poner al mestizo como un producto deseable y superior, siendo que Spencer, por ejemplo, considera a los pueblos mestizos como inferiores.
- No hay todavía una idea muy clara o un prototipo del *carácter del mexicano*, si bien la imagen del mestizo es revestida por las cualidades de *inteligencia criolla* y *resistencia o fuerza antropológica* indígena.
- La formación de una mitología patriótica en la que se sustentará gradualmente el nacionalismo. Los héroes nacionales, así como la infinidad de retratos y esculturas que progresivamente van llenando el paisaje, se vuelven motivos ideales para ejemplificar cualquier tipo de comportamiento virtuoso, según sea la ocasión.

¿De qué manera estas ideas lograron influir sobre los intelectuales de la Revolución Mexicana? Un pensador que será un puente decisivo entre las ideas mestizófilas del siglo XIX y el nacionalismo populista del siglo XX es Andrés

Molina Enríquez (Basave, *op. cit.*, 1992; Brading, *op. cit.*, 1973; Cockcroft, *op. cit.*, 1985).

Molina Enríquez consideraba que durante el Porfiriato se había consolidado el nacionalismo mestizo gracias a un poder fuerte y autoritario que había logrado integrar al país; sin embargo pensaba que no era suficiente esto, sino que era indispensable erradicar las diferencias de raza para constituir una nación viable (Basave, *op. cit.*, 1992). Por otra parte, Molina Enríquez enfocaba el problema de la tenencia de la tierra a través del prisma de la lucha racial, considerando que los modos de propiedad de la tierra eran reductos de los grupos raciales, por lo que había que impulsar una profunda reforma agraria que contribuyese a borrar estas diferencias, "último resto de las anteriores diferencias de raza que dividían la población nacional." (Molina Enríquez, 1909, p. 143).

Otro elemento en el que el autor se apoya para pugnar por la unificación racial, consiste en su pretensión de demostrar que la patria es una dilatación orgánica de la familia, esa dilatación "debido a la unidad de origen, de condiciones de vida y de actividad, se traduce con el tiempo en la identidad del tipo físico, las costumbres, la lengua, ciertas condiciones provenientes del estado evolutivo, y los deseos, los propósitos y las tendencias generales; lo que a su vez genera la unidad del ideal" de ahí que la homogeneidad sea condición *sine qua non* de la existencia de una patria como tal, y que "el encuentro de dos agregados humanos distintos no pueda constituir una patria sino hasta que se confundan en uno solo que desarrolle su propia cohesión social" (*idem.*, pp. 359-370). El autor sintetiza su postura al afirmar que para él "la unidad de deseos, propósitos y aspiraciones emanará de la formación de un carácter nacional único, que habrá de ser [por supuesto] el mestizo" (*idem.*, p 371).

Progresivamente, Molina Enríquez se fue desilusionando del porfiriato al darse cuenta de que Díaz no tenía intenciones de emprender la reforma agraria que creía necesaria para impulsar el mestizaje. También se aleja del evolucionismo spenceriano que asumió en un principio, puesto que no podía conciliarlo con

Identidad Nacional, poder y transformación.

su intención de presentar al mestizo como un producto deseable de la evolución. Con ello, Molina da más importancia al antes soslayado mestizaje cultural, pugna por una evolución multilineal que rechaza la supremacía de las razas puras y poco a poco rompe el equilibrio del ser mestizo, exaltando los rasgos indígenas y atacando la herencia hispánica (Molina Enríquez, 1936), así como las influencias extranjeras que evitan la "explosión de las energías orgánicas interiores" (*idem.*, p. 85).

Del pálido esbozo que hemos presentado de las ideas de Molina Enríquez, hay que desprender algunos aspectos que son importantes para entender la evolución que el nacionalismo mexicano estaba experimentando en la transición del Porfiriato a la Revolución Mexicana:

- Un énfasis todavía mayor en la identificación de mexicanidad y mestizaje, aunque revalorando las raíces indígenas.
- La formación paulatina de una imagen idílica de lo indígena y el mundo rural.
- La creencia en la necesidad de un gobierno fuerte y autoritario que regule y promueva el proceso de integración de la nación (idea que será precursora del establecimiento del presidencialismo como pilar del sistema político mexicano en el siglo XX).
- La idea de que la sociedad es extensión de la familia, lo que justificará que el Estado actúe como el padre destinado a lograr la unidad de la familia/sociedad, en aras de conseguir la homogeneidad de la nación.
- La postulación de un patriotismo introspectivo, el cual será retomado posteriormente por los primeros gobiernos revolucionarios, quienes fomentarán la mística nacionalista como fuerza propulsora del desarrollo social y económico.

2. La consolidación del régimen de la revolución mexicana

La influencia de Justo Sierra, Molina Enríquez y otros pensadores mestizófilos sobre los jóvenes intelectuales de la revolución mexicana, ha sido ya señalada por varios autores (Brading, *op. cit.*, 1973; Cockcroft, *op. cit.*, 1985; Basave, *op. cit.*, 1992; Paz, *op. cit.*, 1950). Sin embargo, el nacionalismo que estos jóvenes intelectuales mostraron no se debe solo a su filiación con determinada escuela de pensamiento, sino a razones históricas más complejas. Cockcroft (*op. cit.*, 1985), en particular, ha caracterizado la posición social que ocupaban los precursores intelectuales de la Revolución Mexicana y su conflicto con el aparato institucional de Porfirio Díaz. El autor señala que "durante las dos décadas siguientes [a 1892], los Científicos desarrollaron un monopolio de la política, de la economía y del poder administrativo que causó considerable resentimiento entre aquellos intelectuales que estaban fuera del orden establecido [y que por lo mismo] encontraron dificultad para avanzar dentro del sistema." (*idem.*, p. 57).

La mayoría de estos intelectuales en un principio se afiliaron al Partido Liberal Mexicano (PLM), fundado por Camilo Arriaga, el cual –y el nombre no deja lugar a dudas– buscaba oponerse a la Unión Liberal de los científicos positivistas, apelando a las Leyes de Reforma, la Constitución del 57 y a la vieja tradición liberal. Posteriormente, durante la primera década del siglo XX, se harían más fuertes las diferencias entre los intelectuales pertenecientes a clases más acomodadas –como era el caso del propio Arriaga o de Francisco I. Madero– y los pertenecientes a la clase media y baja¹⁹.

¹⁹ Mientras los primeros creían en que lo único necesario era una reforma política moderada que les abriera paso a posiciones de poder más elevadas, los segundos fueron desarrollando una ideología más radical que pugnaba además por una transformación del sistema socioeconómico. En este segundo grupo se encontraban algunos personajes como Antonio Díaz Soto y Gama, Librado Rivera, los hermanos Flores Magón y Juan Sarabia (Cockcroft, *op. cit.*, 1985).

Al estallido de la revolución en 1910, las diferencias estaban incluso declaradas, al grado de que los Flores Magón, por ejemplo, habían abrazado abiertamente la causa del anarquismo y atacaban fuertemente a Madero. Otros, como José Vasconcelos, Luis Cabrera o Isidro Fabela, formaban una posición intermedia que, si bien creían en que era necesaria una renovación profunda de las estructuras sociales del porfiriato, participaron del lado de Madero. Es importante mencionar aquí que este grupo sería el que a la postre influiría más en la consolidación de una ideología nacionalista revolucionaria; el origen de este grupo data de 1909, año en que "un número considerable de intelectuales mexicanos independientes, entre ellos Vasconcelos, Isidro Fabela y el eminente literato Alfonso Reyes fundaron un club intelectual de debate conocido como el Ateneo de la Juventud" (*idem.*, p. 57). Hay que mencionar que a dicho grupo pertenecieron también, además del mencionado Luis Cabrera, Felix F. Palavicini, Federico González Garza y Samuel Ramos, entre otros. De hecho, Brading (*op. cit.*, 1973, p. 129) señala que la fundación del Ateneo marca el momento en que la intelectualidad rechaza al positivismo, como segunda fase del liberalismo, oponiendo a su tradicional occidentalismo y universalismo, la necesidad de una teoría nacionalista propia del país. Por otra parte, como señalaba Manuel Gómez Morín (citado en Monsiváis, *op. cit.*, 1976, p. 182) "el aislamiento forzado en que estaba la República por el curso de la lucha militar, favoreció la manifestación de un sentido de autonomía", en efecto, prosigue Monsiváis, "el Ateneo surge de un hecho cumplido: la guerra obliga al país a entregarse a sus propios recursos espirituales, lo que lleva a una convicción resarcidora: el espíritu mexicano es creador como cualquier otro. Callejón sin salida, la Revolución obliga a una cultura nacional" (*idem.*, 183).

La influencia de estos pensadores dio elementos de discurso a muchos de los caudillos revolucionarios. Estos intelectuales "independientes" -como se hacían llamar-, "coincidieron políticamente con los insurrectos del PLM o con el más moderado movimiento maderista. Como la oportunidad política se amplió después de la caída de Díaz en 1911, muchos intelectuales se convirtieron en

dirigentes y consejeros de los distintos movimientos políticos. El profesor Otilio Montaño, por ejemplo, ayudó a Emiliano Zapata a redactar el revolucionario Plan de Ayala. Cabrera, abogado y maestro, se convirtió en el principal consejero del Primer Jefe, Venustiano Carranza; [...] más de doce intelectuales de alta o mediana talla iniciaron la formación y campaña de propaganda de la Casa del Obrero Mundial, entre 1912 y 1916." (Cockcroft, *op. cit.*, p. 58). Aunado a esto, hay que mencionar que Díaz Soto y Gama e incluso el propio Molina Enriquez participaron en las deliberaciones que ayudaron a revisar las modestas propuestas agrarias de Carranza en el Congreso Constituyente de 1916, para cambiarlas a lo que sería el sólido y radical contenido del artículo 27 de la Constitución de 1917 (Cumberland, *op. cit.*, 1972; Benítez, 1977). Por su parte, Vasconcelos sería Secretario de Instrucción Pública de Alvaro Obregón, y Alfonso Reyes, que siempre estuvo al margen de las acciones bélicas, resultó un impulso importante en la vida cultural de México durante la primera mitad del siglo.

Como señala Blancarte (*op. cit.*, 1994, p. 13) "la esencia de la mexicanidad se ha buscado casi siempre en la imágenes de lo indígena, sin embargo, la imagen del indio fue lo único que les interesó a sus defensores durante mucho tiempo, pero cuando se trata del indio real, el interés disminuye y se plantea incluso como un problema para el desarrollo e integración nacional, en la medida que su diversidad y su alejamiento de los cánones occidentales aparentemente le dificulta al país alcanzar la unidad cultural deseada". Sin embargo, al triunfo de la Revolución Mexicana, el indigenismo se ligó de manera estrecha al discurso oficial nacionalista, como respuesta a uno de los principales problemas que enfrentaba el nuevo Estado en formación: el problema agrario o de la propiedad de la tierra (Pérez Montfort, 1994). Por otra parte, desde el punto de vista político, en la medida en que los elementos identificados como "contrarrevolucionarios" seguían pugnando por reivindicar la herencia hispánica y las antiguas instituciones oligárquicas, el indigenismo y el latinoamericanismo mestizófilo se convirtieron en la opción ideológica natural del oficialismo para combatir a la llamada "reacción".

Identidad Nacional, poder y transformación.

Pero antes de analizar el período en que se consolida el nacionalismo mexicano como proyecto de Estado y discurso de la élite en el poder (1920-1940), es importante tomar en cuenta el contexto en que dicho Estado se dotó de un fundamento legal, es decir, el proceso que llevó a la promulgación de la Constitución de 1917, la cual podemos considerar como el primer momento importante en que se formula de manera explícita la ideología nacionalista de la Revolución Mexicana, cristalizando muchas de las tendencias de pensamiento que hemos descrito.

Cumberland (*op. cit.*, 1972, p. 198), señala que "para 1917, los valores establecidos con base en los cuales funcionaba México habían cambiado enormemente, [puesto que] la guerra eliminó la plutocracia social y gubernamental porfiriana como foco de poder", esta transformación se dio principalmente en seis aspectos: las relaciones entre la Iglesia y el Estado, la tenencia de la tierra, la propiedad del subsuelo, el trabajo, la educación y la política. El autor señala que la mayoría de los revolucionarios coincidían en los siguientes aspectos:

-
- Al identificar al clero con los extranjeros, el nacionalismo mexicano quedó ligado definitivamente a la cuestión religiosa, pugnando por destruir en definitiva los privilegios de que gozaba la Iglesia Católica, garantizando la libertad de cultos y separando la religión de la política.
 - Cada vez era más extendida la exigencia de una reforma agraria y, a pesar de las diferencias en cuanto al método, la mayoría de los constitucionalistas convenían en que la agricultura era una cuestión nacional (en ese entonces, de cada 4 mexicanos 3 vivían en zonas rurales), por lo que la tierra, como recurso nacional, estaba sujeto al principio de utilidad pública y, por tanto, su control y distribución era responsabilidad del gobierno nacional.
 - Muchos observadores mexicanos se preocupaban por el dominio extranjero sobre la industria petrolera, por lo que se empezaron a suceder varias tentativas por "mexicanizar" el control sobre el subsuelo, demostrando un creciente nacionalismo que incluso lindaba con la xenofobia.

Capítulo segundo: La invención del mexicano.

- ↳ Para el nuevo régimen, era necesario lograr el apoyo de la creciente clase obrera. La alianza política entre la Casa del Obrero Mundial y el carrancismo fue sentando las bases de la relación que a lo largo del siglo se establecería entre las clases trabajadoras y el gobierno. Por otra parte, sirvió para empujar a la creación de una política de industrialización nacional.
- ▣ En cuanto a las bases de la participación política, el perfil de los actores políticos cambió radicalmente en relación con el porfiriato. En este punto, vale la pena citar textualmente a Cumberland (*op. cit.*, 1972, p. 250) "Nunca antes en la historia de la nación se había dado tal movilidad física. Los jóvenes que nunca habían ido más allá de los confines de sus municipios antes de 1913, y los trabajadores urbanos que nunca habían viajado fuera del Distrito Federal antes de 1915, descubrieron el campo y las ciudades de los estados norteños en 1916. Estas grandes migraciones temporales dieron a una generación de mexicanos un concepto más grande de su nación; ayudaron a destruir el concepto de *patria chica* y desarrollaron la idea de *Patria*".

Todos estos aspectos reflejaban en ese momento las principales preocupaciones de una gran mayoría de mexicanos, que finalmente vieron plasmadas dichas preocupaciones en el Congreso Constituyente de 1916, el cual, como señala el propio Cumberland (1972, pp. 324-325) "era un corte transversal en la población masculina alfabetada en sus años más productivos; todos ellos habían pasado por el crisol de la revolución. Varios artículos de la Constitución, como el 3º, el 27, el 123 y el 130, llevaron a estatuto de ley un marcado nacionalismo en relación con los problemas antes expuestos (educación, trabajo, propiedad de la tierra, etcétera), lo mismo en cuanto al perfil del sistema político, en el cual el sentido nacionalista incluso era beligerante al restringir exclusivamente a los mexicanos hijos de mexicanos la posibilidad de ocupar puestos públicos".

3. El nacionalismo como proyecto de Estado.

La clase político-militar surgida de la revolución había alcanzado finalmente el poder a través de un proceso que tuvo varios efectos profundos en la definición del México del siglo XX. Sheridan (1994) señala un resultado del proceso revolucionario que es interesante considerar para los objetivos de nuestra investigación: "La Revolución de 1910-1917 provocó en la conciencia de los mexicanos un poderoso deslumbramiento: la discordia –sus causas, desarrollo y efectos– actualizaba ante sus ojos una multiplicidad de realidades culturales soterradas por el tiempo, la geografía o la indiferencia. Al evidenciar la yuxtaposición de tiempos históricos y las geografías físicas y culturales, la Revolución asestaba un golpe de asombro, y de angustia, a la endeble conciencia de nación heredada del siglo XIX. Sin embargo, ante la variedad que ella misma delató, la Revolución ya en su fase institucional, reaccionará proponiéndose, con diversos recursos coercitivos, como el nuevo marco referencial encargado de otorgarle (o imponerle) unidad a lo diverso" (*idem.*, p. 384).

En este punto es importante señalar que la Constitución de 1917 representa, legal y simbólicamente, la primera materialización de un proceso histórico de formación de un sentimiento de identidad en torno a un proyecto nacional que tomaba como modelo a la propia Revolución. Al respecto, Benítez (*op. cit.*, 1977, p. 95) señala como la Constitución expresaba un orgulloso nacionalismo; por su parte, Cumberlând (*op. cit.*, p. 325) enfatiza el hecho de que "los hombres de la revolución surgían de esa experiencia traumática orgullosos de sus logros, orgullosos de ser mexicanos, orgullosos de su herencia y decididos a crear una nación que les perteneciera, a depender de sus propios recursos sin estar obligado con nadie".

Sin embargo, la distancia entre el proyecto de ley y la realidad del país, como señala Benítez (*op. cit.*, 1977), era enorme; el Estado requería crear una serie de mediaciones que permitieran vincular su proyecto con las clases populares,

quienes, a la larga, serían su principal soporte y fuente de legitimidad, lo que se buscaba era una "identificación entre nación, gobierno revolucionario y pueblo, entre nacionalismo y referencias populares, justificando la idea de un gobierno surgido a partir de la lucha del ejército revolucionario, íntimamente ligado a los sectores e intereses populares" (Pérez Montfort, *op. cit.*, 1994, p. 347), por lo que una insistente retórica nacionalista permearía todas sus propuestas.

De todos los medios de los que en ese entonces disponía el Estado granjearse el apoyo popular, son de destacarse dos en particular: el trabajo de las élites intelectuales y los esfuerzos educativos del nuevo régimen. El nacionalismo en el ámbito intelectual y educativo del país fue tomando fuerza a partir de un "fuerte impulso introspectivo, con ciertos aires renovadores, que se dejó sentir en el país a partir de la instauración de la llamada *era de los caudillos*" (*idem.*, p. 343). Esto marcó una diferencia radical con el nacionalismo decimonónico puesto que, "tradicionalmente desdeñada por las academias, la cultura popular adquirió de esa manera una fuerza inusitada en los derroteros del arte y la literatura nacionales." (*idem.*, p. 346).

Pérez Montfort (*idem.*) identifica, dentro de todo el universo del discurso nacionalista en el período 1920-1940, tres corrientes de pensamiento que se disputaban la definición de lo mexicano, basada cada una en una explicación distinta sobre sus orígenes, su raza o su situación en el contexto internacional:

- Indigenismo: para esta corriente la nacionalidad se identificaba con el pasado indígena y pugnaba por la revaloración de sus tradiciones ancestrales. Así mismo se preocupaba por el bienestar de los herederos de ese pasado (los indígenas actuales) desde una posición de tipo redentora. Este discurso fue ligándose con mayor fuerza a los proyectos oficiales.
- Hispanismo: elemento básico del discurso conservador de los grupos considerados "de derecha", sostenía que precisamente era lo hispano lo que

Identidad Nacional, poder y transformación.

había definido el carácter mexicano, y citaban como ejemplos claros de esto a la religión católica y la lengua castellana.

- Latinoamericanismo: heredera más directa de la mestizofilia, esta tendencia se concentraba más en el posible futuro de la nación, exaltando la pertenencia de México a Latinoamérica en razón de una comunidad racial y cultural, en oposición a los impulsos imperialistas de Estados Unidos.

Dado los objetivos de esta tesis, nos concentraremos sobre todo en el indigenismo y en el latinoamericanismo, por ser las tendencias que predominaron en las élites políticas e intelectuales del país, cuyo discurso es el que nos interesa analizar. En adelante, se hará poca distinción entre las dos, por considerar que se superponen en muchos aspectos y que, en retrospectiva, forman una unidad discursiva común (a la que se agregaron ciertos elementos del hispanismo en la década de los cuarentas, como se verá más adelante).

Una de las figuras centrales en la definición de la política cultural del nuevo Estado en los años veinte fue José Vasconcelos, quien fuera miembro del Ateneo de la Juventud. "Entre 1920 y 1924, como rector de la Universidad y Secretario de Educación Pública, Vasconcelos organizó con una dirección nueva la herencia nacionalista del siglo XIX y creó una mística cultural de redención de la patria que habría de prevalecer en lo esencial, durante los siguientes cincuenta años" (Blanco, 1976, p. 87). En efecto, Vasconcelos jugará un papel importante dentro del entorno político por dos razones fundamentales:

- i. Por un lado, es la punta de lanza de una serie de propuestas culturales y educativas "populares" y "nacionalistas". Como señala Blanco (*op. cit.*, 1976, pp. 88-89), "el nacionalismo de Vasconcelos se circunscribirá dentro de un general nacionalismo latinoamericano", en el cual se destaca la idea de que "mientras el mestizaje y la educación no se realizaran, las masas serían botín de norteamericanos y caudillos: no sujeto histórico en sí mismas". El proyecto educativo de Vasconcelos le quedó como anillo al dedo al régimen revolucionario, puesto que el

mesianismo que le era característico, empataba con la idea de que el Estado era el único capaz de orientar los destinos de la nación y redimir a las "masas populares". Esta coincidencia de propósitos es destacada por Monsiváis (*op. cit.*, 1976, p. 185), quien señala como "José Vasconcelos espera de la cultura lo que el Presidente Obregón, con otros métodos, también anhela: la unidad nacional. [...] Entre Obregón y Vasconcelos se crea el ámbito indispensable y el pacto no verbalizado: el Estado apoya y hace suya una manera de comprender y ejercer la cultura y el Estado, a cambio, se consolida de modo importante: representa ya, desde el punto de vista del sector intelectual que se difundirá mundialmente, a toda la Revolución Mexicana. *El proyecto de cultura nacional se va configurando como una decisión política*".

- ii. Por otro lado, Vasconcelos inicia la convocatoria a los intelectuales y a los artistas para sumarse al proyecto nacionalista del Estado. Sheridan (*op. cit.*, 1994) señala cómo esta convocatoria se formuló de manera explícita en el Congreso de Escritores y Artistas que Vasconcelos impulsó en 1923, año en que "se desarrollaba la primera tentativa de crear una política cultural revolucionaria (educativa, masiva, mexicanista y latinoamericanista) y se discutía el tipo de arte que demandaba la realidad nacional y que exige el proyecto de nación" (*idem.*, p. 386); incluso Vasconcelos menciona explícitamente que la literatura tenía la obligación de "coadyuvar a la resurgencia nacional y a la unión espiritual del pueblo mexicano" (Vasconcelos, citado en Sheridan, *op. cit.*, 1994, p. 387), por lo que no es casual que a partir de ese momento se desatara una oleada de novelas sobre la revolución mexicana. Pero esta convocatoria no se limitaba a la literatura: en el ámbito musical, Manuel M. Ponce pugna por poner el arte al servicio de "la formación del alma nacional" (citado en Sheridan, 1994, p. 389) y, en el terreno de las artes plásticas, se inicia el muralismo mexicano de Rivera, Atl y Clemente Orozco, quienes impulsan "la mexicanidad como sustrato último de la experiencia revolucionaria" (Aguilar y Meyer, 1989, p. 93); por otra

Identidad Nacional, poder y transformación.

parte, el indigenismo cobra auge gracias a "los trabajos de Manuel Gamio en las ruinas de Teotihuacán" (Benítez, *op. cit.*, 1977, p. 123). En todas estas proposiciones se observa, como señala Sheridan (*op. cit.*, 1994, p. 389) una opción formativa, mas que indagatoria, de "el Alma Nacional, que supone la preexistencia de un modelo (constituido por las representaciones de la nacionalidad: el pasado indígena, los mitos y leyendas populares, las gestas históricas) que el futuro formativo aspira a divulgar, condensar y fortalecer"²⁰.

Alineados o no con el Estado, los intelectuales contribuyeron, como señalan Bartra (1987) y Serret (*op. cit.*, 1999), a crear una serie de mitos sobre el ser del mexicano, partiendo de un análisis selectivo de ciertas características de la cultura popular. De Vasconcelos a Santiago Ramírez, pasando por Samuel Ramos, Octavio Paz y el Grupo Hiperión -formado por filósofos como Jorge Portilla, Luis Villoro o Víctor Flores Olea- se suceden con regularidad los estudios sobre lo mexicano. Para analizar con mayor detalle este proceso intelectual, son interesantes los estudios de Monsiváis (*op. cit.*, 1976), Bartra (*op. cit.*, 1987; 2000), Basave (*op. cit.*, 1992) y Sheridan (*op. cit.*, 1994), entre otros.

Ahora bien, el discurso nacionalista no sólo funciona para convocar a los intelectuales y educadores a unirse al proyecto de *formar* la identidad nacional, sino que también permite la consolidación y unificación del propio aparato político. En ese sentido es que Bartra (1988, p. 101) señala que el nacionalismo ha sido un "medio de resolver el conflicto entre grupos, bajo la forma de una alianza multiclasista" (*idem.*, p. 132). Para lograr esa alianza que resolviera los conflictos entre las distintas fracciones revolucionarias y permitiera crear el sedimento institucional del nuevo régimen, el presidente

²⁰ Son pocos los intelectuales que se oponen al creciente nacionalismo oficial, como es el caso del grupo Contemporáneos (Salvador Novo, Javier Villaurrutia, Jorge Cuesta, etcétera), cuyos miembros pensaban que "el sentimiento nacional que desean formar los nacionalistas, es la primera manifestación de algo que amenaza con convertirse en una identidad nacional decretada por el Estado." (Sheridan, *op. cit.*, p. 393).

Plutarco Elías Calles creó en 1929 el Partido Nacional Revolucionario (PNR) – actualmente conocido como Partido Revolucionario Institucional (PRI)-. Aguilar y Meyer (*op. cit.*, 1989), señalan que si bien en un principio el partido tenía como objetivo unificar a la coalición revolucionaria en torno a un proyecto de desarrollo capitalista, con el tiempo, el partido se convirtió en un instrumento de masas, especialmente durante la administración de Lázaro Cárdenas (de 1934 a 1940), quien incorporó formalmente al partido a las grandes organizaciones de masas obreras y campesinas y le aseguró el caudal de votos necesarios para legitimarse como un gobierno formalmente democrático. La gradual incorporación de los obreros y los campesinos al aparato político, se correspondió con una progresiva incorporación de ciertos elementos de la cultura popular al discurso nacionalista. Como señala Pérez Montfort (*op. cit.*, 1994), el nacionalismo mexicano, en su acercamiento con la cultura popular, creó una serie de representaciones de aquello que se identificaba como lo típicamente mexicano. Estas representaciones *de lo mexicano* “aparecieron en la iconografía –grabados, fotografías, cine- y en la literatura, en parte también se identificaron a través del lenguaje hablado y la música; tanto en el vestir como en el comer, en las actividades productivas y sobre todo en las recreativas, los estereotipos fueron adquiriendo su especificidad representando el *ser* o *deber ser* mexicano, el cual conformaron mediante la interacción de costumbres, tradiciones, historias, espacios geográficos, etcétera. En suma: referencias compartidas y valoradas” (*idem.*, p. 343).

Uno de los elementos centrales de esa representación de lo mexicano fue el tema indígena, al respecto, Pérez Monfort (*idem.*, p. 353) señala que “el indio como personaje en el teatro, en las tiras cómicas, en la música popular, o en el cine, pronto se convirtió en un estereotipo capaz de identificar algunos factores definitorios de la mexicanidad. Desde luego, en la formación de este estereotipo mucho tuvieron que ver quienes se encargaban de los medios de comunicación, ya fuesen periodistas, fotógrafos, dibujantes, teatreros o productores de cine”. El gobierno empezó a apoyarse de forma creciente en los

Identidad Nacional, poder y transformación.

nuevos medios masivos de comunicación para lograr identificar a la sociedad con el modelo de nación y de mexicano prototípico que se estaba gestando²¹.

Otro sector de la sociedad con el que el Estado podrá tender puentes gracias al nacionalismo, es la burguesía capitalista mexicana. Si bien durante los años treinta el enfrentamiento entre los sectores de derecha –iglesia y empresariado sobre todo- y el gobierno revolucionario fue más que declarado, como lo demostró la guerra cristera y la oposición a la política izquierdista de Lázaro Cárdenas, a finales de esta época se impulsa de manera vigorosa un nacionalismo económico cuyo punto de partida es la expropiación de la industria petrolera en 1938, el cual, ya en los años cuarenta, permitirá acercar a la burguesía y al sector oficial gracias a un creciente impulso del desarrollo capitalista (Bartra, *op. cit.*, 1988) –que, por cierto, no abandonó la retórica nacionalista-.

Hasta este punto se ha esbozado el proceso histórico que llevó, desde mediados del siglo XIX hasta finales de los años treinta, a la consolidación del Estado moderno mexicano. De los diversos aspectos que conforman ese proceso, se ha puesto énfasis en lo tocante al nacionalismo como idea central y a la correlativa formación de un “sentimiento” de identidad nacional del que se desprenden una serie de imágenes sobre el ser del mexicano. De tal suerte que, hacia el año de 1940, el discurso nacionalista adquirió sus rasgos maduros tales como:

- La idea de que un Estado fuerte y populista era necesario para orientar el rumbo del país y para redimir a “las masas”, la cual a su vez da pie a un proyecto cultural y educativo orientado por el gobierno.

²¹ No en vano Monsiváis (*op. cit.*, 2000, p. 160) califica al cine como el fenómeno cultural de mayor impacto en la primera mitad del siglo XX –después de la revolución, claro-. El cine, sobre todo en la década de los años cuarenta, servirá para crear dos de los iconos centrales de la mexicanidad: *el charro mexicano* y *la madre abnegada*. Ha este respecto es importante señalar como, progresivamente, el hispanismo se fusiona al discurso oficial en su exaltación casi religiosa de un modelo de familia típicamente conservador.

- La consolidación de una serie de representaciones estereotípicas de lo indígena, la familia y de la cultura popular, con la finalidad de explicar el ser del mexicano, buscando acoplar la diversidad de la sociedad mexicana a un molde hegemónico que fusionara indigenismo, hispanismo y panamericanismo.
- El aporte de un sustento ideológico para la construcción de un entramado institucional que incorporara a la creciente clase media, al sector obrero y al campesino, además de que permitiese generar puentes de mediación con la burguesía y consolidar internamente el aparato político (en otras palabras, el énfasis en la unidad nacional).
- La exhortación a la intelectualidad y los medios de comunicación – particularmente el cine y con el paso del tiempo la televisión-, a estudiar, definir y difundir lo “mexicano”.
- La mitificación de la Revolución Mexicana como la hora cero del descubrimiento y la emancipación de México, heredera directa de la Guerra de Independencia y la Reforma. Esto dará nuevo impulso al patriotismo, así como a la incorporación de los caudillos que participaron en el movimiento armado al panteón de los héroes y símbolos nacionales²².

²² Esto independientemente de que ellos mismos se empeñaron concretamente en mandarse los unos a los otros al panteón, 3 metros bajo tierra.

II. LA IDENTIDAD NACIONAL PUESTA EN EL DISCURSO: "Toma la palabra el Ciudadano Presidente de la República".

En los siguientes apartados se pondrá en el papel el discurso oficial sobre la identidad nacional, a partir de la década de los treinta hasta la actualidad, en boca de sus principales promotores: los presidentes de la república –como expresión acabada de casi todo el aparato político oficial-. Si bien no son los únicos actores sociales que han tejido este discurso, son los más relevantes dentro del espacio social en que se ha delimitado la tesis: el límite institucional del campo intersubjetivo social. A este respecto vale la pena recordar nuevamente que si bien la Iglesia Católica tiene un papel importante en el panorama institucional del país, su análisis se ha excluido de este trabajo por considerar que merece un estudio aparte.

Tomando en cuenta el universo de declaraciones, discursos, opiniones, exhortaciones e informes oficiales que los presidentes "revolucionarios" del país y/o sus asesores han generado, es difícil extraer las citas suficientes que permitan esbozar su concepción de la identidad nacional mexicana. Así mismo, si tomamos en cuenta sus casi textuales reproducciones a escala por parte de gobernadores estatales, presidentes municipales, diputados, senadores y secretarios de estado, la tarea se puede complicar de manera solo comparable a contabilizar los kilómetros de papel gastados. Por ello, se ha optado por tomar las citas de cuatro tipos de materiales:

- i. Mensajes finales de los Informes Oficiales de los presidentes al Congreso de la Unión, donde se ocupan en particular de hacer una exhortación al "pueblo de México" y de hacer explícita su visión sobre el pasado, presente y futuro de la nación.
- ii. Discursos sobre el tema de la educación, por considerar que reflejan el intento del Estado por convertir el nacionalismo en patrón y código ético en la formación de los ciudadanos.

- iii. Opiniones y declaraciones sobre cultura, que son quizá aquéllas donde más claramente se muestran sus nociones sobre la identidad nacional y el carácter de la sociedad mexicana.
- iv. Citas en las que se habla sobre la juventud o sobre los grupos opositores al gobierno. A este respecto cabe señalar que en ellas se pueden detectar algunos de los usos y abusos ideológicos del nacionalismo, así como el afán por convertirlo en legado invaluable para las futuras generaciones.

No se pretende aquí hacer un ensayo de historia rigurosa de los hechos, sino sólo en la medida en que permita contextualizar el discurso presidencial sobre la identidad nacional –el cual no siempre se refiere a ella de manera explícita-. Sin más preámbulos, entremos de lleno a la nostalgia.

4. Los primeros años posrevolucionarios (1920-1934)

Este período, que va del ascenso al poder de Alvaro Obregón a la toma de protesta de Lázaro Cárdenas, es sin duda el período de mayor efervescencia nacionalista; no sólo eso, también comprende los años en que el régimen de la Revolución Mexicana se presenta ante el país como el encargado de su reconstrucción material y espiritual. En esta etapa se respira un aire de renovación y *modernización* -un término recurrente hasta el cansancio-, el cual contrasta con la sangrienta purga que se desata entre los generales victoriosos.

En esta primera etapa la educación es tema central, pues se le concibe como el eje a través del cual los gobiernos revolucionarios lograrán “modernizar” al país y lograr, de paso, su legitimidad como gobierno. La educación fue justamente uno de los campos de batalla entre gobierno e Iglesia Católica. Como señala Aguilar (1976, p. 100), Obregón vio con claridad las implicaciones de esta pugna, puesto que “plantea las diferencias entre la visión religiosa y la suya

Identidad Nacional, poder y transformación.

(revolucionaria), como una pugna de dos fanatismos por conquistar el espíritu del pueblo”.

“El fanatismo revolucionario trae, justamente, como una de sus finalidades principales, *liberarlo de arcaicos prejuicios* y darle una posición avanzada”. (Obregón, citado en Aguilar, *op. cit.*, 1976, p. 100. De aquí en adelante todas las cursivas de las citas son mías).

Plutarco Elías Calles (citado en Monroy, 1975, p. 92) expresa de manera más contundente esta visión:

“...La Revolución no ha terminado. Los eternos enemigos la acechan y tratan de hacer nugatorios sus triunfos. Es necesario que entremos al nuevo período de la Revolución, que yo llamo el *período revolucionario psicológico*; *debemos apoderarnos de las conciencias de la niñez, de las conciencias de la juventud porque son y deben pertenecer a la Revolución* [...] Sería una torpeza muy grave, sería delictuoso para los hombres de la Revolución, que no arrancáramos a la juventud de las garras de la clerecía y de las garras de los conservadores”.

La idea de redención también se hizo sentir en el lema con el que la Universidad Nacional de México fue dotada por Vasconcelos (*Por mi Raza Hablará el Espíritu*), el cual refleja claramente una creencia prevaleciente entre los intelectuales y los políticos revolucionarios en esos años: eran ellos los llamados a hablar por una raza que durante siglos había sido acallada por la religión y el atraso educativo. Era el momento de incorporar el pasado del país -selectivamente, por su puesto- a la modernidad. A ese respecto, Elías Calles afirma en su toma de protesta:

“A mi juicio, y lo digo con toda buena fe, el movimiento revolucionario ha entrado en su fase constructiva”. (Calles, citado en Krauze, 1987, p. 69).

La misma intención se puede desprender de la siguiente cita, que se refiere a las condiciones de miseria de los jóvenes campesinos:

“Las nuevas instituciones agrícolas permitirán a la nueva generación que se libere de esa esclavitud”. (Calles, 1927, p. 788).

Es la época en que el nacionalismo es entendido no sólo como una revalorización de lo indígena o una relectura de la historia del país, sino como la fuerza que llevaría a la creación de un Estado moderno en el país:

“Mientras no se logre y perfeccione una total coordinación y apoyo mutuo de las diversas agencias civilizadoras sobre las *masas campesinas*, particularmente sobre los *conglomerados indígenas*, la labor de la escuela rural continuará siendo pálida e insuficiente ya que en la *obra de la civilización*, la parte propiamente escolar es mínima”. (*idem.*, p. 791).

Como señala Palacios (1969), en momentos en que la opinión pública está dividida por la guerra cristera, Calles posiciona a la Revolución en el futuro, es decir, como un proceso siempre en marcha, entendiendo que, enfrentado a la iglesia, el régimen obtendrá legitimidad sólo en la medida en que sea identificado con el porvenir:

“La Revolución, generosa y dignificadora, está siempre en marcha”. (Calles, *op. cit.*, 1927, p. 792).

Por el contrario, la iglesia y sus seguidores –además de “antipatriotas”– representan la “reacción”, el retraso, en una palabra: el pasado. Calles señala que el porvenir que representaba la Revolución se realizaría por la acción no de un caudillo, sino por la acción de un Estado organizado institucionalmente, así, en su último informe de gobierno, llama a:

Identidad Nacional, poder y transformación.

"Orientar definitivamente la vida política del país por rumbos de una verdadera vida institucional, procurando pasar de una vez por todas de la condición histórica del país de un hombre a la de nación de instituciones y leyes". (Calles, citado en Benítez, *op. cit.*, 1977, p. 194).

Así pues, Calles pone las piezas en el tablero: las instituciones emanadas de la Revolución transformarán al país, redimiendo al pueblo del atraso y la miseria al llevarles la educación y la civilización, las cuales a su vez permitirán la producción y el desarrollo económico. Los posteriores gobiernos repetirán más o menos los mismos elementos discursivos:

"La educación de las *clases trabajadoras* de México es el único camino de su positiva redención" (Portes Gil, 1929, p. 921).

"La educación adecuada a las *masas productoras* debe servir de apoyo a la estructura económica del país". (Rodríguez, 1934, p. 1194).

"Escuelas que prodigan a manos llenas la instrucción y una cultura media dentro de una educación utilitaria, que generalizan en *nuestras masas populares* la capacidad laborante y productora, único medio seguro y rápido de mejoramiento social, de afirmación sólida y definitiva de nuestra *soberanía*, ya que una *colectividad racial* necesita imperiosamente, antes que nada, hacer y afianzar su potencialidad económica propia, para poder ser, íntegramente, una *verdadera nacionalidad*". (Ortíz Rubio, 1930, p. 1000).

Por otra parte, en estos años, el régimen revolucionario hace explícito su llamado a los intelectuales a unirse a su labor redentora. Si bien existe una permanente desconfianza, el gobierno se apoya en la intelectualidad del país para respaldar su proceso institucionalizador. Así, por ejemplo, al declarar la autonomía universitaria en 1929, Portes Gil habla del hecho como:

“Un acto de desprendimiento enorme de la Revolución [que da a los intelectuales] la oportunidad de que vengan también a confundirse y a saber qué es la Revolución, para que vengan con sus esfuerzos y sus luces a darnos el camino y señalarnos la brecha que debemos seguir en el futuro.” (Portes Gil, citado en Aguilar, *op. cit.*, 1976, p. 119).

La Revolución le asigna al intelectual la función de participar en la enseñanza y en la formación de la “cultura nacional”, sin dejar de reprocharle su alejamiento del pueblo:

“[Los intelectuales,] en vez de precursores de la renovación, quedaron atrasados ideológicamente, *hasta hace poco los centros superiores de cultura manteníanse alejados, desvinculados de la Revolución y, por ello, al margen de las palpitaciones y de los anhelos de nuestro pueblo*”. (Ortíz Rubio, *op. cit.*, 1930, p. 965).

En pocas palabras, la Revolución se identifica con las expectativas populares y exhorta a los intelectuales a unirse a la tarea de descubrir al país y a sus habitantes.

5. El período cardenista (1934 -1940)

Durante el sexenio de Lázaro Cárdenas la política nacionalista del régimen revolucionario alcanza su punto más álgido en el terreno económico, político y social. El reparto agrario y, principalmente, la expropiación petrolera, pusieron las bases para un fuerte impulso al desarrollo económico nacional, además de que consolidaron el proceso de corporativización del aparato político al incorporar de facto a campesinos y obreros al partido oficial .

Para sustentar y dar legitimidad a esas medidas, el gobierno acude al discurso nacionalista con llamados a la unidad de todos los mexicanos. También en el aspecto educativo, la Revolución, en su afán de extenderse a cada uno de los

Identidad Nacional, poder y transformación.

rincones de la vida nacional, mantiene el sentido redencionista de su discurso y entiende que su éxito dependerá de fortalecer un Estado populista que incorpore y atienda a los grandes núcleos sociales -las llamadas "masas populares"- . A ese respecto, es interesante notar que en este sexenio se lleva a cabo el experimento de fundar una educación socialista con pretensiones de masificar el discurso revolucionario. Aunque el término "socialista" nunca llegó a significar algo concreto, sirvió para mantener el ánimo combativo del régimen:

"El Gobierno a mi cargo tiene plena confianza en que los habitantes del país, interpretando debidamente la alteza de miras de la Asamblea Nacional de Queretaro que inspiró las reformas hechas al artículo 3º de nuestra Carta Fundamental, implantando la Escuela Socialista que establece la doctrina de realizar una transformación que mejore las condiciones económicas que guarda actualmente la mayoría del pueblo mexicano, prestará cada vez más su cooperación activa, desinteresada y eficaz, a los esfuerzos que gastan los maestros por cumplir celosamente un precepto constitucional que es timbre de orgullo para la Revolución y promesa reivindicadora para la actual y futuras generaciones."
(Cárdenas, citado en Monroy, *op. cit.*, 1975, p. 97).

Con Cárdenas, la Revolución adquiere el carácter de obra sin terminar -a perpetuidad- cuyas tareas le atribuyen como espacio de acción el presente y el futuro. Además, la Revolución es presentada como el "broche de oro" de la historia del país:

"A unos les tocó iniciar y desarrollar el movimiento armado y sentar las bases fundamentales de nuestro futuro; a otros poner en acción las nuevas doctrinas organizando los distintos factores de ejecución que nos permitieran caminar al éxito y a nosotros revolver problemas que influyen en el proceso de nuestra vida social y que han de ayudar a perfeccionar nuestro régimen institucional". (Cárdenas, 1938 p. 1040).

Como señala Aguilar Camín (*op. cit.*, 1977, pp. 112-113), en el discurso cardenista se consolida la imagen de la Revolución como la etapa final de la integración de la nación "al añadir a la independencia política (movimiento de insurgencia) y la consolidación ideológica (Reforma y constitución de 1857), la emancipación económica". Así mismo, podemos ver que también se añade un elemento político fundamental en la creación de una identidad nacional aglutinante: un Estado institucionalizado fuerte y popular.

El proyecto de nación que el cardenismo atribuye a la revolución requiere el control de las fuerzas sociales existentes, por lo que se crean corporaciones que pretenden unificar a todas las clases sociales y suprimir sus diferencias por medio de la acción homogeneizadora del Estado. Al respecto, al promulgar la Ley de Indulto para todos los procesados políticos en 1936, Cárdenas señala que:

"El espíritu de esta ley es liquidar las divisiones entre los mexicanos y a la vez dar mayor confianza al país, que facilite el desarrollo de nuevas fuentes de trabajo". (Cárdenas, citado en Krauze, *op. cit.*, 1987, p. 135).

Por otra parte, el gobierno, amparado en cierta terminología izquierdista, se asume como vocero del pueblo y hace de su proyecto el proyecto de todos los mexicanos. Esto se puede apreciar en el discurso que Cárdenas dirige a la nación con motivo de la expropiación petrolera en 1938; al justificar la medida, el presidente señala que su principal preocupación:

"Es el interés público de los mexicanos y aun de los extranjeros que viven en la República y que necesitan de la paz y de la dinámica de los combustibles para el trabajo. Es la misma *soberanía de la nación*, que quedaría expuesta a simples maniobras del capital extranjero". (Cárdenas, *op. cit.*, 1938, p 1050).

Identidad Nacional, poder y transformación.

Una vez anunciada la expropiación, Cárdenas establece la identidad de intereses entre pueblo, revolución y Estado:

“Planteada así la única solución que tiene este problema, pido a la nación entera un respaldo moral y material suficiente para llevar a cabo una resolución justificada, tan trascendente y tan indispensable. El gobierno ha tomado ya las medidas convenientes para que no disminuyan las actividades constructivas que se realizan en toda la República, y para ello, sólo *pido al pueblo confianza plena y respaldo absoluto a las disposiciones que el propio gobierno tuviere que dictar*, para que el país entero cuente con numerario y elementos que consoliden este acto de esencial y profunda liberación económica de México”. (*idem.*, p. 1053).

Más allá del discurso, el nacionalismo económico y su apelación al patriotismo lograron una identificación de un amplio sector de la sociedad con el Estado revolucionario, el cual logró legitimidad al incorporar a su proyecto de país - voluntaria o forzosamente- a un amplio espectro social de mexicanos. En ese sentido, quizá Benítez (*op. cit.*, 1977, p. 145) no exageró al afirmar que el acto dotó de una conciencia nacional al país, hasta ese momento inexistente.

6. De la unidad nacional al “no nos volverán a saquear” (1940–1982)

Varios autores destacan el hecho de que a partir de los cuarenta, el nacionalismo declinó desde el punto de vista de su cercanía con la cultura popular (Pérez Monfort, *op. cit.*, 1994), de su vigor y aceptación intelectuales (Sheridan, *op. cit.*, 1994), así como de su importancia como rector de la economía (Benítez, *op. cit.*, 1977; Aguilar y Meyer, *op. cit.*, 1989)²³. A pesar

²³De hecho, muchos historiadores ubican este declive del combatiente nacionalismo revolucionario en los últimos años del cardenismo, pero sobre todo durante el sexenio de Manuel Avila Camacho, en el contexto de una creciente tolerancia a la Iglesia Católica, de un panamericanismo que vino de la mano de la entrada de los Estados Unidos de Norteamérica (EE.UU.) a la segunda guerra mundial y de una creciente expansión de la inversión privada -nacional y extranjera-, característica de los famosos años del “crecimiento sostenido” (sostenido con agujas, como se vería después).

de esto, el discurso político continuó mostrando, en su forma y en su contenido, una presencia importante de motivos nacionalistas. Pero el nacionalismo discursivo posterior al cardenismo experimentó un viraje importante en cuando menos tres aspectos:

- Por un lado, Aguilar (*op. cit.*, 1976, p. 107) hace notar que "...Lo sustancial fue, a partir de entonces, la prolongación, el acendramiento y la multiplicación hasta el delirio –en este sentido la renovación– de los motivos patrióticos, cívicos y espirituales de la nacionalidad acumulada de México". Aunque el autor se refiere exclusivamente a la política educativa, este fenómeno se generalizó prácticamente a todos los ámbitos de la vida nacional tocados por el discurso oficial del régimen, lo cual ayudó a la consolidación de los estereotipos nacionales.
- Por otra parte, aunque el "pueblo mexicano" sigue siendo el centro del discurso, la revolución ya no es concebida como una obra en marcha hacia el futuro, sino como un legado (Aguilar, *op. cit.*, 1976; Aguilar y Meyer, *op. cit.*, 1989). Por su puesto, el encargado de cuidar ese legado en representación del pueblo era el Estado, quien debía velar por la unidad de "todos los mexicanos" para preservarlo.
- Por último, como señala Pérez Monfort (*op. cit.*, 1994), todo el discurso sobre valores morales, que hasta ese momento era patrimonio de la iglesia y los grupos hispanófilos tradicionalistas, va siendo incorporando paulatinamente al discurso oficial. Finalmente, que mejor para un Estado corporativista y autoritario que presentarse a sí mismo como un Estado paternalista, en el que la Familia es un micro-Estado y, a la inversa, el Estado es una macro-Familia. Incluso se puede apreciar una "contaminación de expresiones religiosas para hablar del pasado" (Aguilar, *op. cit.*, 1976, p. 105).

A continuación algunas citas en las que se notan elementos discursivos que muestran esta triple transformación.

"...La Revolución Mexicana ha sido un movimiento social *guiado por la justicia histórica*, que ha logrado conquistar para el pueblo una por una sus reivindicaciones esenciales. Pido con todas las fuerzas de mi espíritu a todos los *mexicanos patriotas*, a todo el pueblo, que nos mantengamos unidos, desterrando toda intolerancia, todo odio estéril, en esta *cruzada constructiva de fraternidad y de grandeza nacionales*". (Avila camacho, 1940, p. 113).

"[La ley muestra] el deseo de robustecer la *unidad nacional* y de *preparar moralmente a la niñez y a la juventud*". (Avila Camacho, 1942, p. 229).

"En verdad, la obra educativa se inspiró en la tendencia decidida a conseguir la más sólida *reafirmación de la unidad nacional*, instituyendo una escuela con ideales y aspiraciones comunes para todos los mexicanos, y se impulsó hacia el logro de una formación integral de la juventud, preparándola para el cumplimiento de su futuro destino a través de *sólidas condiciones morales* y mediante el *culto a nuestras gloriosas tradiciones patrias* y a los *valores genuinamente mexicanos*".

(Avila Camacho, 1943, p. 263).

A las dotes de clarividencia de la Revolución, Avila Camacho añade un tono de exhorto y de especulación al discurso, el cual molestaría a no pocos materialistas y positivistas lógicos. En ese sentido hace el llamado a los intelectuales:

"*Vuestra* existencia no tiene otra explicación que la libertad y vosotros, por vocación, sois los orientadores, los servidores y los *intérpretes del alma [humana] en México* [su obra es dar] voz genuina a los fervores que yacen -inexpresados- en *la conciencia de la nación*". (Avila Camacho, citado en Aguilar, *op. cit.*, 1976, p. 124).

Además de los elementos discursivos señalados anteriormente, se observa en estas citas un creciente uso del singular para referirse a la nación y a la revolución, como si éstas fueran una persona, dejando atrás el uso del plural y el énfasis en el proyecto colectivo (más propio de los años veinte y treinta).

En el sexenio de Miguel Alemán, este fervor casi sacro se ve disminuido en el discurso, ante el ascenso de la tecnocracia que conformaba la primera generación gobernante civilista y ante la notoria burocratización del aparato estatal. Sin embargo, los motivos cívicos no desaparecen:

“En la educación preescolar y primaria se intensificó en el alumno el amor a la enseña nacional y a nuestros héroes y el conocimiento de nuestro país, de sus recursos y sus instituciones”. (Alemán, citado en Aguilar, *op. cit.*, 1976, p. 106).

Podemos ver una clara transición del país de la “revolución en marcha” al de las “sólidas instituciones”, de la “redención de las masas” a la “defensa del legado revolucionario”, de la “destrucción de los arcaicos prejuicios” a la “elevación espiritual de los ciudadanos”. A pesar de ello, el discurso de los gobernantes en turno guarda una constante ineludible: una noción de nacionalidad centrada en la exaltación patriótica y en la moral tradicional; como señala Sheridan (*op. cit.*, 1994): un *nacionalismo formativo*.

“Entre las misiones más importantes que nos confía la Patria nuestra, destaca la del maestro mexicano que tiene la enorme responsabilidad social de modelar el espíritu, de infundir los conocimientos, de concluir, en suma, el producto más caro de nuestra colectividad: la niñez y la juventud, que habrán de ser conducidos con la lealtad que la nación reclama, por los maestros que en esta ocasión han sido y son depositarios de nuestro símbolo mexicano: La Bandera Mexicana” (Ruiz Cortínez, 1952, p. 518).

“En cuanto a la juventud y a la niñez, legatarias del futuro de México, hemos de dedicarles una política tutelar”. (idem., p. 521).

Hacia finales de los años cincuenta, detrás de la monolítica imagen de paz y prosperidad que el discurso oficial proclama sin cesar, van surgiendo visos de organización independiente en cierto sector obrero independiente y entre la clase media, quienes al ver que el desarrollo nacional no llega a los bolsillos, en el caso de los primeros, ni les abre espacios de participación política, en el caso de los segundos, empiezan a mostrar fuertes signos de descontento. Además, el modelo de sociedad va resultando ser muy estrecho y rígido para las nuevas generaciones que, si bien no vivieron directamente la Revolución, sí viven la modernización que ella misma generó y que, paradójicamente, va mostrando a muchos el horizonte de otras culturas y saberes, rompiendo lentamente el caparazón nacionalista.

Al respecto, podemos observar como el discurso del régimen, de forma sistemática y reactiva, adquiere la costumbre de ubicar a sus enemigos políticos –como en el caso de las huelgas de maestros y ferrocarrileros a finales del sexenio de Ruiz Cortínez- como elementos ajenos a “El Verdadero México”, ése en el que gobierno y pueblo son uno solo:

“Cuando las fuerzas retardatarias o regresistas[sic] nos han opuesto y acumulado obstáculos en la senda de nuestro progreso, tratando de desviar las corrientes del sentimiento nacional, el pueblo ha roto los valladares y ha renovado su fe en sus principios emancipadores y en los hombres que se vincularon con sus aspiraciones y sus necesidades” (idem., p. 602).

“La Nación entera ha condenado esos hechos. [...]En caso de que esas situaciones se repitieren, el Gobierno las reprimirá con máxima energía, salvando el afán de todos los mexicanos. Conozco a nuestro pueblo, se

de sus virtudes y estoy cierto que opondrá un valladar infanqueable a la acción desorbitada". (Ruiz Cortínez, 1958, p. 677).

O en el caso de Adolfo López Mateos, al respecto de la obra revolucionaria:

"Creo indispensable destacar que esa labor ha sido realizada a pesar de las inquietudes y zozobras que nos han querido crear quienes hubieran deseado frustrarla o detenerla. *El pueblo mexicano comprenderá más claramente ahora lo necesario que nos es la tranquilidad interior, la unidad y la concordia nacionales.* La magnitud del esfuerzo del pueblo hace patriótica la declinación de actitudes sectarias, que desde los extremos del retroceso o la demagogia, pretenden dificultar esas tareas y crear el desconcierto. *Los mexicanos de buena fe* no debemos detener ni desvirtuar la obra nacional". (López Mateos, 1961, p. 73).

Si para los años sesenta se reconoce el agotamiento del misticismo revolucionario, en el discurso los políticos, por boca de la figura presidencial, no se deja de exaltar a la Revolución, ese legado brillante del pasado que permanece vivo como inspiración de los esfuerzos del régimen por modernizar al país. Se establece una continuidad de elementos (Historia-Revolución-Gobierno-Pueblo), que juntos forman un complejo discursivo irrenunciable que es abarcado de un golpe por la sola mención de la palabra "México". Quizá por ello López Mateos, ante la disidencia interna y ante "un mundo cada día más pequeño en donde no es posible desentenderse de la creciente interdependencia", declara enfático:

"...*Los mexicanos tenemos una obligación permanente: recordar que, para nosotros, México está primero que todo y por encima de todo.*" (idem., p. 69).

Tan enorme carga histórica deberá ser transmitida, pero por supuesto, a la juventud:

Identidad Nacional, poder y transformación.

“una juventud que ama a su país, que se inspira en el ejemplo de sus grandes patricios –todos ellos paladines de la libertad– y que defiende lo que le es propio, sólo tiene una respuesta a la incógnita de la historia: seguir luchando sin reposo por que México sea lo que los mexicanos quieren. *La juventud mexicana no desmayará en su tarea por continuar la obra gigantesca que viene construyéndose desde Hidalgo, y en la que han sido ejemplares adalides, entre otros, Morelos, Juárez, Madero, Zapata y Carranza*”. (*idem.*, pp. 74-75).

La identidad nacional, como proyecto de unificación política en torno a una reconstrucción muy peculiar del devenir histórico del país, convierte a los individuos en reflejos fieles del carácter nacional:

“En la *permanente grandeza de la patria*, ante el esfuerzo continuado del pueblo, debemos sentirnos orgullosos de pertenecer a él y de servirle. *Limpiamente orgullosos de ser mexicanos*”. (*idem.*, p. 85).

En el punto más extremo, la figura presidencial, en el discurso político, se convierte en síntesis de las virtudes patrias, crisol del ser de los mexicanos. Por poner solo un ejemplo entre cientos, va esta cita de la respuesta que el diputado Joaquín Noris Saldaña dió al informe presidencial que hemos citado:

“Sr. Presidente de la República: hemos escuchado con marcado interés los conceptos y las cifras que integran su tercer informe de labores, con el firme convencimiento de que en ellos se concreta, no sólo su obra progresista, sino el *claro perfil, el gesto y el carácter, de una nación en marcha*, que es la nuestra”. (*idem.*, p. 89).

Pero el país estaba experimentando los inicios de una transformación que rompería con la solemne imagen que el Estado mexicano, concentrado simbólicamente en la figura presidencial, había construido de sí mismo, de la nación y de sus habitantes. En los años sesenta hay un quiebre importante en

el discurso presidencial: ante el creciente descontento social materializado en movilizaciones civiles de gran envergadura, ante el estancamiento del desarrollo económico, una creciente modernización cultural y una mayor aculturación con el estilo de vida (norte)americano, el Estado manejará dos grandes líneas discursivas:

- El sistema político es el único posible y el mejor para México. El régimen en el gobierno se legitima por su liga con el pasado (la Revolución) y se presenta como la única vía al futuro, debido a su "profunda" identificación con las "aspiraciones populares". Sus errores (por ejemplo, el creciente número de presos políticos) se derivan de decisiones dolorosas, pero necesarias, para "salvar el interés nacional". Los "buenos mexicanos" son quienes entienden esto y apuestan por las instituciones emanadas de la Revolución (cada vez más lejanas para las generaciones más jóvenes).
- Por otra parte, se observa una retórica cada vez más insistente en su afán de identificar a los "malos" mexicanos, aquellos que se dejan llevar por las influencias extranjeras²⁴, pretendiendo desestabilizar al país. Scherer y Monsiváis (1999) destacan como el fantasma de la "conspiración extranjerizante" se convierte en el pretexto ideal para el gobierno con el fin de fustigar a la oposición política y quedar bien ante el resto de la sociedad, como el guardián de la soberanía y la identidad de la nación.

Veamos algunos ejemplos de estas líneas discursivas durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, en extractos de su IV Informe de gobierno en el año clave de 1968. Primero la denuncia:

"De algún tiempo a la fecha, en nuestros principales centros de estudio se empezó a reiterar insistentemente la calca de los lemas usados en otros países, las mismas pancartas, idénticas leyendas, unas veces en simple traducción literal, otras en burda parodia. *El ansia de imitación se*

²⁴ Las influencias comunistas, claro, o ¿alguna vez se ha criticado la negativa influencia de los inversionistas extranjeros en la moral de los funcionarios públicos?.

apoderaba de centenas de jóvenes de manera servil y arrastraba a algunos adultos." (Díaz Ordaz, citado en Scherer y Monsiváis, 1999, p. 201).

Más allá de que a Díaz Ordaz se le olvidó dar su "jaloncito de orejas" también al régimen por su "ansia de imitación" de los modelos económicos extranjeros, es importante ver como el Estado, a través del presidente, dibuja insistentemente el escenario cronológico donde se esconde el enemigo: la juventud.

"Habíamos estado provincianamente orgullosos y candorosamente satisfechos de que, en un mundo de disturbios juveniles, México fuera un islote intocado". (*idem.*, pp. 201-202).

Y si esa juventud es ilustrada, peor. El ya añejo prejuicio contra los intelectuales no orgánicos, encontrará desahogo al situarlos como los que han pervertido a esa casta y pura juventud mexicana. En contraposición, el régimen, por boca del presidente, ubica a sus aliados, a los buenos mexicanos: el campesino, el burócrata, las amas de casa, los obreros y en general, todos los que se consagran al trabajo usando sus propias manos:

"Rindo emocionado homenaje a esas manos que no saben manejar billetes de banco, que muy rara vez sienten el halago de una caricia. Esas mismas manos rudas y sufridas que fueron las que izaron un garrote o una lanza al llamamiento de Hidalgo y de Morelos; las que no midieron la inmensidad del desierto cuando arrastraban los carromatos de la gloriosa hueste de Benito Juárez; las mismas manos que apretaron el rifle o el machete bajo la bandera de Madero, de Carranza o de Zapata". (*idem.*, p. 204).

Y señala el camino de la redención para los desviados:

“Nos decepcionaría una juventud conformista o resignada, pero México tampoco quiere una juventud irresponsable que abrace con incauta pasión todas las causas, que se tome como instrumento dócil al servicio de intereses bastardos. *México necesita una juventud atenta a los rumbos que sigue la Patria* y actuando apasionada, pero racionalmente, para beneficio del pueblo”. (Díaz Ordaz, citado en Aguilar, *op. cit.*, 1976, p. 131).

¿Por qué hacerlo? pues porque los jóvenes, como el resto de los ciudadanos, llevan a costas la deuda con la Revolución:

“*Los jóvenes* reciben cada día oportunidades de mejor preparación: son, pues, cada vez en mayor grado *deudores de la nación*, obligados a luchar por una causa grande, justa y pura: la causa de México”. (Díaz Ordaz, 1964).

En los treinta, la revolución empujaba en su discurso a que la juventud rompiera con los viejos esquemas, construyera una nueva identidad nacional. En los sesentas, la revolución los conmina a respetar el pasado histórico del que son deudores. Este cambio en el discurso es fundamental para entender el uso dado por el Estado a la idea de Identidad Nacional y sobre el volveremos más adelante.

En otro terreno, e imbricado en el entramado simbólico con que se sostiene el sentido común de la cultura popular, tenemos la exaltación de las “virtudes” de la pobreza, misma que desde el inicio el régimen de la revolución se propuso acabar y que, ante el magro resultado de dicho intento, no le queda más que verle “el lado amable”:

“Me llevo el calor de limpios corazones que no concibieron nunca la celada ni la perfidia; me llevo la augusta majestad de manos callosas que dieron aliento a mi mano. [...]Conviví con *las fuerzas más*

Identidad Nacional, poder y transformación.

elementales de México, las que dan sentido profundo a la Revolución y de los talleres, de los ejidos y de las chozas, salí herido profundamente de tanto que nos falta por hacer. Sepan esos hombres y mujeres humildes, cuánto y cuán hondamente he sentido el aliento que, con fortaleza, me dieron sin reservas. [...] *¡Los pobres se conforman con tan poco!*". (Díaz Ordaz, 1970, p. 89).

A pesar de algún ligero deslíz autocrítico, Díaz Ordaz, como encarnación del sistema político, consagra la ceguera de ese sistema a la múltiple, contradictoria y preocupante realidad del país, así como su inconvencible certeza de que no hay más rumbo que él mismo, entre otras cosas porque - bajo su propia óptica- el sistema es como es debido a que su origen está en la esencia misma del pueblo.

"Al pueblo de México, que es mi origen, que ha sido mi inspiración, mi guía y mi aliento, mi único señor y juez, con la conciencia tranquila, puedo decirle: misión cumplida. Sereno me someto a su juicio inapelable". (idem., p. 90).

Ese juicio inapelable, aunque fuera lentamente, se haría escuchar en los siguientes años, en los que se agudizó la crisis política del régimen y a ello se sumó un ciclo de crisis económicas recurrentes que fueron minando cada vez más la confianza de la sociedad en el gobierno. A su vez, como mencionan Aguilar y Meyer (*op. cit.*, 1989, pp. 239-241) en estos años el país vivió "una transición de orden histórico que reabre la pregunta sobre la duración y el destino del sistema político e institucional derivado del pacto social que conocemos como Revolución Mexicana. [...] El 2 de octubre de 1968 es la fecha de arranque de la nueva crisis de México, [la cual] fue sobre todo una crisis política, moral y psicológica, de convicciones y valores que sacudió los esquemas triunfales de la capa gobernante; fue el anuncio sangriento de que los tiempos habían cambiado sin que cambiaran las recetas para enfrentarlos".

El sexenio de Luis Echeverría (de 1970 a 1976) representó un intento del régimen por actualizarse ideológicamente, tratando de ganar una nueva legitimidad, un nuevo consenso. En ese sentido, el discurso presidencial se caracterizó por "las autocríticas, el discurso populista, la estimulación de la inconformidad y la crítica a las oligarquías engordadas en el pacto del desarrollo estabilizador" (*idem.*, 1989, p. 242). El populismo abierto de Echeverría siguió echando mano del discurso nacionalista ahora con el fin de recuperar la confianza en su gobierno y, para lograrlo, siguió abundando en el tema de la identidad nacional. En efecto, el candidato Echeverría sigue buscando esa esencia común a los mexicanos:

"Trato de encontrar en el pueblo de México qué es lo que nos une a todos los mexicanos: para deslindar, para hacer a un lado todo lo que nos pudiera desunir". (Echeverría, 1971, p. 253).

Nuevamente el énfasis en la unidad, pero esta vez con un ligero matiz en comparación con la época de Avila Camacho: un mayor énfasis en la identificación entre pueblo y gobierno.

"Pienso que *unidos el pueblo y el gobierno* podrán acometer, cada vez más, día tras día, la resolución de todas las cuestiones que afectan al país. Pienso que si los mexicanos nos lo proponemos y acrecentamos los vínculos y la confianza entre el pueblo y el gobierno, no faltará mucho para que no haya lugar en todos los confines de nuestra patria que carezca de los servicios elementales". (*idem.*, p. 254).

De hecho, el todavía candidato postula que la "renovación nacional" depende de la unidad entre pueblo y gobierno (lo cual ya entonces sonaba a "cambiar para que todo siga igual"); aunque la distancia entre el discurso y la realidad, y sobre todo la incredulidad de la sociedad, cada vez era mayor. Como sea, el gobierno insiste en que los enemigos están afuera, y a ello se debe quizá una

Identidad Nacional, poder y transformación.

constante obsesión en el discurso de Echeverría: la defensa de la autodeterminación y la soberanía -claro, en el discurso-.

“Las características de nuestro nacionalismo hunden sus raíces en el pasado de un pueblo que luchó por el derecho de ser dueño de su destino, que se ensangrentó por establecer la justicia social y que persigue su independencia económica”. (*idem.*, p. 551).

Otra constante será la exaltación de lo popular como esencia del patriotismo y la nacionalidad:

“El *verdadero patriotismo* es el respeto a la herencia popular y al pasado común, y en ese sentido son ustedes auténticamente mexicanos. Hemos señalado que la nación emerge de nuestra cultura histórica y el mexicano de origen, en cualquier lado en que se encuentre, atesora su tradición, mantiene vivas las costumbres de sus padres compartiendo así algo que es *la esencia misma de nuestro ser*, lo que nos identifica y nos distingue en el conjunto de los pueblos del planeta”. (*idem.*, p. 552).

Ahora bien, también se recurre a la psicologización del discurso, como se puede ver en el siguiente fragmento:

“Entre los esquemas mentales y las formas de conducta que nuestra sociedad debe ir superando para hacer frente a las demandas del desarrollo contemporáneo está, antes que nada, la de la desconfianza en nuestra propia capacidad para hacer y transformar; desgraciadamente, *algunos sectores de mexicanos conservan muchos de los resabios de nuestros antepasados indígenas siempre avasallados y oprimidos* y se ven con reticencia unos a otros, se recelan mutuamente. Esto dificulta el logro de la unidad que es indispensable para que México siga realizando la gran empresa de su progreso. [...] *Es preciso también que de esa identificación individual pasemos al terreno de la confianza colectiva, del*

creer firmemente en nuestra fuerza común que en otras épocas nos sirvió para imponernos a las adversidades". (Echeverría, 1970, p. 555).

Otro ejemplo:

"Ser mexicano no es mero accidente sino la *remodelación* de un carácter forjado a través de un vigoroso devenir histórico, cuya calidad la debemos adquirir con trabajo, honestidad y patriotismo". (Echeverría, *op. cit.*, 1971, p. 1357).

Echeverría resulta un buen alumno de Molina Enríquez y de Vasconcelos, pero sutilmente desliza la idea de que ese acto de fe y confianza debe ser canalizado hacia las instituciones para salvarlas, no para transformarlas. Otros ejemplos de mestizofilia:

"El *alma del mexicano es un alma mestiza*". (*idem.*, p. 558).

"Es preciso que consolidemos armónicamente las tendencias raciales y espirituales de que procedemos. *Hagamos la síntesis del alma mexicana*". (*idem.*, p. 558).

No nos confundamos, esa "síntesis del alma mexicana" no representa un llamado a la exploración de las diferencias culturales o de pensamiento al interior del país, puesto que dicha síntesis no podrá alejarse de la única matriz ideológica que le puede dar sentido:

"México tiene en los ideales de la Independencia, en la Reforma Liberal del siglo pasado y en todas las preocupaciones sociales en beneficio de la mayoría emanadas del movimiento de 1910, de 1913 y de la Constitución que nos rige, una aportación filosófica, puntos de vista ideológicos básicos, fundamentos trascendentales que de ninguna manera serán alterados". (*idem.*, p. 561).

Identidad Nacional, poder y transformación.

En efecto, el mejor recurso del régimen sigue siendo presentarse como heredero de las "luchas de nuestros padres":

"Hemos proclamado que hay una continuidad histórica en el pensamiento de la Independencia, de la Reforma y de la Revolución; hemos dicho que *desde Hidalgo, Morelos, Juárez y Ocampo, Madero, Villa, Zapata y Carranza, hasta ahora, hay una línea directriz que es la columna vertebral de México*". (*idem.*, p. 566).

Aunque Echeverría, palabras más, palabras menos, declara prácticamente que no hay país posible más allá del panteón de héroes nacionales –entre los que, parece ser, no puede faltar el presidente–, concede también al pueblo su parte en la historia:

"Invoco a todos los héroes patrios y a nuestros auténticos estadistas como ejemplo de sacrificio y paradigma de fortaleza. Pero rindo más alto homenaje al *héroe supremo de nuestra historia*, al protagonista de sus luchas y venero de sus esfuerzos: *al pueblo mexicano*". (*idem.*, p. 573).

Como hizo notar Cosío Villegas (1975), quizá lo más notable del discurso de Echeverría sea la cantidad, más allá de la calidad, su kilométrica e incansable producción. Por ello, no nos extenderemos más en sus constantes exaltaciones patrióticas (o patrioterías si se prefiere), su culto a los héroes y su énfasis en el sacrificio del pueblo, pero señalaremos que de ahí en adelante estas serán constantes discursivas que contrastarán de manera evidente con la política social y económica que el régimen llevaría a cabo en los siguientes años.

El sexenio de José López Portillo (de 1976 a 1982), representa la continuidad de la política echeverrista incluso en el lenguaje, que inicia con la grandilocuencia de los años del auge petrolero:

"Servir a mi Patria, a esta Patria nuestra, cuyos orígenes se funden en el mágico crisol de su confluencia, para escribir una de las más grandiosas páginas de la historia del mundo y que marca, por ello, un destino luminoso, al que accederemos por el cultivo de las esencias del planteo universal en el que fuimos concebidos. Ese es mi credo". (López Portillo, 1979, p. 57).

"Que México renazca en la modernidad". (idem., p. 61).

"Reafirmémonos como un pueblo que, en comunión de ideales, conjunción de principios, integración de contradicciones y unión de esfuerzos, está dispuesto a romper las inercias retrógradas, a redimir la validez universal de sus paradigmáticos orígenes, a reconocer con honestidad sus logros y sus fracasos; a exterminar los estigmas de incompetencia, corrupción y dejadez; para arribar, con optimismo, fundado en la razón, al umbral del siglo XXI, siendo lo mejor que podemos ser, como República Nacional, Democrática, Representativa y Revolucionaria". (idem., p. 63).

En contraste, al final del sexenio lo que predomina es la decepción lacrimógena y resentida por el nuevo fracaso económico de 1982, decepción de la modernidad y de las promesas que, curiosamente, echan mano del pasado: la nacionalización de la banca:

"Ya nos saquearon. México no se ha acabado. No nos volverán a saquear". (López Portillo, 1982, p. 70).

La angustiada crisis económica y de identidad que agobia el país es expresada en toda su terrible dimensión por el nuevo presidente:

“Vivimos una situación de emergencia. *No permitiremos que la Patria se nos deshaga entre las manos*”. (De la Madrid, citado en Aguilar y Meyer, *op. cit.*, 1989, p. 325).

Quizá más que nunca hasta ese momento, el régimen de la Revolución no había enfrentado una crisis de confianza y credibilidad tan profunda. Si a finales del sexenio de Díaz Ordaz la crisis era política, la inmensa crisis económica al iniciar los años ochenta hacía más que evidente la necesidad de transformar muchas cosas si el régimen quería sobrevivir. Este cambio tendría que afectar, por derivación, el discurso oficialista sobre la identidad nacional.

7. Crisis y transición (1982 ---)

Con la llegada al poder de Miguel de la Madrid Hurtado, el modelo en que estaba fundado el Estado Mexicano empezó a experimentar un viraje de 180 grados tanto en lo económico como en lo político, obligado por las tendencias internacionales y por la situación interna del país. Como señalan Aguilar y Meyer (1989), asciende al poder una nueva clase política cuya principal meta era la modernización económica. “Los supuestos y el sentido de futuro de esa nueva iniciativa contradecían flagrantemente los hábitos del modelo anterior. Las premisas del proyecto –resumidos como un propósito de cambio estructural- pueden resumirse en dos profundas sustituciones: la del modelo proteccionista de crecimiento *hacia adentro* por un modelo competitivo orientado *hacia fuera*; y la del Estado interventor, subsidiador, *keynesiano*, por un Estado meramente *rector*, superavitario y restringido en sus tareas básicas para estimular más que encabezar las energías y las iniciativas de la sociedad”. (op cit, p. 268).

Este viraje en la política económica se acentuó durante los siguientes sexenios, en un contexto de transformación de la concepción misma del Estado-nación que ha modificado no sólo el modelo económico sino el sistema político, la cultura y hasta el carácter de las instituciones sociales tradicionales. En efecto,

el país ha vivido en las últimas décadas un acelerado proceso de apertura hacia lo exterior, obligado a ello no sólo por los cambios en las tendencias internacionales de desarrollo capitalista, sino también por las nuevas tecnologías de información y los medios de comunicación que han incrementado los intercambios informativos bajo el contexto de la globalización económica y la mundialización de la cultura, diversificando de manera explosiva el número de influencias culturales que operan en la formación del comportamiento individual y social.

Ahora bien, el régimen no había logrado liquidar las profundas diferencias y desigualdades al interior de la sociedad mexicana, además de que los pactos sociales que el Estado Revolucionario había tejido con obreros, campesinos, intelectuales y empresarios, progresivamente fueron perdiendo vigencia y significado. Los costos de esta transformación del modelo de país fue devastador sobre todo para los sectores mayoritarios de la población, es decir, los sectores pobres y medios del país. La modernización permitió que a nivel macroeconómico el país lograra desarrollar indicadores económicos exitosos, pero a costa de una profundización de la brecha entre ricos y pobres y un decaimiento general en las condiciones de vida de la mayor parte de la población.

La apertura, aunada a la crisis económica, política y de credibilidad del régimen gobernante, así como a la creciente situación de desigualdad y pobreza, permitió que la oposición política y la sociedad civil se manifestaran cada vez con mayor fuerza, impulsando así el surgimiento de discursos y proyectos de nación alternativos. El proceso de cambio social dejó la puerta abierta para que los grupos minoritarios que durante casi todo el siglo habían sido amalgamados bajo el adjetivo de "mexicanos", empezaran a diferenciarse entre sí, a adquirir relevancia social y a expresarse abiertamente. Como señala Bartra (*op. cit.*, 1988, p. 107), "la crisis de 1982 abre una época que se caracteriza por la rápida extensión de un nuevo fenómeno: la necesidad de una salida democrática aparece en todos los estratos de la sociedad política y en sectores

Identidad Nacional, poder y transformación.

cada vez más amplios de la sociedad civil". En este contexto, el discurso nacionalista no desapareció a pesar del desdibujamiento de las identidades nacionales en el marco de la integración económica y cultural, así como del resurgimiento de los regionalismos; por el contrario, si bien en sus formas simbólicas y discursivas oficiales perdió vigencia para un creciente sector de la sociedad, se mantuvo presente para dar legitimidad al proyecto de modernización de la cúpulas en el poder. En efecto, la política de modernización "se trata de un reconocimiento implícito de que las estructuras de poder están rezagadas con respecto a las exigencias de la sociedad moderna; en consecuencia, se dice, es preciso modernizarlas para que los aparatos de Estado vuelvan a su tradicional eficiencia y funcionalidad. [...]La modernización es, en realidad, una propuesta de refuncionalización" (*idem.*, p. 106), o, en otras palabras, un intento de restauración del régimen.

Bartra (*idem.*, p. 112) también resume la paradoja entre el discurso y la acción del proyecto de modernización mexicano: "Desde luego que la tecnocracia política, en el *discurso*, no ha renunciado a los postulados del nacionalismo revolucionario. Pero si descorremos las cortinas de la demagogia y nos asomamos para observar lo que hace la tecnocracia, es fácil advertir que el nacionalismo revolucionario ya no es su fuente de inspiración". La identidad nacional seguirá entonces siendo una de las piedras de toque para pugnar por la unidad política a que aspiraba el régimen para subsistir, con la novedad de que también la oposición tomará esa bandera para argumentar contra la tecnocracia, acusándola de atentar contra dicha identidad.

Así por ejemplo, al llegar a la presidencia seriamente impugnado y con un triunfo poco convincente, Carlos Salinas apela nuevamente al patriotismo, a la Revolución y a las instituciones, a la vez que plantea la necesidad de transformar la estructura del Estado y su papel en los diversos ámbitos de la vida nacional. El discurso de toma de posesión de Salinas refleja claramente la contradicción que vive el sistema político en ese momento. En primer lugar, al

referirse al pasado, Salinas insiste en subrayar la identificación Historia-Nación-Estado-Pueblo:

“Sobre la solidez de las instituciones de la República, la Presidencia fincará la conducción del país. *Defenderé siempre con lealtad y patriotismo los intereses supremos de la nación.* Gobernaré para todos los mexicanos. Serviré a mis compatriotas, a todos, sin distinción ni preferencia. Seré prudente para nunca arriesgar el destino del país. Seré decidido para hacer avanzar el bienestar del pueblo y seré firme para hacer valer el orden institucional”. (Salinas, 1988, p. 7).

“Gobernaré la *República con apego indeclinable a los principios y al proyecto de la Revolución. Me apoyaré en el gran acervo cultural y político que los mexicanos, juntos, hemos construido.* Lo haré inspirado en nuestra grandeza histórica, seguro del vigor nacional, orgulloso de nuestra extraordinaria entereza”. (*idem.*, pp. 7-8).

“La Independencia, la Reforma y la Revolución expresan la determinación del pueblo para darse a sí mismo un destino original, instituciones y organizaciones propias”. (op cit, p. 8).

Pero en un segundo momento del discurso, al referirse al presente, señala la necesidad de cambio de rumbo sin plantear abiertamente una ruptura con el pasado:

“La modernización de México es también inevitable; alentará y conducirá el esfuerzo de modernización nacional que respetará nuestras tradiciones y *la identidad diversa y múltiple que une a los mexicanos*”. (*idem.*, pp. 9-10).

Sobre la identidad nacional, al respecto de lo cual empiezan a mostrarse señas de un reconocimiento de la pluralidad, podemos seguir encontrando citas como éstas:

"Nuestras creencias, nuestras costumbres, nuestro lenguaje, todo lo que ha ido conformando a México a través de los siglos constituye una reserva infinita de fortaleza y reciedumbre. [...]La nación es una comunidad que comparte un pasado y un futuro, es decir, una historia, una cultura y valores esenciales a su tradición, y un proyecto histórico que une a las voluntades dispersas en una tarea común. Pacto entre el pasado y el futuro, la nación es la memoria de lo que hemos sido y la afirmación de lo que habremos de ser". (idem., pp. 28-29).

Entre líneas, el mensaje de fondo parece ser que el régimen gobernante sigue siendo la representación de ese pacto y la garantía del tránsito al futuro. Además, el presidente parece orientar a la audiencia hacia todos lados menos hacia el tiempo presente, el terreno dónde es más problemático encarar al país. El presente no es sino el peldaño transitorio que nos llevará al glorioso porvenir:

"México vive erguido y firme porque tiene ante sí la victoria; tengo fe en los mexicanos; presidiré su esfuerzo, defenderé su dignidad, alentaré su emoción. Constituimos una gran nación; mostrémosla con orgullo ante el mundo" (idem., pp. 28-30).

También en los años posteriores se seguirá manifestando la tensión, cada vez más difícil de resolver, entre nacionalismo y modernidad. Este conflicto se refleja en el discurso presidencial:

"México es también una nación con densidad histórica, formada por civilizaciones que midieron su vida en siglos. [...]El nacionalismo mexicano tiene hoy nuevas vías. La soberanía ya no es algo rígido, su

esencia, la justicia social, requiere de la dinámica económica. Dada la creciente globalización de las relaciones comerciales del mundo, es indispensable una vinculación a los grandes centros económicos. *Sin la interrelación el riesgo es mayor: la desintegración*". (Salinas, 1990, pp. 126-127).

Por otra parte, existe otra constante del discurso presidencial que tampoco se ha perdido: la psicologización como recurso retórico.

"El mexicano es un pueblo con carácter, con muchísima vitalidad. Por eso no hay reto que lo amedrente ni circunstancia que lo derrote". (idem., p. 127).

Salinas, en su último informe de gobierno, analizando su sexenio en retrospectiva, bautiza a su proyecto como "*La Reforma de la Modernización nacionalista y popular*" (Salinas, 1994, p. 370), lo cual es el mejor título para expresar ese conflicto cada vez más difícil de sostener entre el proyecto modernizador y la forma de operar tradicional del Estado Mexicano²⁵.

Existe otra característica del discurso presidencial que Salinas no abandonó sino que por el contrario profundizó, como lo haría también su sucesor: identificar a la oposición del régimen como oposición a México y los mexicanos, además de dividir al "rebaño" en buenos y malos. Así, en 1994, un año fundamental que sacó a la luz la profunda descomposición al interior del régimen, Salinas declara:

"En los últimos meses observamos un surgimiento notable de los sentimientos cívicos del pueblo, que mostró nueva vitalidad y fortaleza frente a la adversidad. A pesar de comentarios y rumores adversos, superando la descalificación anticipada de su voto, *los mexicanos*

²⁵ Incluso la firma del Tratado de libre Comercio para América del Norte -TLCAN- es enumerada como uno de los logros de dicha reforma "nacionalista y popular".

Identidad Nacional, poder y transformación.

mostraron valor y serenidad, balance de espíritu y confianza en sus instituciones. [...] A quienes pensaban que el país era incapaz de una participación cívica libre, por su larga tradición de clientelismos y corporativismo, la elección de agosto [de 1994] les probó que existe un México profundamente cívico en las zonas populares y rurales, en los barrios, en las colonias, a lo largo de toda la nación. [...] El llamado México bronco fue este año expresión de unos cuantos". (idem., p. 376-377).

En pocas palabras, el patriotismo de los mexicanos se demostró nuevamente porque volvieron a depositar su confianza (al menos así lo ve el régimen) en el instituto político que representa la unidad del país y la conservación de la paz social: el PRI.

El sexenio de Ernesto Zedillo (de 1994 a 2000) representó el ocaso del régimen emanado de la Revolución Mexicana, debido a un proceso histórico de desgaste en la credibilidad del gobierno, debido a una nueva crisis económica que cuestionó los pretendidos logros del proyecto tecnocrático de modernización, pero sobre todo debido a que la sociedad política sufrió una transformación decisiva y a que un amplio sector de la sociedad civil se decidió a probar nuevas vías para el país.

El discurso nacionalista del gobierno se vació completamente de significado al ser notoria su enorme distancia con la actuación concreta de la tecnocracia, la creciente dependencia económica y cultural del país con relación al extranjero - particularmente a los Estados Unidos de Norteamérica (EE.UU.)- y el uso retórico y demagógico para el que se destinó. Van algunos ejemplos:

"La soberanía es el valor más importante de nuestra nacionalidad; su defensa y su fortalecimiento son el primer objetivo del Estado mexicano. La soberanía consiste en asegurar la capacidad de los mexicanos para tomar libremente decisiones políticas en el interior, con independencia

del exterior al que se subordine. Por eso, *la soberanía no reconoce en el país poder superior al del Estado ni poder exterior al que se subordine*". (Presidencia de la República, 1995, p. 1).

Una noción de nacionalismo con sabor a definición de libro de texto:

"El nacionalismo mexicano es el conjunto de valores, sentimientos y aspiraciones que caracterizan y definen a un pueblo en el concierto de las naciones. [...] Nuestro nacionalismo es la confianza y la fe que tenemos en nosotros mismos, el amor por lo nuestro. Nuestro nacionalismo es fuente de fortaleza ante la adversidad. [...] En nuestro nacionalismo no caben antagonismos irreconciliables ni la idea de desintegración de nuestro territorio". (*idem.*, p. 1).

Un aspecto importante relativo al discurso sobre la identidad nacional en el sexenio de Zedillo, que aun sigue creando polémica y debate, es el conflicto en torno a los acuerdos de San Andrés Larrainzar entre el Gobierno Federal y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), particularmente en lo tocante al reconocimiento de la diversidad cultural y étnica del país y en lo tocante a la soberanía del Estado. En relación a este tema, encontramos por lo menos tres diferentes líneas discursivas que el discurso presidencial utiliza dependiendo de las circunstancias.

En primer lugar, ante las grandes audiencias –en términos de escuchas potenciales– y ante el Congreso de la Unión, el presidente reconoce la necesidad de transformar la relación entre Estado, sociedad y pueblos indígenas, como se aprecia en las siguientes citas:

"Debemos proponernos iniciativas claras e inmediatas para construir un nuevo federalismo que fortalezca la democracia, que nutra la unidad de la nación con nuestra diversidad y que impulse un desarrollo más equilibrado y más justo". (Zedillo, 1995, p. 55).

“Es tiempo de redefinir una nueva relación entre el Estado mexicano y las comunidades indígenas”. (*idem.*, p. 57).

Al presentar al congreso de la unión su iniciativa de reformas constitucionales en materia de derechos indígenas, el presidente insiste en:

“La construcción de un pacto social integrador de una *nueva relación* entre los pueblos indígenas, la sociedad y el Estado”. (Zedillo, 1998, p. 3).

En ciertos momentos, se nota inclusive una distancia enorme con algunos de sus predecesores –cosa que de cierta forma ya se había empezado a presentar en el discurso salinista–, los cuales tenían una visión monolítica de la sociedad y la cultura mexicanas. Un ejemplo:

“Debemos ser *absolutamente respetuosos de la pluralidad y diversidad, porque es precisamente a partir de ese respeto que estamos construyendo la unidad.* [...]La *unidad* es necesaria para que hagamos de México esa gran nación que todos queremos”. (Zedillo, 1998a, p. 1).

Una segunda línea de discurso, que ya se aprecia también en la cita anterior, consiste en la reiteración de los llamados a la unidad de “todos los mexicanos” en torno a la nación (la cual es preferible si es en torno al gobierno), bajo los principios doctrinarios que dieron origen al régimen revolucionario. En ese sentido, el reconocimiento de la pluralidad y diversidad no impide al gobierno asumir que su papel, como brazo ejecutor del Estado, es marcar los tiempos y modos en que las diversas culturas y visiones del país deben dialogar:

“Nuestra Constitución registra y sintetiza las luchas que los mexicanos hemos librado para construir nuestra nación y los principios fundamentales que nos definen y nos unen. Su práctica es perfectible, ya sea para corregir insuficiencias y rezagos, o para adaptarnos a

nuevas circunstancias, pero su permanencia es incuestionable". (Zedillo, *op. cit.*, 1998, p. 1).

Al parecer, el "nuevo federalismo" y el "nuevo pacto social", no son considerados por el presidente como posibles si no se dan respetando los principios constitucionales en los que se funda un cierto tipo de conformación del Estado (como quien dice, acomodar los ingredientes de otra manera, pero en el mismo molde); el régimen al hablar de unidad parece más bien estar realizando un último esfuerzo por conservar la unidad política en torno suyo. Inclusive se reitera, en el afán de no crear "fueros" especiales, el principio igualitario del liberalismo decimonónico que, como ya se mencionaba anteriormente, en su empeño por considerar a todos los ciudadanos como iguales, olvidaba las genuinas diferencias existentes entre los distintos grupos sociales:

"La iniciativa que someto a consideración de esta Soberanía, *preserva sin ambigüedades la soberanía y la unidad nacionales, en la que creemos todos* y que también demandan lo pueblos indígenas. [...] Parte del principio jurídico fundamental de la *igualdad de todos los mexicanos ante la ley* y los órganos jurisdiccionales, y no creación de fueros especiales en privilegios de persona alguna, respetando el principio de que la nación mexicana tiene una composición pluricultural sustentada originalmente en sus pueblos indígenas". (*idem.*, p. 3).

Otros llamados a la unidad.

"Es más, mucho más, lo que nos une como mexicanos, que lo que nos separa. Es mucho más lo que nos identifica y lo que nos acerca, que lo que puede dividirnos y distanciarnos". (Zedillo, 1998b, p. 1).

"La nuestra es una gran Nación. Nada ni nadie debe dividirla. Nada ni nadie debe poner en riesgo su soberanía ni la integridad de su territorio.

Nada ni nadie debe socavar el orgullo que cada mexicano siente de ser eso: de ser ante todo, mexicano". (idem., p. 6).

La tercera línea discursiva, que encontramos principalmente cuando el presidente habla de las fuerzas opositoras, va del respeto a la divergencia hasta la condena y la descalificación cuando estas fuerzas no coinciden o no aceptan su particular visión de las cosas, incluso podemos ver algunas pequeñas reminiscencias de nacionalismo xenofóbico. Veamos ejemplos de estas variadas actitudes presidenciales:

"Quiero decirles a ellos que no son enemigos del gobierno [...] *ellos son mexicanos igual que nosotros* [...] pero hay que decirles que los problemas no se resuelven con la violencia". (Zedillo, *op. cit.*, 1998a, p. 1).

"No se puede aceptar que esgrimiendo una causa que es justa, la de solucionar la pobreza y el abandono, se acuda a la amenaza de las armas, que es la violencia". (Zedillo, *op. cit.*, 1998b, p. 1).

"Quienes por razones de estrategia, de propaganda o de sus intereses políticos, están faltando a la verdad, saben bien que en estos tres años, el Gobierno Federal no ha utilizado su fuerza en Chiapas a pesar de las provocaciones, las falsedades y las amenazas". (*idem.*, p. 2).

"El Gobierno Federal tampoco está de acuerdo con quienes desean, buscan, motivan, invocan o facilitan la injerencia externa para hacer lo que los mexicanos podemos lograr". (*idem.*, p. 3).

"Demando a los *teólogos de la violencia* que rectifiquen, que entiendan que ese no es el camino, que no hay ninguna causa humana, ni religiosa, ni política que justifique la violencia. [...] Convoco a quienes han puesto

su parte, su mala parte, en la creación de este problema para que rectifiquen". (Zedillo, 1998c, p. 1).

El presidente, durante todos los conflictos políticos que enfrentó su administración, manifestó una marcada tendencia a llamar a la unidad de los mexicanos para enfrentar a los "violentos", a los "intolerantes" y demás "malosos". En el caso del conflicto que desató la huelga en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en 1999, Zedillo también hace llamados a la unidad y enfatiza que el daño no es solo para la Universidad, sino "para todo México". El llamado a la unidad también se presenta durante las constantes catástrofes naturales que se presentan en varios estados. Lo que es notorio es que el uso de los términos como *soberanía*, *identidad*, *unidad* y demás nociones comunes al discurso nacionalista, fueron cada vez más raras de encontrar al hablar de economía, de prestación de servicios (más allá de la incesante y clásica retórica relativa al "esfuerzo de todos los mexicanos") y de la reorientación de las políticas públicas. Aunque no nos queda muy claro a qué se refiere, el presidente aduce la "defensa de la soberanía" del país para fundamentar las propuestas de apertura en el sector eléctrico y la petroquímica básica. Incluso, en los variados acuerdos de comercio que firma con Europa y otros países, Zedillo no deja de subrayar la importancia de esas acciones fortalecen dicha soberanía.

En resumen, parece claro que en el último gobierno del que todavía se hacía llamar régimen revolucionario²⁶ y como resultado de un proceso iniciado por lo menos desde inicios de la década de los ochenta en el siglo XX, el discurso nacionalista, en sus distintos usos y matices, ya no fue el eje articulador del proyecto de país de la élite en el poder, pero no ha podido ser abandonado puesto que, aún ahora, ha sido un elemento importante para tratar de

²⁶ La mayor parte de los historiadores coincide en señalar que, aún con cambios de rumbo, renovaciones y migraciones en el modelo económico, se puede hablar de un "Régimen de la Revolución Mexicana", que, a través de su brazo institucional –el PRI–, se mantuvo en el poder desde fines de los años veinte hasta finales del siglo XX.

Identidad Nacional, poder y transformación.

conservar cierta legitimidad ante la sociedad civil y, a la vez, para atacar y descalificar a los que se oponen al *status quo*.

Pero esta vez, debido a la enorme distancia que con el tiempo se fue creando entre gobierno y sociedad, debido a la descomposición de los pactos e instituciones que daban sentido a las relaciones políticas dentro del Estado, debido a la transformación del orden internacional y, sobre todo, debido a la transformación de un buen sector de la sociedad –sobre todo en las esferas urbanas-, así como a un cambio en los paradigmas culturales que venía madurando desde los años setenta, el nacionalismo discursivo no salvó al régimen.

CAPÍTULO TERCERO.

DISECCIÓN: Análisis y de-construcción

“El siglo XX marcó a la cultura mexicana bajo el signo de una pregunta: ¿Qué es ser mexicano? Samuel Ramos respondió que una esencia. Octavio Paz afirmó que una historia, una historia de negaciones, más precisamente. Usigli, el dramaturgo, pareció terciar: ni historia ni esencia, sino ficción: *somos la identidad que fundan los personajes de la catarsis nacional*”.

Luis De Tavira.

En el capítulo anterior se expuso un marco histórico de referencia para contextualizar el surgimiento del discurso nacionalista mexicano en el siglo XX, el cual representa la matriz discursiva desde la cual el sistema político mexicano, representado simbólicamente por la figura presidencial, ha construido una serie de nociones sobre la identidad nacional. Además, en la segunda parte de dicho capítulo, se presentó una selección de citas de discursos presidenciales relativos al tema.

Partiendo de este material y haciendo referencia a los lineamientos para llevar a cabo el análisis del discurso basados en la propuesta neofoucaultiana de Parker (*op. cit.*, 1996), podemos afirmar que en el capítulo anterior se cumplió con el primer paso planteado por el autor: poner el discurso en lenguaje escrito, identificando los textos significativos para abarcar el espectro discursivo de interés. A partir de esto, se continuará el análisis en dos fases:

- Caracterización del discurso objeto del análisis. En esta fase se hará una disección de los elementos principales que nos permitan entender el sentido del discurso.
- Contextualización histórica y social. Una vez caracterizado el discurso, en esta fase se ahondará en las condiciones que permiten el surgimiento del mismo, así como su reproducción y continuidad, para llegar finalmente a una interpretación global desde el marco teórico propuesto en el primer capítulo.

Este análisis descansa en una interpretación muy particular del material reseñado, cuya elección inclusive está orientada por el punto de observación desde el cual abordamos el fenómeno en cuestión -como señala Del Val (1999, p. 328), la observación está determinada por el "balcón" desde el cual nos asomamos-; en este sentido, constituye tan solo una manera de aproximarse a nuestro objeto de estudio

I. CARACTERIZACIÓN DEL DISCURSO

1. Los objetos del discurso

¿Cuáles son los aspectos del mundo resaltados y delineados por las prácticas discursivas del nacionalismo mexicano?, ¿Qué clase de mundo presuponen? ¿En que manera se relacionan para conformar la figura discursiva que en sí misma representa la Identidad Nacional?. Para responder a estas preguntas primero debemos detallar los objetos o temas a que el texto hace referencia.

Los fragmentos de discursos presidenciales sobre la identidad nacional, citados en el capítulo anterior, nos permiten ubicar algunas categorías constantes de objetos discursivos:

- i. Objetos que tienen que ver con el tiempo real y mitológico: El Pasado, La Historia, El Futuro, El Porvenir.
- ii. Objetos que tienen que ver con el espacio real y simbólico del país, así como con sus límites: La Patria, El Territorio Nacional, El Mundo, Latinoamérica.
- iii. Objetos que tienen que ver con valores, instituciones y otras instancias culturales: Tradición, Soberanía, Independencia, Unidad, Paz y Estabilidad, Modernidad, la Revolución.

i. Objetos discursivos temporales.

En el discurso presidencial, el tiempo es uno de los ejes principales sobre los que se articula la identidad nacional mexicana. Desde Alvaro Obregón a Ernesto Zedillo, una constante discursiva es la continuidad progresiva con que la historia escribe el destino del país, de tal manera que todos los sucesos del pasado conducen necesariamente –incluso inevitablemente– al presente, el cual no es sino un paso transitorio hacia el logro del futuro que el país tiene predestinado. El tiempo, en resumen, es visto como el desenvolvimiento continuo de la voluntad histórica de la Nación de ser ella misma.

En este transcurso temporal en que se construye la identidad de la Nación, podemos observar dos dimensiones que se entrecruzan: por un lado el carácter real o mitológico con que se habla del tiempo y, por otro lado, la valoración positiva o negativa del mismo.

En relación a la primera dimensión, es interesante, para los fines de esta investigación, observar el tratamiento discursivo dado a los distintos tiempos cronológicos. Empecemos por *El Pasado*, que mientras sea más lejano, se tiende más a su mitificación; por el contrario, el pasado inmediato es mencionado en términos más “terrenales”. Un ejemplo de lo primero son las constantes referencias a la visión del México prehispánico como el *paraíso perdido*, o a las *gestas heroicas* de los próceres de la patria, a la defensa de la

Identidad Nacional, poder y transformación.

patria durante las intervenciones extranjeras, etcétera. Si los primeros presidentes revolucionarios, al referirse al conflicto armado que apenas va terminando, lo hacen como un proyecto del cual forman parte y tiene objetivos de reforma social concretos, los presidentes posteriores a Lázaro Cárdenas incluyen la Revolución dentro de las mitologías históricas del país, considerándola como el momento fundador no del nuevo régimen, sino de un "nuevo México", momento que culmina y realiza el proceso iniciado con la Independencia y continuado por la Reforma: la creación de la Nación.

Ahora bien, el pasado también tiene sus etapas "negras", que se recuerdan tan sólo para aclarar lo que no debe volver a ocurrir, los momentos en que se interrumpió el proceso cronológico de construcción nacional; estamos hablando de etapas tales como la conquista, la colonia, la intervención extranjera, el porfiriato, todas ellas terreno temporal de la "reacción". Las etapas más recientes consideradas por el discurso presidencial como negativas, muchas veces caen en el terreno del silencio o la indiferencia (como es el caso de la guerra cristera).

~~Por otra parte tenemos *El Futuro*, que si en el corto plazo representa los escollos que todavía hay que salvar, en el largo plazo es -casi invariablemente- el "glorioso porvenir de la Patria" (futuro que, por cierto, cada crisis sexenal es pospuesto). De la misma forma que en el discurso hay un pasado negativo, también hay un futuro negativo, el futuro que llegaría de triunfar aquellos que aspiran a llevar al país por caminos ajenos a su voluntad histórica, el escenario de la debacle y el caos representados por el acceso al poder de los enemigos del régimen (entiéndase los enemigos de México).~~

Si atendemos a la evolución de esta dimensión temporal en el discurso presidencial, podemos observar que en los primeros años el énfasis está puesto en el futuro, en el porvenir que la Revolución permitirá alcanzar; en cambio, desde los años cuarenta el discurso se va desplazando cada vez más al terreno del pasado, como legado histórico del que el presente es depositario,

acumulación de logros y resultados. En los últimos años, ante la crisis terminal del régimen, la valoración del pasado inmediato ha ido cambiando de forma radical. Los gobiernos que han sido llamados neoliberales, en virtud de que la década de los setenta y la década de los ochenta no les significa un buen asidero para ganar legitimidad, han optado por hablar más de las condiciones del presente, del futuro o en todo caso del pasado pre-revolucionario²⁷.

En conclusión, se puede apreciar, en términos generales, una práctica discursiva consistente en encuadrar la historia en dos polos: el tiempo de México y el tiempo del anti-México, las horas de gloria y las horas de angustia del país, el futuro promisorio y el negro destino a combatir. En ese sentido, hay una apelación a los ciudadanos para que, encuadrando su propia historia dentro de la historia nacional, se conviertan en copartícipes de la tarea de preservar el legado del "verdadero" México.

ii. Objetos discursivos espaciales:

Este transcurrir temporal de la historia tiene un escenario donde se despliega y realiza. Observaremos que, al igual que en el caso de los objetos discursivos temporales, ese escenario se configura por la amalgama de elementos de carácter concreto y elementos simbólicos mitificados. De la misma manera, estos elementos se distribuyen bajo una dialéctica cuyos polos son *el adentro* - lo que es propio, cercano, seguro- y *el afuera* -lo ajeno, lejano, extraño y amenazante-.

El elemento espacial concreto más relevante en el discurso presidencial sobre la identidad nacional es sin lugar a dudas el *Territorio Nacional*: el cuerpo que constituye la Nación, le da forma y define sus límites. En relación con el

²⁷ Incluso, con la llegada al poder de la oposición política representada por el Partido Acción Nacional (PAN), los años posrevolucionarios gobernados por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) -en sus tres versiones- pasan a formar parte de otra etapa negativa en la historia.

Identidad Nacional, poder y transformación.

territorio, podemos encontrar un cruzamiento entre la línea temporal y espacial del discurso; la defensa de su integridad constituye una de las tareas más arduas a las que la Nación se ha enfrentado en el pasado y el régimen en el poder, en tanto heredero de las luchas del pasado, es el garante de continuar con esa defensa; el Territorio también es el tema que aglomera a distintos símbolos fundamentales de la nacionalidad tales como el Himno Nacional, la Bandera o El Escudo Nacional.

La frontera, a la manera de una piel, marca el límite entre lo que es México y lo que no es México -desde el punto de vista espacial-; fuera de ese límite un mexicano no podrá sentirse completo, le faltará el sustento de la tierra que le vio nacer²⁸.

Ahora bien, existe una segunda "piel" que no coincide exactamente con los límites geográficos del país, pero que tiene mayor relevancia para la identidad nacional: la Patria. Ramírez (1999), define la noción de patria y su relación con la Nación de la siguiente manera: "Si bien es cierto que la Nación se puede reconocer o describir por su historia, sus orígenes, su cultura, su lengua, sus instituciones, también es cierto que estas descripciones no dan cuenta de su aspecto subjetivo: la patria. Es en la patria donde se reconocen olores, sabores, colores o texturas específicas; es en la patria, y no en la Nación, donde se depositan todos los anhelos. La noción de patria tiene una primera acepción ligada a la tierra de los antepasados, el lugar donde se ha nacido" (*idem.*, pp. 310-311). La autora señala que la noción de patria tiene una relación profunda con la imagen tradicional de la familia al mencionar que "en su personificación común de madre, se le transfieren sentimientos

²⁸ Este es uno de los temas en que sin duda el nacionalismo mexicano más se ha apoyado en el cine y la música populares ("México lindo y querido, si muero lejos de ti...", por solo poner un ejemplo).

característicos del amor filial: lealtad, disposición a morir y a trabajar por ella e incluso amarla incondicionalmente" (*idem.*, p. 311)²⁹.

En relación con la dimensión espacio-simbólica a que nos hemos referido, la misma autora señala que "la patria es lo conocido, lo inmediato pero intangible; por ello hay que dotarla de corporeidad para volverla perceptible y hacer que encarnen los referentes que contribuyen a formar el sentimiento de pertenencia tan necesario en el momento de construir las identidades individuales y colectivas; de ahí las constantes referencias a los ríos, las montañas, el cielo, las ciudades, los campos, a una geografía nacional" (*idem.*, p. 311). Por otra parte, la educación impartida por el Estado se ha encargado de interiorizar en los ciudadanos, con desigual fortuna, los sentimientos patrios que el mismo discurso sobre la identidad nacional ha exaltado a lo largo de toda la historia moderna del país. Pero la patria, como mencionábamos, tiene límites muy difusos. A diferencia del territorio, la patria acompaña a los migrantes que abandonan el país y en muchos casos sus contornos, más que corresponder a la Nación en su conjunto, corresponden a la *patria chica* entrañable para el sujeto.

De esta forma, podemos observar otra constante discursiva cuyo papel consiste en la identificación del Estado con la Patria y con la defensa del territorio nacional, buscando lograr una legitimación subjetiva a partir de la reiteración del sentido de pertenencia de los individuos con relación al espacio real y simbólico del país.

iii. Objetos discursivos axiológicos.

Gradualmente y a medida que el régimen revolucionario se volvía más añejo, se fue haciendo, en el discurso, de una serie de valores éticos que, al igual que

²⁹ De ahí, quizá, que Bartra (op. cit., 1987, p. 125) prefiera el término *matria*.

Identidad Nacional, poder y transformación.

la Patria, representaban el legado de la historia del país y permitían la cohesión del territorio y la sociedad mexicanos³⁰.

En una misma serie se alinean los valores de soberanía, independencia y libertad, los cuales son reiterados en el discurso como signos de que México ha alcanzado su madurez política y un lugar entre las demás naciones. Como un adolescente que llega a la edad adulta, el país ha ganado para sí el derecho a su *autodeterminación*, pero el que la ha ganado es el país, no los ciudadanos³¹. A la manera de Porfirio Díaz en la entrevista con el periodista estadounidense Creelman, el régimen se autopostula como el tutor que garantiza que la sociedad haga buen uso de estos derechos, ganados tras años de guerras y de conflictos.

Otra serie de valores resaltados por el discurso nacionalista está conformada por términos como Paz, Estabilidad o Tradición. Esta serie discursiva *unificadora*, con los años, va ganando terreno por sobre la serie de la autodeterminación. De hecho, conforme el régimen va entrando en franca crisis durante los años noventa, recurre al recurso de presentarse nuevamente como el garante de la paz y la estabilidad del país, al contrario de sus enemigos, a los cuales pinta no como enemigos de la opción política que encarna, sino como enemigos de la Patria, quienes buscan hundirla en el caos y la violencia.

La familia representa un punto y aparte en el catálogo de los valores nacionales. Vista como reducto inquebrantable de la patria, será llamada a formar a *los buenos mexicanos* que construirán generación tras generación el porvenir de la Nación, la cual es vista en sí misma como una gran familia en la

30 Lamentablemente esos valores se exaltaron solo en el discurso y no en la práctica.

31 La ventaja del uso de términos abstractos, para el aparato político, es directamente proporcional a la falta de compromiso concreto que permiten.

cual cada quien tiene que cumplir su papel³². Estos valores construyen la cultura nacional y le dan a todo lo que toca ese rasgo "típicamente mexicano", que por cierto *todos* los mexicanos comparten; en ese sentido son muchas las afirmaciones del tipo: "*todos* los mexicanos queremos la paz y la unidad" o bien "a *todos* los mexicanos nos gusta vivir en armonía y tranquilidad".

2. Estilo del habla en el discurso.

En el primer capítulo se hizo referencia a la definición dada por Shotter al concepto de *Habla* (*op. cit.*, 1989), refiriéndose a ella como el conjunto de "aquellas formas de dirigirnos unos a otros, y la manera en que esas formas consiguen poseer su fuerza retórica". La función del habla no es la de representar al mundo sino la de "coordinar las diversas acciones sociales", dicho en otras palabras, "crear, mantener, reproducir y transformar ciertas formas de relaciones sociales" (*idem.*, p. 144).

También se mencionó que el habla está implícita en el proceso de construcción de lo social a través de lo que el autor llama "acción conjunta": dado que las personas tienen que coordinar sus actos con los demás, lo que pretenden y lo que producen suelen ser cosas diferentes. El resultado de la acción conjunta es un "escenario organizacional" en el seno del cual los participantes pueden dirigir sus actos dentro del marco de relaciones y normas acordadas. Lo que sucede dentro de estos escenarios posee un *sentido de realidad*, en virtud de tener la cualidad de los hechos que simplemente ocurren.

El autor considera que estas realidades sociales son puramente imaginarias, en el sentido de que existen sólo en el contexto de los procesos que se producen entre las personas; su supuesta realidad les es otorgada por nuestra forma de hablar. La reificación se empieza a verificar en el momento en que se generan

³² Al respecto de la relación entre Identidad Nacional e Identidad de Género, así como el papel que en ella juega la familia, se puede consultar el estudio de Serret (*op. cit.*, 1999), donde estos temas se abordan más extensamente.

sistemas explicativos acompañados de una carga imaginaria poderosa, "que transforman lo que hasta en ese momento era un proceso creativo en un sistema causal" (*idem.*, p. 152).

Si analizamos en estos términos el discurso presidencial sobre la Identidad Nacional, vemos que el tipo de acción conjunta que busca generar en todos los niveles sociales, es una coordinación de las fuerzas colectivas bajo la supervisión del Estado. Para ello, dota a su discurso de una serie de recursos retóricos que tratan en todo momento de presentar al Estado como el único escenario organizacional válido para que se despliegue la relación subjetiva entre individuo y Patria -con su historia, su territorio y sus valores incluidos-.

De esta forma, el discurso satura la mente del oyente con símbolos e imágenes de un pasado heroico, con sueños de porvenir exitoso, con enemigos y conspiradores, invasores, patriotas, traidores, ejemplos a seguir, símbolos patrios, colores, sabores, olores y una estética "típicamente" mexicanos. Los estereotipos del *indio*, el *pelado*, el *naco*, la *madre abnegada*, y otros, son otras tantas imágenes que adquieren su individualidad no sólo en el discurso, sino en las ceremonias escolares, los relatos tradicionales, el cine, la televisión³³ y demás escenarios donde se presenta "lo nuestro". Por otra parte, las metáforas semireligiosas y familiares que se encuentran frecuentemente en el discurso -particularmente en los años cuarentas y cincuentas del siglo XX- cumplen el propósito de cohesionar al "pueblo" en torno del gobierno y el sistema político, caracterizando a este último y a su relación con la sociedad civil como "realidades" predeterminadas que están ahí independientemente de la voluntad del sujeto: México es una gran familia y -como se dice coloquialmente- uno no escoge a la familia.

³³ Aunque estos dos últimos progresivamente se convirtieran en vehículos de ruptura con la cultura tradicional (ver Monsiváis, *op. cit.*, 2000, pp. 211-245).

Además, se habla del presente como un producto natural de la evolución histórica del país. En los textos educativos, en los discursos oficiales y en el sentido común, se plantea una interpretación de la historia en la cual todo lo que ha ocurrido ha sido un proceso ineludible para llegar a la situación en la que estamos, por lo cual es la única a la que podemos aspirar y la única que nos llevarán a cumplir el glorioso destino del país.

El discurso busca así provocar reacciones de identificación con un sistema simbólico abstracto, no busca llevar la atención del oyente a la realidad concreta sino a la que puede realizarse, siempre y cuando se reitere la confianza en el régimen. La unidad por sobre las diferencias, "México" –ahora sí entre comillas- por sobre las distintas colectividades que lo forman. "¡Viva México!", pero el que propone el sistema político en que descansa el Estado: que cada ofensa a "México" sea sentida como una ofensa personal. "México" se vuelve la encarnación personal de una colectividad con aspiraciones idénticas; en ese sentido, ya se mencionó en el primer capítulo que Gergen (*op. cit.*, 1992) atribuye esta constante discursiva a una tendencia modernista de individualizar lo colectivo utilizando metáforas de carácter personalógico; además podemos ver, como lo señala Moscovici (*op. cit.*, 1985), la marca característica de la "era de las multitudes", la cultura de masas que rompe el sentido identitario de las comunidades tradicionales masificando al sujeto y dejándole como único referente de identidad a "La Patria", debajo de la cual no hay otra cosa que las formas simbólicas con las que el Estado Nación se relaciona con sus miembros.

3. Los actores

En este universo discursivo de tiempos, lugares, valores y símbolos, solamente nos faltan los entes que protagonizan la obra: los personajes que llevan a escena el libreto.

Identidad Nacional, poder y transformación.

Tratando de seguir fielmente el sentido que hasta aquí se ha atribuido al discurso nacionalista, podemos dividir al reparto en tres papeles principales:

El Bueno: en esta categoría están los individuos, grupos o instituciones a los que el Estado considera dignos de admiración y ejemplo. Por supuesto que en primer lugar tenemos a "Los Héroes", que son ni más ni menos que la personificación de la historia, como señala Monsiváis (*op. cit.*, 2000, p. 80), quien afirma también que "la Historia absuelve y condena, y la gran clave para entenderla y fijarla en la memoria colectiva es el heroísmo, medio masivo de difusión de las Repúblicas".

Este autor señala un punto importante para esclarecer el papel de los héroes en la obra: "héroe es el ser único que se distingue de la masa pobre o sin voluntad [...] el heroísmo ayuda a estructurar las conciencias nacionales" (*idem.*, pp. 81-83). Para lograr esta construcción de conciencias, la enseñanza de la historia y el civismo asocian a los héroes con formas de ser de la colectividad, con valores indispensables sobre los que se cimienta el "alma nacional". Ahora bien, no hay que ser muy perspicaz como para imaginarse el tipo de conciencia que se puede crear cuando nuestros héroes están en su mayoría marcados por un "destino": son mártires cuya gloria radica en haber sufrido la derrota... pero con mucho honor y gallardía.

Dentro de los "buenos", obviamente, están también los Presidentes de la República. Aunque ellos en su discurso no pretendan gloria para sí mismos, recordemos en especial las citas de Díaz Ordaz, secretarios, diputados y funcionarios, los han elevado al "altar" patrio hasta que la historia los obliga a descubrir con sorpresa o cinismo que no eran tan santos (recuérdese el caso de Carlos Salinas, para no ir tan lejos).

ii. *El Malo:* lamentablemente la historia también tiene sus villanos, quienes siempre están atentando contra la Patria. La "galería del mal" va desde

los traidores conservadores del siglo XIX, pasando por Santa Ana, Porfirio Díaz, Victoriano Huerta, la Iglesia "Reaccionaria y Retardataria", la oposición civil y política, los estudiantes, los ferrocarrileros, la guerrilla, los defraudadores de la bolsa, los "teólogos de la violencia", hasta los "malosos" conspiradores que quieren desestabilizar al país y, por supuesto, el malo de moda: Carlos Salinas. Por cierto que varios de estos "malos mexicanos" no lo fueron hasta que triunfaron facciones políticas y militares distintas a las que ellos pertenecían.

¿Cuál es el crimen de que se les acusa? A pesar de los distintos motivos concretos de su villanía, el discurso siempre subraya una en particular: atentar contra la identidad nacional en alguno de sus aspectos: el territorio, la soberanía, la unidad o –lo máspreciado por lo visto– las instituciones políticas de la Nación.

El extranjero, ese gran Otro que no somos y que en especial se encarna en los Estados Unidos de América, merece una consideración aparte por el papel oscilante que ha jugado, puesto que cuando se trata de soberanía y de historia, sin duda encarna el papel del "Archi-villano" a combatir; sin embargo, en los terrenos de la economía y la integración tecnológica-cultural, el "Buen Vecino" está ahí para tendernos la mano desinteresadamente y llevarnos a la modernidad.

Sobre los "malos" de la historia patria –desde la más remota a la actual, aunque de manera más marcada en la actual– veremos aplicarse los recursos retóricos propios de las estrategias de psicologización y sociologización de las que habla la teoría de la influencia social inconsciente, así como las estrategias de denegación aplicadas a sus mensajes o a sus visiones del país (siempre equívocas y hasta inspiradas en modelos "ajenos a nuestro ser".)

iii. *El Feo*: En contraste con los "prohombres" de la Nación, pero también en la región de las buenas conciencias -como diría Carlos Fuentes- está "El Pueblo", a quien el discurso presidencial ha elevado al rango de protagonista de la obra, siempre y cuando permanezca fiel a sus Héroes, a su Historia, al Estado y, por supuesto, a sus gobernantes, en pocas palabras, mientras no quiera cambiar el libreto. Masa, Conglomerado, Colectivo e incluso Sociedad Civil, son todos términos que se han usado para referirse al pueblo, los cuales -con sus matices- parecen querer transmitir el mismo mensaje: quien no forma parte de la élite no tiene un rostro, o por lo menos uno que valga la pena contemplar, y no tienen más voluntad que la que sus guías logren inspirarle (¿Por mi raza hablará el espíritu?). Sin embargo, su "humildad" y su "sufrimiento" los hacen dignos de la admiración y el *mea culpa* presidenciales... en la medida en que los acepten casi como vocación irremediable.

Ocasionalmente la "masa" se divide en categorías convenientemente exaltadas (las madres abnegadas, los obreros infatigables, los estoicos indígenas, etcétera). Asimismo, de la masa se extraen aquellas minorías "incómodas" ~~que si bien no son agregadas al catálogo de "malos",~~ es preferible censurar o ignorar, aunque de cuando en cuando se les vaya incorporando, así sea parcialmente, como en el caso de los homosexuales.

Los "buenos" y los "feos" son el corpus de la Nación, son los mexicanos verdaderos, mientras que los "malos" son quien caen en desgracia ante la Patria por no ajustarse a los cánones de conducta que el Estado exige a sus hijos.

Volviendo al análisis, podemos ver en estas figuras del discurso uno de los aspectos de lo que Rivadeo (*op. cit.*, 1999, p. 171) llama "La construcción de la unidad interna de la Nación". La autora señala que "la unificación nacional se produce a través de una lógica fragmentadora (entre ciudadanos, individuos

privados, grupos subalternizados, excluidos, superfluos, etcétera) que incluye siempre la posibilidad de que algunos de sus fragmentos se transformen en individuos o grupos arrojables “fuera” de la Nación en el propio interior de su territorio; transformables en principio y, en esas condiciones de la construcción política de la unificación nacional interna, imprescindibles; en el límite, en *enemigos de la Nación* y, por lo tanto, en exterminables.” (*idem.*, p. 171).

4. El mundo visto a través del discurso.

Una vez que hemos descompuesto algunos de los elementos que integran el discurso presidencial sobre la identidad nacional, podemos re-ensamblarlos para tratar de identificar la visión del mundo que se refleja en él y que le da sentido a las piezas que hemos descrito.

En primer lugar, observamos que en el discurso presidencial sobre la identidad nacional existe una necesidad de demostrar que el país cuenta con una serie de peculiaridades –territorio, historia, costumbres, valores, personajes– que lo hacen distinto del resto de las naciones (esto, por lo demás, es una característica básica de cualquier discurso de corte nacionalista). Para fundamentar la individuación del país, el discurso tiende a confundir el universo de hechos concretos que han ido ocurriendo a lo largo de la historia con una determinada interpretación simbólica de la misma; de esta forma, el discurso, como señala Bartra (*op. cit.*, 1987) genera una serie de mitologías políticas de carácter *fundacional*: la Patria se *fundó* por un águila devorando un nopal, la independencia *fundó* nuestras aspiraciones libertarias, la Reforma *fundó* nuestra soberanía y la Revolución *fundó* y consolidó la madurez de México ante el resto de las naciones, restituyéndoles su *verdadero ser* a través de un proyecto nacional que gira en torno del Estado como eje nodal.

En forma paralela, se proponen una serie de imágenes discursivas en las que se supone que el mexicano ha descubierto, en el transcurso de la historia, su “verdadero” rostro. Derivado del “alma” nacional, el mexicano prototípico se

Identidad Nacional, poder y transformación.

reconoce en el estereotipo del campesino, desamparado ante el progreso de una civilización que lo ha separado de su comunidad y su lugar de origen *-el paraíso perdido-*; se reconoce en el proletariado urbano que esquivo la integración cultural haciéndose de un idioma críptico, de un comportamiento ambivalente; se reconoce en el complejo de inferioridad; se reconoce en el conflicto entre la cultura española e indígena nunca bien resuelto en el mestizo; se reconoce en las masas que son guiadas a la realización de su destino por los líderes de la Nación, quienes suplen su orfandad y su falta de voluntad histórica.

Para esa historia y para ese pueblo, o en otras palabras, para ese México y para ese mexicano, se necesitaba un Estado y un sistema político exactamente de las características del que existe. Lo podemos ver en todas las citas recopiladas en el segundo capítulo: el Estado es el tesoro invaluable del país porque expresa y realiza la manera de ser del mexicano, llevándolo a alcanzar las metas que como encarnación viva de la patria se ha puesto en mente: acabar con la pobreza, restituir la justicia social, darle al país la grandeza que le corresponde.

El Estado es la dimensión donde el tiempo histórico se entrecruza con la definición del espacio nacional, sus instituciones y sus valores. La Nación no se agota en el Estado pero sin él no existe unificación política del país. Justamente esa unificación, esa idea de unidad a toda costa, se ha puesto como el fin último a alcanzar: la soberanía es *una*, la conducción política debe ser *unificada*, los distintos sectores de la sociedad deben coordinarse para lograr la *unidad* nacional. La unidad es propuesta no como herramienta, sino como un ideal a preservar: una historia, un territorio, un Estado, *un solo México y un solo tipo de mexicano auténtico*. Aun en las últimas décadas, a pesar del agotamiento del modelo nacionalista de desarrollo estatal y su gradual sustitución por un modelo orientado hacia la integración regional, el Estado, por boca del presidente de la república, sigue repitiendo constantemente sus llamados a la unidad y a la preservación de la soberanía.

Contra este ideal de unificación social mediada por el Estado se han levantado los *enemigos de la Nación* –extranjeros o nacionales-; por tanto, los mexicanos que se ponen en contra del Estado han perdido su vinculación con la verdadera forma de ser de sus conciudadanos, se han dejado seducir por “teorías exóticas”, los mueven intereses oscuros y ajenos al interés de los verdaderos mexicanos.

En este universo vertical dónde todo poder y verdad emana de la cúspide, la consideración del otro, del diferente, sólo se explica en la medida en que su alteridad es contrastada con lo propio para darle a la ciudadanía parámetros de comparación en los que fácilmente –o maniqueamente- pueda reconocer *lo nuestro* y rechazar *lo ajeno*. Y por ello *lo nuestro* debe ser adecuadamente codificado, ritualizado e institucionalizado de manera que las nuevas generaciones no pierdan de vista el origen de sus padres y, a través de su fidelidad al Estado, le sean fieles a la patria que les vió nacer.

Esta visión del mundo corresponde en buena medida a la que Touraine (1997) describe al analizar el desarrollo de la democracia vinculada a la idea revolucionaria, que, a partir de un impulso voluntarista por transformar el orden social preexistente, lleva a una nueva clase política al poder, clase política que concentra en sí las funciones de la historia y hace a la sociedad civil dependiente de ella para toda iniciativa colectiva. La posibilidad de esta clase política para permanecer en el poder ha dependido en la mayoría de los casos de lograr legitimidad ante el pueblo a partir de una definición de la política como vinculación entre la acción práctica y la conciencia, entre ser y hacer.

En la sociedad moderna, desde la óptica de éste autor, la idea revolucionaria encuentra esa legitimidad a través de la constitución de un Estado fuerte que se autopropone como realización de esa síntesis entre racionalización e individualismo moral, apelando a principios políticos superiores (*idem.*, p. 7). El discurso nacionalista revolucionario se inscribe dentro de la utopía del

Identidad Nacional, poder y transformación.

progreso, visto este como proceso de igualación que logra la eliminación de las diferencias entre los actores sociales, haciendo de la historia un movimiento continuo hacia una etapa en que se rompan dichas diferencias y se logre el ideal igualitario.

¿Por qué a pesar de la sustitución del modelo de desarrollo del Estado y el agotamiento del nacionalismo se siguen utilizando los mismos recursos retóricos? Parte de esa respuesta se explica porque la idea democrática liberal, el polo opuesto a la democracia revolucionaria según Touraine (*idem.*, 1997) también está basada en otra versión de la utopía del progreso: la igualación de las diferencias a través de la acción homogeneizante de los mercados; por otra parte, como indica Bartra (1993, pp. 101-138), el neoliberalismo no ha encontrado todavía nuevos mecanismos de legitimación y control social que le permitan abandonar ciertos rasgos del discurso nacionalista.

II. CONTEXTUALIZACIÓN E INTERPRETACIÓN.

Hasta este punto nos hemos tratado de meter bajo la epidermis del discurso y captar su sentido desde el centro mismo de su generación; para completar nuestro esfuerzo es necesario que pongamos ahora un poco de distancia y atendamos al contexto en que dicho discurso adquirió su posibilidad de aparición y desarrollo. Así pues, finalmente llegamos al punto donde se ha de retomar explícitamente el modelo conceptual de trabajo planteado al final del primer capítulo de la tesis. Para ello, empezaremos recordando que la dimensión del espacio social en la que hemos concentrado el análisis es a la que Fernández (*op. cit.*, 1994, p. 92) se refiere al hablar del "límite institucional de la intersubjetividad", es decir, ahí donde lo intersubjetivo, lo comunicable, se transforma en una serie de signos instrumentales: el espacio social en el cual se elaboran los procedimientos de legitimación que sostienen el ejercicio del poder.

Ahora bien, si hemos de sostener que el discurso sobre la Identidad Nacional se convirtió en cierto momento de su desarrollo en un procedimiento de legitimación del poder, tenemos que considerar la dimensión histórica en que se posibilitó este giro. Anteriormente se describió el contexto en el cual se consolidó el nacionalismo mexicano en la segunda mitad del siglo XIX y a principios del siglo XX. Para entender por qué este discurso aparece y se fortalece, es decir, entender las condiciones de su producción, debemos retomar el análisis de aquella época.

Desde mediados del siglo XVIII y durante la primera mitad del siglo XIX, la idea de la "Patria Criolla" tenía tanto eco dentro de las élites en el poder que opacaba la definición institucional del Estado Nacional; una serie de elementos simbólicos –el pasado prehispánico idealizado, la religión, un pro-hispanismo cultural y la visión de América como cuerno de la abundancia– le dieron a las élites un sentimiento de orgullo y de grandeza que contrastaban radicalmente con la situación económica de la gran mayoría de la sociedad mexicana. Por

Identidad Nacional, poder y transformación.

otro lado, las incipientes instituciones del país seguían tratando de alinearse alternativamente, dependiendo de la facción en el poder, con sus modelos europeo y norteamericano, sin que hubiera un proyecto adecuado al contexto nacional y sin que existiera una unificación política que permitiera su gestación³⁴. Es solo hasta mediados del siglo XIX cuando se dan las condiciones propicias para gestar un proyecto de Nación:

- El orgullo criollo terminó de desengañarse ante la derrota de México en la guerra con los Estados Unidos de Norteamérica.
- La postración en que la guerra dejó al país, obligó a enfatizar la necesidad de modernizar sus instituciones para sacarlo de la tremenda crisis económica y moral por la que atravesaba.
- Con el triunfo del liberalismo, las élites criollas en el poder fueron desplazadas por una nueva clase política – eminentemente mestiza – que se dio cuenta de la necesidad de crear un Estado fuerte que pudiera dotar a la Nación de un proyecto político viable.

Así pues, aunque el proyecto liberal no respondía al perfil cultural e ideológico de la amplia mayoría de la población, ~~poco a poco se fue imponiendo al~~ incorporar gradualmente a varios sectores de la población. Además, la guerra de tres años suscitada por las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857, así como la posterior intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, sirvieron para provocar una nueva reacción nacionalista que, esta vez con un proyecto más sólido, impulsó al liberalismo hasta convertirlo en la opción política hegemónica. Sin embargo, la dictadura porfirista mostró que el liberalismo, si bien en lo político le había dado fortaleza y estabilidad al Estado, no había respondido a las necesidades económicas de la mayoría de la sociedad mexicana y que, además, se fundamentaba en una ideología totalmente ajena a bastos sectores de la población.

³⁴ Recordemos que toda la primera mitad del siglo XIX fue marcada, además de las subsecuentes invasiones extranjeras, por la división entre conservadores, liberales moderados y liberales radicales.

Cuando en el siglo XX explota la Revolución, lo hace bajo la gran promesa de restituir la democracia, la legalidad perdida pero, sobre todo, la justicia social. Lo que diferencia a la Revolución de la Reforma son sus objetivos declarados de reivindicar a las clases populares, de incorporarlas al proyecto político y de utilizarlas como base para la construcción de un Estado fuerte, moderno y legítimo. La crisis moral, económica y política que el país había arrastrado durante todo el siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, aunada a las constantes intervenciones extranjeras y a la falta de legitimidad de las élites en el poder por su desvinculación con el resto de la sociedad, prepararon el terreno para que el discurso nacionalista posrevolucionario surgiera con la fuerza que lo hizo durante toda la primera mitad del siglo XX. Las condiciones estaban dadas para que, por intermediación del Estado, se postulara la necesidad de construir una Identidad Nacional que catalizara, en un mismo proyecto de Nación, la multiplicidad de expresiones culturales y sociales que la Revolución ayudó a liberar.

Es en ese sentido que Pérez Montfort (*op. cit.*, 1994) señala que en los primeros años posrevolucionarios existió una vinculación muy fuerte entre las clases más desfavorecidas, la intelectualidad y el Estado, lo que llevó a su apogeo el discurso de la *mexicanidad* como revalorización de aquello que se había desdeñado durante toda la historia anterior del país: la cultura popular. Esta observación es muy importante dentro del contexto de nuestra interpretación, porque señala el momento previo a la reificación de la Identidad Nacional como concepto, un momento en que su significación está en plena construcción, se discute, se critica y se debate. En este momento, siguiendo la definición planteada en nuestro modelo conceptual de estudio³⁵, la identidad nacional representa *la cristalización histórica de una serie de procesos socioculturales que llevan a la afirmación de un "nosotros", cuya unidad básica de diferenciación es el Estado Nación como elemento de unificación política.*

³⁵ Ver Capítulo Primero, sección V .

Identidad Nacional, poder y transformación.

Conforme el nuevo Estado se consolida como escenario de institucionalización del nuevo orden social, en el sentido planteado por Berger y Luckmann (*op. cit.*, 1968), surge un problema señalado por estos mismos autores: "el problema de proporcionar significados integradores que abarquen la sociedad y provean un contexto total de sentido objetivo para la experiencia social fragmentada y el conocimiento del individuo" (*idem.*, p. 110). En este contexto, la retórica de la Identidad Nacional puede ser vista como una "teoría legitimadora especializada", administrada por "legitimadores dedicados" - intelectuales, políticos, etc.- y que con el paso del tiempo trasciende su aplicación pragmática y se convierte en "teoría pura", es decir, un discurso cuya legitimación se vuelve independiente de las instituciones mismas y el cual genera sus propias instituciones de legitimación (por ejemplo, todas las ceremonias y simbolismos cívicos a través de los cuales se reinterpreta la historia). La Identidad Nacional, en tanto concepto, se va poco a poco reificando (o petrificando), en la medida que el Estado adquiere un carácter cada vez más corporativo y autoritario, a la vez que la masificación de la cultura y la urbanización centralizan la vida política, venciendo los regionalismos y rompiendo los vínculos identitarios tradicionales.

Paralelo a su trabajo constructivo de legitimación, el Estado ubica rápidamente a los actores sociales que se mantienen críticos a sus tesis y los proyecta ante el conjunto mayoritario de la sociedad como enemigos del progreso. En este contexto se destacan las estrategias de psicologización de las minorías contestatarias -como la definen Pérez y Mugny (*op. cit.*, 1987)- tachándolas de "reaccionarias", "retardatarias" u "obscurantistas"; además, también se utilizan estrategias de sociologización, destacando aquellas por medio de las cuales a los grupos opositores se les imputan alianzas con enemigos "extranjeros" o intereses "ajenos" que buscan golpear a la Nación.

Con todo esto, el discurso "naturaliza" (Parker, *op. cit.*, 1996) la identidad de la nación, dando por sentadas sus características a través de una serie de postulados sobre el "ser del mexicano", los cuales, desdeñando el carácter

histórico de su formación, lo presentan como una esencia que está escondida esperando a ser descubierta o bien como un destino a realizar. La intelectualidad orgánica es la encargada de elaborar esta tesis, siendo quizá uno de los ejemplos más claros el de José Vasconcelos y su teoría de la *Raza Cósmica*³⁶. Pero no solo en la literatura se da este proceso, también el muralismo y el cine contribuyen a esta naturalización de lo mexicano a través del simbolismo plástico de las imágenes. Se crean estereotipos y roles que organizan la conducta hacia patrones convencionalmente aceptados bajo la etiqueta de lo "típicamente mexicano"; también se delimitan las categorías fundamentales que describen a la sociedad y a las que los individuos son adscritos para encontrar sentido y función dentro del proyecto nacional.

Así, llegamos a la etapa en que la Revolución, que significó en principio cambio y ruptura con el orden social anterior, se convierte en un régimen político consolidado y autoritario. De mediados de los años treinta a finales de los cincuenta, el Estado se presenta como un ente monolítico y el Presidente de la República se convierte en ese gran "padre" que guía los destinos del país. La educación que imparte el Estado, particularmente la enseñanza de la historia y el civismo, unida a la propaganda oficial y a los discursos sobre la familia, se convierte en el vehículo a partir del cual el nuevo orden institucional busca establecer una relación subjetiva con los individuos, es decir que, en tanto "otro generalizado", los agentes socializadores buscan su "internalización" en la conciencia particular de cada miembro de la sociedad.

En esta etapa, la Identidad Nacional adquiere el *status* de *sistema simbólico que legitima el orden institucional, mediante la identificación de los individuos y subgrupos con un modelo de comunidad nacional determinado, descalificando a su vez los comportamientos que no pueden ser integrados en dicho modelo.*

³⁶ Que no se limita a México, puesto que involucra a toda Latinoamérica.

Identidad Nacional, poder y transformación.

No está por demás señalar, como lo hace Blancarte (*op. cit.*, 1994), que el grado de legitimidad que llegó a alcanzar el sistema político le debe bastante al hecho de que, a pesar de los movimientos armados que sacudieron al país, incluida la Revolución, la estructura autoritaria y desigual de la sociedad mexicana se mantuvo prácticamente intocada, cambiando sólo la clase hegemónica que controlaba las esferas del poder. En ese sentido, los pactos y alianzas que la clase política estableció en los años cuarenta con sus antiguos enemigos "reaccionarios", es decir, con la Iglesia y la alta burguesía capitalista, sirvieron también para ganarse el respaldo de los sectores conservadores de la sociedad dentro del contexto de la política de la *Unidad Nacional*.

Sin embargo, el proceso de unificación política y modernización sobre el cual el régimen construyó su ideal de Identidad Nacional nunca resultó totalmente acabado, puesto que prevalecieron ciertas minorías críticas opuestas al régimen. Si durante la etapa que acabamos de esbozar estas voces fueron acalladas fácilmente -o simplemente no tomadas en cuenta, o simplemente reprimidas- y el sistema político pudo crear un amplio consenso a su alrededor, a finales de los años cincuenta fueron haciéndose más notorias las fracturas entre la clase política y sectores cada vez más numerosos de la sociedad civil. Además, en el contexto internacional, las condiciones estaban apuntando hacia una atenuación del nacionalismo y una creciente importancia de la integración regional de las economías, con el consecuente incremento de la aculturación producido por la necesidad de apertura, el desarrollo de las tecnologías de comunicación y la penetración de las influencias culturales anglosajonas. Los medios de comunicación masiva que habían sido puntales del nacionalismo cultural, sin proponérselo abiertamente, fueron propiciando un cambio en los patrones de conducta y en la consideración de los valores tradicionales de la cultura, debido a la incorporación de programas y anuncios publicitarios que reflejaban el espíritu del *estilo de vida americano*.

A pesar de la multiplicidad de factores, para analizar cómo fue perdiendo legitimidad el discurso nacionalista y su noción de Identidad Nacional, nos

centraremos en un aspecto que nos parece central: *la emergencia de discursos y definiciones alternativas del proyecto de Nación*. Así, en el terreno de la discusión intelectual, trabajos como los de Paz, (*op. cit.*, 1950, 1970), Portilla (1966) y Uranga (1952), empiezan a revisar críticamente la tradición y la visión clásica de la mexicanidad, abordándola desde corrientes de pensamiento novedosas -como el existencialismo- y señalando la necesidad de encuadrar el desarrollo de la idea sobre el *ser del mexicano* en su contexto histórico propio.

El Estado mexicano había centrado muchos de sus esfuerzos legitimadores en una política educativa a gran escala que permitiera el acceso al conocimiento a amplios sectores de la sociedad los cuales nunca habían tenido esa oportunidad; por otro lado, la política de industrialización y la coyuntura de la guerra mundial permitieron alcanzar cierto grado de desarrollo económico sostenido. Estos factores engrosaron las clases medias instruidas del país y aumentaron las aspiraciones profesionales, económicas y políticas de varios sectores. Justamente en esta clase media favorecida por el nacionalismo revolucionario empezaron a surgir signos de malestar y disidencia importantes. Movimientos como el de los ferrocarrileros, los doctores y los maestros, durante fines de los cincuenta y los años sesenta, que partieron de demandas concretas y muy localizadas, pronto se fueron volviendo movimientos de crítica al sistema político, radicalizados por la cerrazón política y el autoritarismo que recibieron en respuesta³⁷. El movimiento estudiantil de 1968 representa muy bien el caso de un movimiento que, como señala Monsiváis (Scherer y Monsiváis, *op. cit.*, 1999), pasó de las demandas concretas a la crítica de todo el sistema político en general, particularmente de la figura del Presidente de la República, denunciando el autoritarismo no sólo de la clase política, sino el autoritarismo que también había permeado a la cultura y a la sociedad mexicana.

³⁷ Para todos estos asuntos la literatura al respecto es muy amplia, algunos ejemplos citados en esta investigación son los de Aguilar y Meyer (1989), Basave (1992), Bartra (1987, 1993), así como Scherer y Monsiváis (1999).

A partir de entonces, va tomando impulso entre las minorías ilustradas de la clase media un discurso político alternativo que mezclaba canciones y frases populares con nociones tomadas de las teorías socialistas transmitidas por los grupos izquierdistas y con los lemas puestos de moda por la revolución cultural de los años sesenta en países como Francia y los Estados Unidos de Norteamérica (EE.UU.). Más allá de detallarlo concretamente, lo relevante para los fines de este trabajo es que este discurso se propuso a sí mismo como una definición alternativa de las relaciones entre la sociedad civil y la clase política, atacando los estereotipos sobre la "pasividad" y "obediencia" características del mexicano y pugnando por un concepto más amplio de identidad nacional con el cual se pudiera identificar la juventud. Estos movimientos sociales crearon en el sistema político la necesidad de poner en marcha los mecanismos necesarios para mantener su definición del orden social y el "universo simbólico" del nacionalismo, puesto que el surgimiento de definiciones alternativas cuestionaban directamente su legitimidad.

Al respecto de lo hasta aquí mencionado, Berger y Luckmann (*op. cit.*, 1968) sostienen que "los procedimientos específicos para el mantenimiento de los universos, ~~se hacen necesarios cuando el universo simbólico se ha convertido~~ en problema [...] todo universo simbólico es incipientemente problemático [...] este problema intrínseco se acentúa si algunos grupos de habitantes llegan a compartir versiones divergentes del universo simbólico" (*idem.*, p. 136). Ante esta situación y tomando en cuenta que, como lo señala la teoría de las minorías activas, al introducir elementos perturbadores en la definición de la realidad social del grupo (Doms y Moscovici, *op. cit.*, 1984), las minorías adquieren la suficiente relevancia o visibilidad social para "forzar a la mayoría a tomar en consideración su punto de vista" (Moscovici, *op. cit.*, 1981, p. 239), el poder pone en marcha procedimientos represivos para contrarrestar su influencia.

Más allá de la represión física real que han sufrido los grupos minoritarios que plantean visiones distintas de la realidad social, y sin hacer menos su efecto, lo

que importa para nuestras consideraciones es "la necesidad de que dicha represión se legitime, lo que, por supuesto, implica la puesta en marcha de diversos mecanismos conceptuales destinados a mantener el universo oficial contra el desafío herético" (Berger y Luckmann, *op. cit.*, 1968, p. 138). En este sentido, el régimen, en boca del presidente en turno, esgrimió una serie de argumentos –particularmente en los informes presidenciales de Gustavo Díaz Ordaz citados en el capítulo anterior– donde nuevamente podemos ver las estrategias de invalidación del mensaje minoritario que Pérez y Mugny (*op. cit.*, 1987) describen.

Esta vez la psicologización de la minoría consiste en tachar al movimiento estudiantil como un movimiento formado por grupos oscuros, malintencionados, que tan sólo buscan el caos para llevar a la perdición a la "inocente" juventud mexicana, alertando a los padres para que eviten que sus hijos sean influenciados por los grupos de la subversión.

La sociologización se pone en marcha dentro del contexto de lo que Scherer y Monsiváis (*op. cit.*, 1999) llaman "La teoría del complot", que a su vez se nutre de los prejuicios propios de la Guerra Fría. Convencido de que el movimiento es financiado por el "oro soviético", el gobierno insiste en presentar al movimiento como parte de un complot internacional cuyo objetivo es sabotear las olimpiadas y desprestigiar a "México" ante los ojos del mundo³⁸. Así mismo se ponen en marcha estrategias de denegación las cuales tratan de restarle verosimilitud al discurso del movimiento al afirmar que éste se inspiraba en "ideas exóticas" ajenas al ser del mexicano. A pesar de que una y otra vez los estudiantes recuperen, junto a las imágenes del Che Guevara, las efigies de Zapata, los hermanos Flores Magón y otros personajes de la historia mexicana, el gobierno se empeña en resaltar la naturaleza, "ajena a nuestra identidad", del movimiento.

³⁸ No al gobierno sino al país entero, los cuales, en la visión del poder, son prácticamente la misma cosa.

Identidad Nacional, poder y transformación.

En este momento, ¿qué representaba el discurso oficial sobre la identidad nacional mexicana? Conforme a nuestro modelo conceptual, en esta etapa es *un discurso ideológico utilizado desde el poder para legitimar los intereses creados y evitar la influencia de las minorías sobre la comunidad nacional, lo cual podría modificar la definición de la realidad social aceptada*. Ahora bien, aunque los mecanismos conceptuales para legitimar la represión de los movimientos sociales y las minorías que los impulsaban tuvieron éxito en el corto plazo, reiterando en contraste la rectitud del camino planteado por el régimen, la historia nos muestra que durante los siguientes 30 años, las protestas que se sucedieron una tras otra y que recibieron el mismo trato por parte del gobierno, fueron ejerciendo en la mayoría la influencia indirecta y a largo plazo que Moscovici (*op. cit.*, 1981) y Maass (*op. cit.*, 1987) describen al hablar del fenómeno de conversión. En esto también influyó la gradual apertura del país hacia el exterior, que fue minando la validez de la visión nacionalista tradicional y atenuando la represión política.

El ciclo de crisis económica en que el país se vio envuelto durante los años setenta y ochenta, fue restándole todavía más credibilidad al modelo nacionalista de desarrollo. ~~Particularmente en los años ochenta, tras la nueva~~ crisis económica de 1982, se "confirmó que el sistema postrevolucionario, aun inundado de petróleo, no lograba sacar al país del subdesarrollo" (Bartra, *op. cit.*, 1993, p. 93). Por otra parte, los desastres naturales y por negligencia humana (San Juan Ixhuatepec en 1984; terremoto de 1985), contribuyeron a que en muchos mexicanos se generara la percepción de que la realidad nacional estaba, literalmente, derrumbándose. Por si fuera poco, en 1988 se genera otra gran fractura al interior del sistema político, la cual, como señala Bartra (*idem.*, p. 95), "permitió que muchos mexicanos se asomaran por la fractura y observasen las entrañas secretas del sistema."

En este sentido, son importantes las observaciones de Capello (1998), quien señala que, en la medida que la identidad nacional es reflejo de la cohesión sociopsicológica entre ciudadanía y Estado, las imposiciones del Estado hacia

los ciudadanos en el terreno político y sobre todo económico, así como el poco cumplimiento de las expectativas y demandas que presentan los ciudadanos, "ha abierto una amplia fisura entre ambos, lo cual afecta y disminuye la posibilidad de un desarrollo adecuado y maduro, tanto de la identidad como del carácter nacional mexicano" (*idem.*, p. 579).

Este creciente divorcio entre ciudadanía y estado facilitó que las propuestas alternativas de las minorías políticas y sociales tuvieran mayor eco. Bartra (*op. cit.*, 1993, p. 97) expresa esta situación al afirmar que "El malestar de la cultura mexicana radica en el hecho de que una gran masa de mexicanos estamos colocados ante la alternativa de abandonar el papel de bárbaros domesticados que se nos había asignado".

A pesar de que el régimen posrevolucionario cambió de piel a través de la reconversión neoliberal del proyecto económico iniciada por Miguel de la Madrid, la cual consolidó Carlos Salinas con su *Reforma de la Modernización nacionalista y popular* o *Liberalismo Social*, y que fue profundizada en el sexenio de Ernesto Zedillo, ya no le fue posible concitar la confianza social que fortaleciera el sentido de identidad nacional de los ciudadanos en torno suyo. Paralelo al desgaste de las estructuras institucionales del Estado, la identidad nacional, entendida como el sentido de pertenencia de los miembros de una colectividad a un proyecto y una visión global de país, se fue minando paulatinamente también por la avalancha cultural anglosajona, pero sobre todo, por el deterioro de la relación simbólica o subjetiva de los ciudadanos con el poder.

Antes de discutir el estado actual de esta cuestión, conviene terminar este capítulo con la pregunta a la que, de acuerdo con Béjar y Capello (1990, p. 45), la psicología social debe responder en relación con el tema de la identidad nacional: "Los integrantes de una Nación ¿sienten propio el conjunto de instituciones que dan valor y significado a los componentes de su cultura, de su sociedad y de su historia?".

Para proponer una respuesta, conviene hacer la lectura del contexto actual por el que actualmente atraviesa el problema de la identidad nacional en México. Esta lectura, tomando en cuenta el complejo sistema de factores involucrados, exige proceder con paciencia y apeando a una reflexión más profunda, inclusive asumiendo la actitud de la que hablaba Nietzsche en *Más allá del bien y del mal* (1887, p. 26), cuando afirmaba que "Para practicar la lectura como arte se necesita ante todo una cosa que es precisamente hoy en día la más olvidada ... una cosa para la cual se ha de ser casi vaca y, en todo caso, no hombre moderno: *el rumiar*".

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

“Debemos admitir que cualquier científico social que sea realmente eficaz en tanto que científico, está actuando ineludiblemente como agente político capaz de incidir, poco o mucho, a más corto o largo plazo, sobre la *realidad social*, puesto que modifica nuestra forma de entenderla”.

Tomás Ibáñez.

Finalizamos el tercer capítulo de la tesis planteando la pregunta que Béjar y Capello (*op. cit.*, 1990, p. 45) consideran esencial para la psicología social en relación con el tema de la Identidad Nacional: “Los integrantes de una nación ¿sienten propio el conjunto de instituciones que dan valor y significado a los componentes de su cultura, de su sociedad y de su historia?”. Otra manera en que podemos plantearnos ese cuestionamiento, pensándolo dentro de nuestra coyuntura histórica, podría ser: ¿tiene sentido para nosotros, mexicanos del siglo XXI, la idea de “mexicano” que el orden institucional del siglo XX inventó?

Utilizo aquí la noción de *invención* -como en el título del segundo capítulo-, siguiendo el argumento planteado por O’Gorman (1976, p. 9) con relación al “descubrimiento” de América; dice el autor que, para su manera de entender la historia, el concepto fundamental “era el de *invención*, porque el de *creación*, que supone producir algo *ex nihilo*, sólo tiene sentido dentro del ámbito de la fe religiosa. Así fue cómo llegué a sospechar que la clave para resolver el problema de la aparición histórica de América estaba en considerar ese suceso como el resultado de una invención del pensamiento occidental y no ya como el

de descubrimiento meramente físico, realizado, además, por casualidad". En O'Gorman (*op. cit.*, 1976) opera la necesidad de "considerar la historia como un proceso productor de entidades históricas y no ya, según es habitual, como un proceso que da por supuesto, como algo previo, al ser de dichas entidades".

De forma similar, a lo largo del presente trabajo se ha optado por asumir la misma postura, es decir que la elaboración política e intelectual de la Identidad Nacional no ha sido un descubrimiento del rostro de la nación y de su encarnación personológica –el Ser del Mexicano–, sino que ha sido un proceso histórico de producción de ese rostro. La Identidad Nacional como construcción intersubjetiva es construcción de una colectividad, pero en nuestro país, y tal es una de las primeras conclusiones a las que hemos de llegar, las élites en el poder se han apoderado selectivamente de esa construcción para dar su propia versión de la historia y vendérsela al resto de la sociedad como la *verdadera, la única*, la cual, con mayor o menor éxito, fue permeando diversas nociones del sentido común. Sin embargo, también hemos dado cuenta de cómo este discurso hegemónico y su sistema de explicaciones legitimadoras fueron perdiendo credibilidad por la acción de diversos factores, resaltando principalmente la emergencia de discursos minoritarios alternativos que, llevando a la mayoría a un conflicto sociocognoscitivo de lento pero constante desarrollo, pusieron en crisis las definiciones oficiales del orden social, siendo justamente una de ellas la definición de la identidad nacional.

Al principio, ensayamos una definición de Identidad Nacional que le atribuye un triple sentido: proceso simbólico de integración de la sociedad nacional, universo simbólico de legitimación y unificación política, así como dispositivo ideológico de preservación del poder e invalidación de las minorías críticas. También hemos propuesto que, si bien este triple carácter es integral, en distintas etapas históricas se ha acentuado más uno de los elementos de la triada; aún así, sería difícil sostener que el carácter y validez de las definiciones de la Identidad Nacional, en un mismo momento histórico, son experimentados de manera homogénea por el conjunto de la colectividad. En una sociedad tan

diversa y compleja como la nuestra, este proceso no ha sido lineal ni ha impactado de la misma forma a todos los grupos sociales.

En este trabajo de investigación, nos hemos concentrado en un solo nivel del espacio social –el límite intersubjetivo– y en un solo conjunto de actores – políticos e intelectuales-. Pero para llegar a responder la pregunta por el sentido actual de la Identidad Nacional Mexicana, se tendrá que pasar por el análisis de su vivencia en los distintos niveles del espacio social, así como por el estudio de las diversas definiciones que elaboren otros actores y grupos sociales. No obstante, podemos hacer algunas consideraciones que nos permitan contextualizar la discusión a nivel general y en el terreno de la psicología social como tal.

I. LA IDENTIDAD NACIONAL DESNACIONALIZADA.

Al apelar a la conservación de la Identidad nacional, el sistema de poder ha buscado tradicionalmente consolidar su hegemonía política y económica; en ese sentido, ha sido un elemento de conservación del orden social. Pero ¿en qué se convierte cuando el orden social entra en crisis? ¿es otra figura discursiva desechable? ¿puede ser utilizada como elemento que oriente la transformación del orden social, provocando una nueva relación de los ciudadanos entre sí y entre estos y el Estado? Veamos algunos datos.

Bartra (*op. cit.*, 1993, p. 93), cita una encuesta realizada por la revista *Este País*, en abril de 1991, la cual tenía como objetivo conocer la opinión de los mexicanos al respecto de la integración económica con los Estados Unidos de Norteamérica (EE.UU.). Uno de los resultados indica que el 59% de los mexicanos encuestados estaría de acuerdo en integrarse a los EE.UU. para formar un solo país, si ello significara una mejor calidad de la vida. Para el autor, este dato es signo de la crisis que ya para entonces era más que evidente en la cultura política nacionalista del país. Por otra parte, en una

Identidad Nacional, poder y transformación.

encuesta realizada por el Banco Nacional de México (Banamex) en 1995 (citada por Alduncin, 1999), con gente de distintas edades y en distintas regiones del país, los datos parecen apuntar en la misma dirección, aunque los porcentajes no son tan altos; según este estudio, 30% de los mexicanos está de acuerdo en cancelar las fronteras con EE.UU. y Canadá; además que el 60 % opina que ha aumentado la migración y que ésta significa mayor vinculación e interdependencia internacional, lo cual es considerado como positivo por la tercera parte de los encuestados.

Estos datos destacan uno de los aspectos que han influido en el debilitamiento del nacionalismo: la integración internacional. Sin embargo, hay otro aspecto a considerar también muy relevante: la revalorización de los regionalismos; en ese sentido, de acuerdo con la encuesta de Banamex, entre 75% y 90% de los mexicanos estarían de acuerdo en que el estado o región donde viven tenga más independencia. Alduncin (*idem.*, p. 129), quien comenta los resultados, señala que si bien esta tendencia "no implica que los estados pudieran gestar identidades suficientemente fuertes para independizarse; las fuerzas subterráneas son evidentes. [...]La conciencia de la diferencia, percibir que no somos iguales, es el primer paso en el logro de una identidad regional". A este respecto, el 77% respondió que sí a la pregunta "¿La gente de su estado o región es diferente y mejor que el resto de los mexicanos?". Por otra parte, tres de cada diez personas afirman sentir más orgullo por el territorio local que por la patria grande, mientras que sólo una de cada diez opina que no.

Otro punto interesante, en contrasentido a los anteriores, es que los símbolos patrios siguen teniendo una connotación preferentemente nacional: 85% se opone a cambiarlos por unos de carácter local. Pero quizá los datos más relevante para nuestros fines sean los relativos a la pregunta sobre la autonomía indígena (si los grupos indígenas deben tener un gobierno propio) y a la conciencia de identidad nacional (si los mexicanos somos distintos a otros pueblos). En ambos casos, los porcentajes muestran una polarización

importante de las opiniones, puesto que los porcentajes a favor y en contra casi se dividen en partes iguales.

Bartra (*op. cit.*, 1993) afirma que el nacionalismo había igualado el hecho de ser mexicano con el hecho de ser nacionalista, puesto que ataba la existencia misma del Estado mexicano a la cultura política nacionalista, tratando de convencer a la población de que su mexicanidad se comprobaba y se correspondía con las peculiaridades del sistema de gobierno. Ahora bien, los datos de las encuestas citadas anteriormente, así como las transformaciones políticas que ha experimentado el país en la última década, parecen apuntar a que un gran sector de la sociedad civil ha logrado separar su pertenencia a una colectividad nacional –ser mexicano–, de la ideología oficial hegemónica hasta hace poco– ser nacionalista-. Aunque se conserva el respeto por los símbolos patrios más generales, éstos parecen ya no representar tanto la identidad de Estado y Nación, sino el sentido de pertenencia subjetiva a una colectividad determinada, lo cual resulta más significativo para el individuo en sí mismo que su abstracción en una serie de cánones políticos. Dos polos parecen disputar lo que Habermas (1989) llama “identidad postnacional”, debilitando la idea de la centralidad del Estado Nación: por un lado las fuerzas centrípetas, es decir, el regionalismo ya sea étnico, religioso o simplemente geográfico; y por otro lado, las fuerzas centrífugas representadas por la globalización económica, así como la tendencia a la integración internacional.

Además, Béjar y Rosales (1999, pp. 25–26) identifican una serie de factores involucrados en el cambio del panorama cultural global actual que cuestionan la vigencia de un sentido de identidad nacional. “En el nivel ideológico: las discusiones sobre la modernidad y posmodernidad; las implicaciones éticas de las sucesivas revoluciones tecnológicas. En lo social: la modificación creciente de los modos de vida; las migraciones y las mutaciones de identidad. En el ámbito de la economía: la diseminación de las actividades de producción en diversos territorios; el predominio de las ciudades globales en contra de los ámbitos regionales y la intimidad local; la agudización del fenómeno de la

violencia cotidiana intrafamiliar, callejera e institucional; la mutación en las formas de comunicación y obtención de información. En lo político: el declarado ocaso de los estados nacionales y el fin o recomienzo de la historia; los procesos de integración supranacional; el desgaste de los ritos y procedimientos de la democracia formal; la aparición de viejas y nuevas reivindicaciones étnicas; las discusiones sobre la extensión de los derechos humanos así como la creación de redes internacionales de organizaciones no gubernamentales. En cuanto a la cultura: su industrialización; la espectacularización y la sobreexcitación de los sentidos". Por su parte, Casas (1999) agrega a estos factores la pérdida de control Estatal y social sobre los medios de comunicación y el contenido de sus mensajes.

Con todo lo anterior, podría pensarse que el tema de la identidad nacional está, como tal, rebasado y sin vigencia. Sin embargo, como señalan Béjar y Rosales (*op. cit.*, 1999, pp. 27-28), la discusión es pertinente si consideramos que "los motivos de la aparición de los nacionalismos en este siglo [el siglo XX] están todavía presentes", estos motivos se vinculan en "una crisis que pone en peligro nuestra identidad y la vida de la nación como soberana e independiente. [...] ~~No se trata de tomar las armas y luchar contra un invasor,~~ sino de tomar conciencia, en primer término, de que hemos perdido control de nuestro proyecto histórico como nación". En el mismo sentido, Rivadeo (*op. cit.*, 1999, p. 191) señala que "no se trata ya sólo de defender o sostener las producciones previas de la soberanía nacional popular, la democracia expansiva y la ciudadanía ampliada. En las nuevas condiciones, resulta necesario desbordar las maquinarias burocrático-estatales del poder dominante, que antes veían como subalternas y aplastan hoy aquellas corporaciones populares de la democracia. Ahora éstas son reapropiadas y reconstruidas como dimensiones internas de una autogestión social de la política, que tiende a cuestionar el núcleo mismo de la dominación: la escisión de lo político respecto a la sociedad". La autora pugna por que sea la sociedad civil, hasta ahora subordinada a la iniciativa del poder político, la que retome ahora la tarea de definir la identidad nacional, afirmando que "lo nacional no es

reductible a la dominación; es justamente lo que está en juego, e incluye siempre la presencia diversa de lo subordinado, cuyo *estar fuera* –olvidado, excluido, repudiado, silenciado, desaparecido– es también una forma de ser nacional, que a veces, como ahora, deja de ser invisible, fantasmal o vacía de significado. Lo subordinado logra hacer de ese dolor, la nación y la identidad nacional, un discurso público y democrático, que si alcanza a contender en el plano de la hegemonía es capaz de convertir su presencia, en cuanto lucha por la rearticulación democrática de la nación, en una referencia alternativa de la patria; de la identidad de ésta como espacio y como historia; esa identidad que, en el caso de los procesos políticos nacionales abiertos hoy, reviste tal índole expansiva de la democracia que desborda todas las demarcaciones excluyentes sobre las que se alzaban los discursos nacionalistas tradicionales” (*idem.*, pp. 194–195).

De forma muy particular, coincido en que es necesario reconstruir la identidad nacional, aunque de forma distinta a la que fue “inventada” por el sistema político mexicano en el siglo XX. Considero que la vigencia del debate está demostrada por la gran polémica en torno al reconocimiento de la autonomía de los pueblos indígenas, tal como está planteada en la propuesta elaborada por la Comisión de Concordia y Pacificación del Senado de la República (COCOPA), la cual a su vez pretende retomar el espíritu de los Acuerdos de San Andrés Larrainzar entre el Gobierno Federal y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Otros asuntos de interés público que giran en torno al tema de la identidad nacional son los conflictos políticos recientes en Campeche y Yucatán, donde, más allá de la manipulación de los caciques locales, se ha puesto en evidencia nuevamente el fortalecimiento de los regionalismos. El tema está presente también en las propuestas de doble nacionalidad y otras reformas constitucionales que involucran a los mexicanos residentes en el extranjero; en las discusiones sobre el estatuto legal de las parejas homosexuales o la legalización del aborto, ya que estamos hablando del cuestionamiento a valores tradicionales que han estado aparejados a la cultura nacional tradicional. Por otra parte, la derrota electoral del Partido

Revolucionario Institucional (PRI) a nivel nacional ha suscitado una renovación relativa de la confianza de la sociedad civil en las instituciones del Estado.³⁹

En estas discusiones se ha hablado continuamente de un problema que me parece, por extensión, el gran problema de la Identidad Nacional Mexicana en este momento: cómo conciliar la integridad y soberanía de la nación, con el reconocimiento de los derechos e identidad cultural propia de los diversos grupos sociales –mayoritarios o minoritarios–, sin, a la vez, cancelar el respeto a ciertos derechos y oportunidades básicos que eviten la discriminación o la exclusión. En términos generales, estamos hablando de la redefinición de las relaciones entre los sujetos y la colectividad, así como entre ésta y su organización política general; pero no sólo nos referimos a las relaciones legales o factuales, sino a la relación subjetiva de pertenencia a la comunidad inmediata y al imaginario de la comunidad nacional.

Me parece que la solución que se dé a este problema en el ámbito político determinará en buena medida el futuro inmediato de la Identidad Nacional. En un escenario positivo, puede fortalecerse y reconstruirse por la participación activa de los ciudadanos en los procesos políticos del país, pero es un hecho que la actitud del Estado, en todos sus niveles institucionales, seguirá siendo un factor importante, en parte porque, como señala Rivadeo (*idem.*), en el mediano plazo es difícil que el sistema hegemónico internacional encuentre una formación social que lo reemplace y en parte porque puede servir de mediador entre los intereses de los mercados internacionales y los intereses de las distintas comunidades locales que integran el país. A esto se refiere Touraine (*op. cit.*, 1997) al apelar a la necesidad de superar las utopías igualitaristas de la democracia revolucionaria y la democracia liberal, basados en una política del progreso, y sustituirlas por una política centrada en los actores sociales –individuos, grupos o comunidades–, la cual los convierta en “sujetos

³⁹ Recordemos que Béjar y Capello (*op. cit.*, 1990), señalan que el grado de cohesión sociopsicológica logrado entre ciudadanos e instituciones influye en la consolidación de la identidad nacional.

estratégicos” que “puedan articular en la propia experiencia de vida personal y colectiva, la participación en el mundo de los mercados y de las técnicas con una identidad cultural particular” (*idem.*, p. 56). El autor pugna por superar cualquier principio igualitario abstracto –que esconde las diferencias legítimas entre los miembros de la sociedad– para lograr el reconocimiento de los actores sociales concretos y su especificidad; *lo único que nos haría iguales, entonces, sería el derecho de todos a ser diferentes.*

Lo que el autor propone no se trata de una mera tolerancia a la diversidad, sino de la articulación de las diferencias en un marco común de mediación que garantice a los sujetos el acceso a las oportunidades de desarrollo. Touraine afirma que “en particular, las naciones son ellas mismas Sujetos cuando se esfuerzan por desarrollar la actividad técnica y económica, y al mismo tiempo por defender su propia identidad cultural, dotándose de instituciones democráticas que permitan tales combinaciones”, para ello “lo esencial es reconocer que la función de la política, lo que la vuelve democrática, es hacer posible el diálogo de culturas.” (*idem.*, p.60).

Creo firmemente que solo ese diálogo podrá llevarnos a redefinir una identidad nacional que reconozca las diferencias legítimas de una sociedad pluricultural como lo es la nuestra, la cual se encuentra marcada por grandes contradicciones y desequilibrios sociales, construyendo un proyecto de nación acorde a las nuevas condiciones del país y del mundo en general. Lo sustancial estriba, como señala Villoro (2001, p. 29) en que “el nuevo proyecto de nación no tendría por qué expresarse en una ideología doctrinaria. Bastaría con proclamar la unión de dos ideas regulativas, claves para orientar la construcción de una sociedad renovada. Esas ideas serían: *libertad de realización para todos y, entre todos, comunidad*”.

II. PSICOLOGÍA SOCIAL E IDENTIDAD NACIONAL: UN PASADO SIN PRESENTE... PERO ¿CON FUTURO?.

La investigación sobre la identidad y el carácter nacionales tuvo una saga bastante extensa durante el siglo pasado. Una rápida enumeración de la misma nos da una idea de la extensión de sus exponentes, aun concentrándonos en los más famosos: Arguedas, Vasconcelos, Ramos, Reyes, Paz, Ramírez, Zea, Rodó, Basave, Uranga, Portilla, Gómez Robleda, Díaz-Guerrero, Béjar y Cappello. Si bien es cierto que muchos de ellos no fueron psicólogos, la mayoría recurrió –salvo contadas excepciones como Basave– a consideraciones de índole psicológica para explicar el *ser del mexicano*, o bien a corrientes filosóficas de las cuales la psicología también ha extraído ciertos conceptos.

Aun así, si nos concentramos en lo que propiamente se ha dado en llamar “psicología del mexicano”, podemos distinguir dos etapas.

- Una que va de mediados de los años treinta y que llega hasta principio de los sesentas. En esta etapa, la discusión se da sobre todo en el ámbito de la ~~cultura y la filosofía; los escritos “psicológicos” parten principalmente de las~~ premisas del psicoanálisis para llegar a sus conclusiones, tal es el caso de Samuel Ramos (1934), quien se fundamenta en las ideas de Adler sobre el complejo de inferioridad, o de Santiago Ramírez (1965), quien abunda en relación al conflicto edípico que encara al mestizo en su ambivalencia hacia el padre español y la madre indígena.
- Una segunda etapa que va de los años sesentas a la actualidad y en la cual decae el interés filosófico e intelectual por el tema. Sin embargo, dicho interés es recuperado por la psicología social de corte experimental, como lo muestran los trabajos de Díaz Guerrero (1994) o los de Béjar y Capello (*op. cit.*, 1990).

Sin embargo, ¿cuál es el presente de esta larga tradición? Desde hace ya bastante tiempo ha habido una reducción evidente en el interés que la psicología a mostrado al respecto, al grado de que podemos afirmar que la psicología del mexicano es un pasado sin presente⁴⁰. Del Valle señalaba en 1988 (citado en Reyes Méndez, 1995) que el estudio de la identidad nacional en nuestro país se había visto frenado -y al parecer lo sigue- por dos factores principales:

- Por un lado, en el ámbito científico, el peso dominante de las epistemologías positivistas que abogan por el apego a objetos de estudio mensurables y predictivos.
- Por otra parte, el surgimiento de nuevas realidades políticas donde se reclama mayor peso a los factores de índole económica.

Sin embargo, más allá de estas consideraciones, me parece que el problema de fondo es que la psicología social en nuestro país ha evadido constantemente enfrascarse en el análisis de los acontecimientos sociales de actualidad, justificando dicha actitud bajo el entendido que, en tanto ciencia, debe permanecer neutral y objetiva, y que su objeto de estudio permanece a nivel del individuo⁴¹.

Además, la psicología social mexicana, desde hace apenas muy pocos años, ha empezado a atreverse a abordar la dimensión del conflicto social como una

⁴⁰ De hecho, los últimos estudios sistemáticos publicados son los de Béjar y Capello (*op. cit.*, 1990), así como los de Díaz Guerrero (*op. cit.*, 1994), aunque hay que señalar al respecto de estos últimos que dicha edición, aunque introduce algunos nuevos elementos, se basa de manera preponderante en investigaciones y postulados contruidos en su parte medular durante los años sesenta y setenta.

⁴¹ Estas afirmaciones parten incluso de la experiencia personal de mi formación como psicólogo, formación orientada por un plan de estudio que considera los problemas socioeconómicos y políticos una materia optativa, y no uno de los ejes medulares sobre los cuales se debiera orientar la formación profesional del psicólogo.

Identidad Nacional, poder y transformación.

realidad en sí valiosa, y no como una desviación de la norma que hay que corregir. A este respecto, Montero (*op. cit.*, 1994, p. 141) ha insistido en que "el ignorar causas y consecuencias más allá de la inmediatez de la acción cumplida; el énfasis y aceptación incondicional de un solo tipo de acción; la necesidad de resaltar la búsqueda de la consistencia con marcos de referencia establecidos y de ocultar la incongruencia o la contradicción, configuran una clara definición operativa de la ideología en el nivel psicológico y desde la perspectiva de la dominación".

Esta perspectiva que la autora llama "de la dominación", ya ha sido debatida en el primer capítulo y, en contraposición, el presente trabajo se ha inscrito dentro de lo que hemos llamado *paradigma crítico-interpretativo*. En lo particular, pienso que este enfoque, y la concreción teórico-metodológica particular que se le ha dado en esta investigación, puede ofrecerle una alternativa a la psicología social para volver a ser un campo prolífico de investigación no sólo de la identidad nacional, sino de los grandes problemas y definiciones que el país enfrenta en estos tiempos de transición. Para ser más directos, me parece que la psicología social afronta la disyuntiva de convertirse en un elemento de transformación de la realidad social o permanecer ajena al debate, contribuyendo así a sostener estructuras de poder vigentes.

En el caso particular de la Identidad Nacional, su estudio tendrá un futuro dentro de la psicología social en la medida que la psicología "abandone el absolutismo de las explicaciones individualistas y excluyentes de la disonancia y emprenda el estudio de las formas de adquisición, producción y reproducción del conocimiento, colocando tal estudio en su perspectiva sociocultural e histórica, e incluyendo la ideología como uno de sus obstáculos, socialmente creado y social e individualmente reproducido" (*idem.*, p. 143). De lo contrario, los intentos de comprensión o explicación que se ensayen corren el riesgo de

asumir, reproducir y considerar naturales las legitimaciones que el poder realiza mediante su discurso y mediante el sentido común⁴².

Así como Touraine (*op. cit.*, p. 60) afirma que "lo esencial es reconocer que la función de la política, lo que la vuelve democrática, es hacer posible el diálogo de culturas", me parece que lo que vuelve liberadora a la psicología social es hacer posible que los sujetos deconstruyan de manera conjunta los significados de su cultura, comprendiendo su sentido, transformándolos si es necesario y poniéndolos después a dialogar con otras culturas.

Justamente ese espíritu es el que ha animado la realización de este trabajo de tesis: deconstruir los significados de la dimensión política de la Identidad Nacional, tal como ha sido definida y utilizada por la clase política e intelectual del país. Sin embargo, un proyecto a largo plazo que se proponga una visión global de su significado, tendrá que abundar en otras dimensiones y en otros espacios sociales, tales como:

- La dimensión religiosa institucional de la identidad nacional. La religión ha sido la otra gran institución, además del Estado, que ha aportado su propio discurso en la conformación de una identidad nacional, particularmente a través del tema central de la Virgen de Guadalupe.
- La dimensión de las expresiones populares de la cultura nacional. Más allá del folclore, no podemos negar que hay una serie de elementos del arte popular –música, gastronomía, costumbres, fiestas, etcétera– con los cuales los mexicanos nos vinculamos en múltiples niveles de la vida

⁴² Lo que me parece ha sucedido, por ejemplo, con la "etnopsicología" propuesta por Díaz-Guerrero y colaboradores (*op. cit.*, 1994), que, si bien desde el punto de vista descriptivo toca aspectos relevantes de la cultura popular, mismos que influyen en la autopercepción que el mexicano tiene de sí mismo, no profundiza en los procesos históricos y sociales que están involucrados en su conformación ideológica.

Identidad Nacional, poder y transformación.

cotidiana y que merecen una atención muy amplia por parte de la psicología social.

- La experiencia identitaria en los grupos minoritarios y su relación con la cultura nacional hegemónica.
- La vivencia de la identidad nacional en ámbitos limítrofes como el de los mexicanos residentes en otros países.

Además de lo anterior, me parece importante señalar que la psicología social puede y debe atreverse a salir de los esquemas clásicos y abordar estos temas no solo interdisciplinariamente, sino haciendo uso de materiales y abordajes "no científicos", como el arte, la crónica, etcétera; los cuales también representan modos válidos de conocimiento. Existen autores que ya lo han hecho, pero son excepciones que no hacen sino confirmar la regla.

Los resultados que logremos, debemos exponerlos a la misma crítica con que hemos obrado en relación del discurso presidencial sobre la Identidad Nacional.

~~Al respecto, Ibáñez (en Paéz, et al., op. cit., 1992, p. 27) afirma que "para ser~~ consecuentes con lo que constituye en definitiva nuestra única legitimación en tanto que trabajadores intelectuales, es decir, la voluntad de contribuir al conocimiento de la realidad social, quizás debiéramos luchar a contracorriente, desestabilizando las fronteras disciplinares, obrando por la superación de este producto social circunstancial que es la propia psicología social".

Ya para finalizar con este trabajo, a manera de colofón, sólo resta justificar el recurso a la ironía que se utilizó en muchos de los comentarios críticos de la investigación. Me parece que la ironía es un recurso que, casi metodológicamente, debería asumir cualquier intento crítico enfocado a analizar los supuestos ideológicos implícitos en un discurso. Pero es importante aclarar que no me refiero a la ironía considerada como burla, sino a la definición que Portilla (1966, p. 65) plantea, en el sentido de que la ironía "es

inmanente a una conciencia que juzga y que advierte la distancia entre la posible realización de un valor y la realidad de quien pretende haberla llevado a cabo". En otras palabras, la ironía nos permite revelar y destacar, en un pequeño giro del lenguaje, algunas implicaciones extra-lingüísticas del discurso.

Así pues, en la medida en que la ironía pueda estar aparejada a cierto humor involuntario, probablemente habría que considerar seriamente al humor como otra forma de acceder al conocimiento, la cual, por cierto, nos podría enseñar a revisar nuestros esquemas y a revitalizarlos. Sirva en apoyo de lo anterior aquel ilustre monje benedictino, Guillermo de Baskerville, quién utilizando de intermediario a Umberto Eco en *El nombre de la rosa*, nos dice lo siguiente:

"...Quizá la tarea del que ama a los hombres consista en lograr que éstos se rían de la verdad, lograr que la verdad ría, porque la única verdad consiste en aprender a liberarnos de la insana pasión por la verdad".

BIBLIOGRAFIA

- AGUILAR CAMÍN, H. (comp.) (1976) *En torno a la cultura nacional*. México, Instituto Nacional Indigenista, 1989.
- y MEYER L. (1989) *A la sombra de la revolución mexicana*. México, Cal y Arena; 12ª, Ed., 1994.
- ALCARAZ, R. V. M. y BOUZAS, R. A. (ed) (1998) *Las aportaciones mexicanas a la psicología; la perspectiva de la investigación*. México, UNAM/U. de G.
- ALDUNCIN, E. (1999) "Perspectivas de la Identidad Nacional en la época de la globalización", en BEJAR, R. Y ROSALES, H. (1999) (Coord.).
- ARCIGA, B.S. (1989) "Masas y públicos", en FERNÁNDEZ (comp) (1989).
- AKZIN, B. (1983) *Estado y nación*. México, Fondo de Cultura Económica.
- BARREDA, G. (1867) "Libertad, Orden y Progreso", en González, L. (1986) *Galería de la Reforma*. México, Secretaría de Educación Pública.
- BARTRA, R. (1987) *La jaula de la melancolía*. México, Grijalbo, 1996.
- (1988) "La crisis del nacionalismo", en Bartra(1993).
- (1993) *Oficio mexicano*. México, Grijalbo.
- (2000) "El heroe agachado", en FONDO DE CULTURA ECONOMICA (2000).
- BASAVE, A. (1992) *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*. México, Fondo de Cultura Económica.
- BEJAR, R. y CAPELLO, H. (1990) *Bases teóricas y metodológicas en el estudio de la identidad y el carácter nacionales*. México, UNAM/CRIM.
- y ROSALES, H. (1999) (Coord.) *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural*. México, Siglo XXI/UNAM.

Identidad Nacional, poder y transformación.

- BENÍTEZ, F. (1977) *Lázaro Cárdenas y la revolución mexicana II. El cuadillismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- BERGER, P. Y LUCKMANN, T. (1968) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrurtu.
- BHASKAR, R. (1989) "La poética de la transformación social y los límites del paradigma lingüístico", en IBÁÑEZ (ed.) (1989).
- BLANCARTE, R. (Comp.) (1994) *Cultura e identidad nacional*. México, FCE/CONACULTA.
- BLANCO, J. J. (1976) "El proyecto educativo de José Vaconcelos como programa político", en AGUILAR CAMIN, H. (comp.) (1976).
- BRADING, D. (1973) *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1980.
-
- CAPPELLO, H. (1998) "Expresiones de la identidad y el carácter nacionales en la república mexicana", en ALCARAZ, V. y BOUZAS, A. (ed.) (1998).
- CASAS, P. M. (1999) "Identidad Nacional y comunicación", en BEJAR, R. Y ROSALES, H. (1999) (coord.).
- CORRES AYALA, P. (1996) *Alteridad y tiempo en el sujeto y la historia*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología.
- COSIO VILLEGAS, E. (1975) *El estilo personal de gobernar*. México, Fondo de Cultura Económica.
- CUMBERLAND, CH. C. (1972) *La Revolución Mexicana, los años constitucionalistas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

- DEL VAL, J. (1999) "El balcón vacío: notas sobre la identidad nacional a fin de siglo", en BEJAR, R. Y ROSALES, H. (1999) (Coord).
- DEUTSCHER, I. (1996) *Escogiendo ancestros: algunas consecuencias de la selección de tradiciones intelectuales*. Traducción de G. Martínez Tejeda. Manuscrito s/e.
- DÍAZ GUERRERO, R. (ed.) (1994) *Psicología del mexicano*, México, Trillas.
- DOMS, M. Y MOSCOVICI, S. (1987) "Innovación e influencia de las Minorías", en MOSCOVICI, S., MUGNY, G. Y PÉREZ, J.A. (1987) (coord.).
- DOISE, W. (1987) "Identidad, conversión e influencia social", en MOSCOVICI, S., MUGNY, G. Y PÉREZ, J.A. (1987) (coord.).
- FACULTAD DE PSICOLOGÍA, UNAM (1988) *Primer informe de trabajo del Comité Interno de Evaluación y Planeación Institucional para el cambio curricular*. México, UNAM/DGP.
- FERNÁNDEZ C. P. (1994) "Psicología social, intersubjetividad y psicología colectiva", en MONTERO, M. (ed.) (1994).
--- (comp.) (1989) *Psicología colectiva y cultura cotidiana*, Col. Cuadernos de Psicología. México, UNAM/FP.
- FLORESCANO, E. (1998) *La bandera mexicana. Breve historia de su formación y simbolismo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- FONDO DE CULTURA ECONOMICA (2000) *Octavio Paz, El Laberinto de la Soledad*, La gaceta del Fondo de Cultura Económica, No. 356, Agosto 2000, México.

Identidad Nacional, poder y transformación.

FOUCAULT, M. (1970) *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 19na. Ed.; 1999.

FOX, D.R. (1998) *Achieving ideological change within psychology*. Manuscrito, <http://www.uis.edu/~fox/papers/achieving.html>.

GERGEN, K. J. (1992) *El Yo saturado: dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona, Paidós.

GONZÁLEZ REY, F. (1994) *Personalidad, sujeto y psicología social*, en MONTERO (ed.) (1994).

GORDO LÓPEZ, A. y LINAZA, J. L. (ed.) (1996) *Psicologías, discursos y poder (PDP)*. Madrid, Visor.

GRAUMAN, C.F. (1990) "Introducción a una historia de la psicología social", en Hewstone, W., Stroebe, J. P., Codol, G. M. y Stephenson, D. S. (ed.) (1990) *Introducción a la Psicología social. Una perspectiva europea*. Barcelona, Ariel.

HABERMAS, J. (1970) *La lógica de las ciencias sociales*. Barcelona, Tecnos, 1993.

--- (1989) *Identidades nacionales y postnacionales*. México, Rei, 1998.

Haidar, M. (1998) "Análisis del discurso", en GALINDO CÁCERES (1998) *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. México.

HARRE, R. (1989) *La construcción social de la mente: la relación íntima entre el lenguaje y la interacción social*, en IBÁÑEZ, G.T. (ed.) (1989).

HAYES, C. J. (1960) *El nacionalismo, una religión*. México, Mac Millan.

- HUNTINGTON, S. P. (1997) *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós.
- HUSSERL, E. (1925) *Invitación a la fenomenología*. Barcelona, Paidós, Universidad Autónoma de Barcelona; 1992.
- IBÁÑEZ, G.T. (ed) (1989) *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona, Sendai.
- (1996) "Construccionismo y psicología", en GORDO LÓPEZ A. Y LINAZA, J. L. (ed.) (1996).
- (1994) *Psicología social construccionista*. México, Universidad de Guadalajara.
- KEDOURIE, E. (1985) *Nacionalismo*. Londres, Hutchinson.
- KRAUZE, E. (1987) *Reformar desde el origen: Plutarco Elias Calles*. México, Fondo de Cultura Económica.
- KUHN, T. (1962) *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1971.
- MARDONES, J.M., y URSUA, N. (1994) *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Materiales para una fundamentación científica*. México, Fontamara, 5ta. Ed.
- MARTÍN-BARO, I. (1989) *Retos y perspectivas de la psicología latinoamericana*, México, Universidad de Guadalajara/ITESO.
- MAASS, A. (1987) "Minorías y procesos de conversión", en MOSCOVICI, S., MUGNY, G. Y PÉREZ, J.A. (1987) (coord.).

Identidad Nacional, poder y transformación.

- MATUTE, A. (2000) *Conciencia histórica e historiografía: el caso del laberinto de la soledad*. Trabajo presentado en la mesa "El origen de El laberinto de la Soledad", Coloquio El laberinto de la Soledad a 50 años de su publicación, México.
- MEAD, G. H. (1932) *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires, Paidós, 1972.
- MENDOZA, J. (1997) *Un análisis psicosocial del EZLN: una visión desde la influencia social minoritaria*. Tesis de Licenciatura, UNAM/FP.
- MOLINA ENRÍQUEZ, A. (1909) *Los grandes problemas nacionales*. México, Era, 1981.
-- (1936) *La revolución agraria en México: 1910-1920*. México, UNAM/Porrúa, 1986.
- MONTERO, M. (1994) "Una mirada dentro de la caja negra: la construcción psicológica de la ideología", en Montero (ed.) (1994).
-- (ed.) (1994) *Construcción y crítica de la psicología social*. Barcelona, Anthropos.
- MONROY, H. G. (1975) *Política educativa de la Revolución, 1910-1940*. México, Secretaría de Educación Pública, Colección Cién de México, 1985.
- MONSIVÁIS, C. (1976) "La nación de unos cuantos y las esperanzas románticas", en AGUILAR CAMÍN, H. (1976).
--- (1995) *Los rituales del caos*. México, Era.
--- (2000) *Aires de familia, Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona, Anagrama.
- MORIN, E. (1986) *El método, el conocimiento del conocimiento*. Madrid, Cátedra.

- MOSCOVICI, S. (1981) *Psicología de las minorías activas*. Madrid, Morata.
- (1984) "El campo de la psicología social", en MOSCOVICI, S. (ed.) (1984) *Introducción a la psicología social*, Vol. I; Barcelona, Paidós.
- (1985) *La era de las multitudes, un tratado histórico de psicología de las masas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Mugny, G. y Pérez, J. A. (1987) *La influencia social inconsciente*. Barcelona, Anthropos
- (1988) "Notas hacia una descripción de la representación social", *European Journal of Social Psychology*, Vol 18, 211-250. Traducción de Gustavo Martínez Tejeda.
- MUNNE, F. (1989) *Entre el individuo y la sociedad*. Barcelona, Publicaciones Universitarias.
- NIETZSCHE, F. (1887) *La genealogía de la moral*. México, Alianza, 1992.
- O'GORMAN, E. (1976) *La invención de América*. México, CONACULTA/FCE/SEP, 2ª Ed.
- PAZ, O. (1950) *El laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- (1970) *Postdata*. México, Fondo de Cultura Económica, 3era. Ed., 1994.
- PAÉZ, D.; VALENCIA, J.; MORALES, J. F.; SARABIA, B. Y URSUA, N. (1992) *Teoría y método en psicología social*. Barcelona, Anthropos.
- PALACIOS, G. (1969) *La idea oficial de la Revolución Mexicana*. Tesis de Maestría, El Colegio de México.
- PAPASTAMOU, S. (1987) "Psicologización y resistencia a la conversión", en MOSCOVICI, S., MUGNY, G. Y PÉREZ, J.A. (1987) (coord.).

Identidad Nacional, poder y transformación.

PARKER, I. (1996) "Discurso, cultura y poder en la vida cotidiana". en GORDO LÓPEZ A. Y LINAZA, J. L. (ed.) (1996).

PÉREZ, J.A Y MUGNY, G. (1987) "Comparación y construcción social de la realidad", en MOSCOVICI, S., MUGNY, G. Y PÉREZ, J.A. (1987) (coord.).

PÉREZ MONTFORT, R. (1994) "Indigenismo, hispanismo y panamericanismo en la cultura popular mexicana de 1920 a 1940", en BLANCARTE, R. (Comp.) (1994).

PÉREZ PEREIRA, M. (1987) "Vigotski y la psicología dialéctica", en Siguán, M. (coord.) *Actualidad de Lev S. Vigotski*. Barcelona, Anthropos

PORTILLA, J. (1966) *Fenomenología del relajo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

RAMÍREZ, L. D. (1999) "La patria y la tradición oral, una historia entreverada", en BEJAR, R. Y ROSALES, H. (1999) (Coord.).

RAMÍREZ, S. (1965) *El mexicano: psicología de sus motivaciones*. México, Grijalbo.

RAMOS, S. (1934) *El perfil del hombre y la cultura en México*. México, Espasa-Calpe, 1977.

REICHER, S. (1996) "Poniendo en práctica la construcción de categorías", en GORDO LÓPEZ A. Y LINAZA, J. L. (ed.) (1996).

REYES MÉNDEZ, A. (1995) *La identidad nacional en los documentos básicos de los tres principales partidos políticos en México*. Tesis de Licenciatura, UNAM/FP.

- RICKERT, H. (1899) *Ciencia cultural y ciencia natural*. Madrid, Espasa-Calpe, 4ª. Ed., 1965.
- RICO MORENO, J. (2000) *Poesía e historia en el Laberinto de la Soledad*. Trabajo presentado en la mesa "El origen de El laberinto de la Soledad", Coloquio El laberinto de la Soledad a 50 años de su publicación, México.
- RIVADEO, A. M. (1999) "La reinención democrática de la Nación ... ese dolor", en BEJAR, R. Y ROSALES, H. (1999) (Coord.).
- SCHÜTZ, A. (1932) *Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Buenos Aires, Paidós, 1972.
- SEARLE, J. R. (1997) *La construcción de la realidad social*. Barcelona, Paidós.
- SECORD, P.T. (1989) "Cómo resolver la dialéctica actor/sujeto en la investigación psicosocial", en IBÁÑEZ, G. T. (ed) (1989).
- SERRANO, J. (1996) "La psicología cultural como psicología crítico-interpretativa", en GORDO LÓPEZ A. y LINAZA, J. L. (ed.) (1996).
- SERRET, E. (1999) "Identidad de género e identidad nacional en México", en BEJAR, R. Y ROSALES, H. (1999) (Coord.).
- SCHERER, J. Y MONSIVÁIS, C. (1999) *Parte de guerra: Tlatelolco 1968*, México, Aguilar.
- SHERIDAN, G. (1994) "Entre la casa y la calle: la polémica de 1932 entre nacionalismo y cosmopolitismo literario", en BLANCARTE, R. (Comp.) (1994).

Identidad Nacional, poder y transformación.

SHOTTER, J. (1989) "El papel de lo imaginario en la construcción de la vida social", en IBÁÑEZ, G. T. (ed.) (1989).

TOURAINÉ, A. (1997) *Igualdad y diversidad: las nuevas tareas de la democracia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

URANGA, E. (1952) *Análisis del ser del mexicano*. México, Porrúa, 1971.

VIGOTSKY, L. (1934) *Pensamiento y lenguaje*. Buenos Aires, Pléyade, 1983.

VILLORO, L. (2001) "En busca de la comunidad perdida", Proceso, Semanario de Información y Análisis, No. 1269. (pp. 28-29).

ZEA, L. (1942) *El positivismo y la circunstancia mexicana*. México, Fondo de Cultura Económica/SEP, 1985.

DECLARACIONES, INFORMES Y
DOCUMENTOS OFICIALES.

- ÁVILA CAMACHO, M. (1940) "Discurso de toma de posesión", en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).
- (1942) "Segundo informe de gobierno", en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).
- (1943) "Tercer informe de gobierno", en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).
- CALLES, P. E. (1927) "Tercer informe presidencial", en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).
- CÁRDENAS, L. (1938) "Discurso a la nación con motivo de la expropiación petrolera", en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).
- CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966) *Los presidentes de México ante la Nación. Manifiestos y documentos de 1821 a 1966.* México, Congreso De La Unión.
- DÍAZ ORDAZ, G. (1964) "Discurso de toma de protesta" , en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).
- (1970) *Sexto informe de gobierno.* México, Presidencia de la República.
- ECHEVERRÍA, A. L. (1970) *Discurso de toma de protesta.* México, Presidencia de la República .
- (1971) "Ideario", en *Polémica, reflexiones y temas sociales de México.* Órgano Teórico y Doctrinario del PRI, México.
- JUÁREZ, B. (1867) "La república restaurada", en González, L. (1986) *Galería de la Reforma.* México, Secretaría de Educación Pública.
- LERDO DE TEJADA, M. (1856) "Desamortización de bienes eclesiásticos y comunales", en González, L. (1986) *Galería de la Reforma,* México, SEP.

Identidad Nacional, poder y transformación.

LÓPEZ MATEOS, A (1961) *Tercer informe de gobierno que rinde al H. Congreso de la Unión*. México, Secretaría de Gobernación.

LÓPEZ PORTILLO, J. (1979) *Tercer informe de gobierno*. México, Presidencia de la República.

--- (1982) *Sexto informe de gobierno*. México, Presidencia de la República.

ORTIZ RUBIO, P. (1930) "Toma de protesta", en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).

PORTES GIL, E. (1929) "Primer informe de gobierno", en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA (1994) *México cívico*. México, Dirección General de Publicaciones de la Presidencia de la República.

--- (1995) *Plan Nacional de Desarrollo 1995-2000*. México, Dirección General de Publicaciones de la Presidencia de la República.

RODRÍGUEZ, A. L. (1934) "Último informe de gobierno", en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).

RUIZ CORTÍNEZ, A (1952) "Discurso de toma de posesión", en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).

--- (1958) "Sexto informe de gobierno", en CÁMARA DE DIPUTADOS, XLVI LEGISLATURA (1966).

SALINAS DE GORTARI, C. (1988) "Discurso de toma de posesión", en PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA (1994).

--- (1990) "Segundo informe de gobierno", en PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA (1994).

--- (1994) "Sexto informe de gobierno", en PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA (1994).

ZEDILLO, P. E. (1995) *Primer informe de gobierno*. México, Presidencia de la República.

--- (1998) *Iniciativa de Reformas Constitucionales en Materia de Derechos y Cultura Indígena que presenta el ejecutivo Federal al Congreso Mexicano*. México, Presidencia de la República.

---(1998a) *Respeto a la pluralidad y diversidad*. Comunicado No. 984, San Cristóbal de las Casas, Chis. Julio 23, 1998. México, Presidencia de la República.

---(1998b) Discurso en Kanasín, Yucatán. Enero 23, 1998. México, Presidencia de la República.

---(1998c) *Que rectifiquen los teólogos de la violencia*. Comunicado No. 907, Tuxtla Gutiérrez, Chis. Mayo 29, 1998. México, Presidencia de la República.